

Los pactos con el mal siempre se cobran su precio.



EL TESTAMENTO DEL DIABLO

MARIO ESCOBAR

Lectulandia

En 1917, Europa se desangra por la gran guerra, la Rusia zarista se encuentra al borde del colapso y los servicios secretos alemanes están dispuestos a colaborar con los comunistas, con tal de desestabilizar a sus enemigos. Los crímenes ocurridos en un apartado monasterio ortodoxo parecen tener relación con la búsqueda de un libro al que todos conocen con el nombre de «El testamento del diablo».

Las Centurias Negras lo buscan desesperadamente para evitar la caída del zar, pero no son los únicos: el misterioso psiquiatra Carl Gustav Jung, el líder sionista Leo Motzkin, el joven Iósif Stalin y los servicios secretos rusos también desean hacerse con el libro. Si Hércules Guzmán Fox y sus amigos no se adelantan, Europa puede verse sumida en el peor genocidio de la historia...

Lectulandia

Mario Escobar

El testamento del Diablo

*

Hércules Guzmán Fox - 6

ePub r1.0

Piolin 30.11.2014

Título original: *El testamento del Diablo*

Mario Escobar, 2011

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los amigos que se mantienen fieles
a pesar de los vaivenes del tiempo.

A Eli, Andrea y Alejandro,
mis ojos, mis oídos y mi lengua.

Agradecimientos

En primer lugar, a los lectores, por seguir mis libros desde hace años y apasionarse con mis historias.

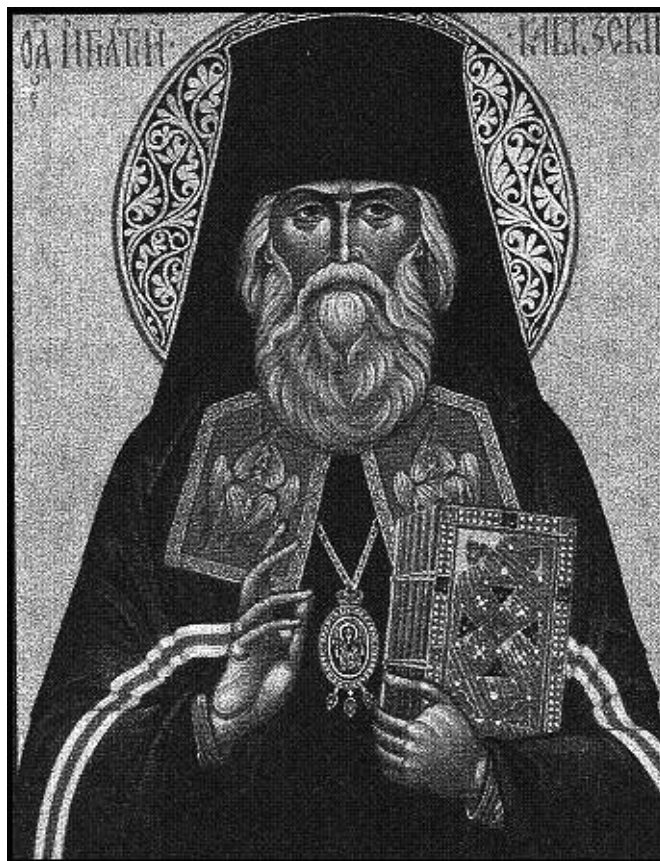
A Pedro Martín, fiel escudero que comprendió enseguida que aquellos no eran molinos, eran gigantes.

A mi hermana Reyes, que me introdujo en el feliz mundo de los libros.

A los viejos profesores de literatura, que siguen luchando cada día para que más jóvenes lean libros.

PRIMERA PARTE

Un libro maldito



Prólogo

Monasterio de Optina, Rusia, 24 de diciembre de 1916

A pesar de ser medianoche, el hermano Daniil se afanaba por colorear el fresco de la cúpula. Para eso había sido enviado desde Moscú un año antes. El hermano Daniil era un experto en la restauración de pinturas deterioradas por el paso del tiempo. La pintura de la cúpula de la iglesia del famoso monasterio de Optina era un caso especial. El tiempo no había sido el causante del deterioro del fresco más importante de Rusia, todavía no tenía ni un siglo de historia. Alguien lo había tapado poco antes de la inauguración del recinto, como si su verdadera intención fuera que su maléfico mensaje corroyera el imperio ruso, pero sin que nadie conociera su verdadero contenido.

El hermano Daniil, con un gesto preciso, descubrió la parte central de la cúpula. Allí, bajo la mortecina luz de las velas, se veía la figura de Jesús niño, sentado delante de los maestros de ley. Una escena muy conocida de los evangelios y tan inocente que, si no hubiera sido por lo que vio el hermano Daniil a continuación, apenas habría captado su atención unos segundos.

Los ojos del monje se abrieron sorprendidos cuando detrás de las figuras sentadas descubrió a varios hombres empuñando cuchillos con la intención de matar al propio Mesías.

El hermano Daniil comenzó a limpiar con rapidez el resto del fresco, mientras notaba como el corazón se le aceleraba. Las figuras que ocupaban el primer plano mostraban a un grupo de judíos matando a un bebé; un poco más a la derecha, unos hebreos reunidos en una sala celebraban una ceremonia junto a un crucifijo invertido.

Mientras el monje se afanaba en limpiar la cúpula, la puerta de la iglesia se cerró de repente. El hermano Daniil se volvió e intentó observar desde su mancha de luz la oscura basílica, pero no logró ver nada. Dejó sus instrumentos sobre el paño húmedo y comenzó a bajar despacio por el andamio de madera. A cada paso, los tablones crujían como si estuvieran a punto de partirse. Cuando estuvo a mitad de camino entre el cielo iluminado de la cúpula y el oscuro infierno que le esperaba abajo, notó que un resplandor recorría el suelo y una intensa llama lamía el andamio.

El fuego se extendió por todos lados. La sala quedó iluminada y, en medio de las llamas, el hermano Daniil vio una figura que lo contemplaba. El monje intentó seguir descendiendo, pero las llamas lo obligaron a subir de nuevo a lo más alto de la iglesia. El humo comenzó a ascender y a devorar el oxígeno que se concentraba en la cúpula. Las velas se apagaron y la única luz fue el fuego abrasador que comenzaba a trepar por las vigas de madera, como si tuviera prisa por devorar al monje. El hermano Daniil ascendió hasta lo más alto y se apretó contra los frescos que había descubierto unos minutos antes.

El hombre que observaba la escena desde el fondo de la capilla se tapó la boca

con un pañuelo bordado con la inicial H y después intentó mirar por última vez al monje. Apenas había levantado la vista cuando el andamiaje se desmoronó en medio de un estruendo. Varias astillas ardientes rozaron su hábito, pero no llegaron a prenderlo. El desconocido corrió hacia la puerta en un grado de excitación tal, que apenas percibió que su nuca había recibido una astilla candente que le había dejado una marca en su rosada piel.

Capítulo 1

Zúrich, Suiza, 2 de febrero de 1917

No se había imaginado su boda de aquella manera. Era huérfana de padre y madre, pero siempre había soñado con una boda repleta de gente, rodeada de amigos y familiares. La realidad era muy distinta. Además del embajador de España y su familia, los únicos asistentes serían el reverendo Clark, pastor de la comunidad norteamericana en la ciudad; Hércules, su querido padrino, y George Lincoln, su futuro esposo.

Alicia volvió a mirar su largo vestido blanco y después indicó a la modista de dónde le tiraba. Amanda, la joven y simpática mujer del embajador, la había acompañado a probarse el traje de novia para que no se sintiera sola en aquel día tan especial. Al principio no quería un vestido de boda; ya había pasado los treinta años y, teniendo en cuenta que se encontraban en los albores del siglo XX, ya había superado la edad en la que una mujer debía casarse. Conocía a Lincoln desde hacía tres años, pero el tiempo había pasado volando y ahora estaba frente a un espejo, con aquel vestido blanco, el último día antes de convertirse en una mujer casada.

Su regreso de Estados Unidos no había sido fácil. Tras una larga y peligrosa travesía (los submarinos alemanes amenazaban a cualquier barco que se aproximara a Europa desde América), el paso por España y después por Francia vía Suiza se había complicado con bombardeos y transportes suspendidos a última hora. En Madrid apenas habían pasado unos días para supervisar sus propiedades y arreglar algunos papeles; después en París, donde la guerra seguía sin sentirse en toda su fuerza, ella había comprado varios vestidos y sombreros. Nunca se sabía lo que podía hacer falta a una mujer moderna en un viaje a través de una Europa en guerra.

Después de dar un largo suspiro, Alicia comenzó a quitarse el vestido lentamente.

—¿Se encuentra bien, querida? —preguntó la mujer del embajador.

—Había imaginado tantas veces este día que apenas puedo creerme que haya llegado por fin —dijo Alicia, con una mezcla de alegría y nerviosismo.

—Todo llega. El embajador y yo nos conocimos hace cinco años y ya tenemos tres hijos y una plaza segura en Suiza. Ni mi pobre madre esperaba tanto de José Luis —dijo Amanda.

—Yo no creo que Lincoln se estabilice, llevamos una vida ajetreada, siempre de acá para allá.

—Lo que nunca he entendido bien es a qué se dedican su prometido y su padrino —comentó la mujer.

Alicia intentó desviar la conversación; era difícil explicar que en los últimos cuatro años la ocupación de los tres había sido recorrer el mundo resolviendo misterios. Lincoln había escrito varios libros sobre sus aventuras, pero afortunadamente solo se habían publicado en inglés, por lo que más de medio mundo

seguía desconociendo a qué se dedicaban.

—Importación y exportación —dijo Alicia.

—Negocios —añadió la mujer del embajador.

—Nunca mejor dicho. Ahora, después de viajar por medio mundo, queremos establecernos unos años en Suiza, el único sitio seguro de toda Europa —dijo Alicia.

—¿Y España? Nuestro país se mantiene neutral.

No era sencillo explicar a Amanda que la sociedad española estaba demasiado atrasada para aceptar la boda entre un hombre negro y una mujer blanca. Si las cosas hubieran sido al revés, sin duda se hubiera formado un buen revuelo, pero un hombre negro con una mujer blanca en Madrid era más de lo que podían resistir los mojigatos ciudadanos de la capital del reino.

—Hemos creado una pequeña compañía con sede en la ciudad. Hércules se dedica a comerciar con productos españoles con los alemanes y los franceses, sobre todo mantas. Mi padrino no quiere dar armas a ninguno de los dos bandos, ya hay demasiadas.

—La guerra es un horror. Mi esposo me cuenta cosas terribles que están pasando en la primera línea y el caos que hay en Rusia. Muchos hablan de revolución, qué espanto.

—El mundo está convulso. Esperemos que la guerra termine en algún momento —dijo Alicia.

—Dios nos guarde de revoluciones y guerras —dijo Amanda.

Alicia se puso su vestido y después se enfundó un pesado abrigo de pieles. Suiza era una nevera en invierno y todavía no se había acostumbrado a aquel clima extremo. La nieve cubría la calle y los pocos caminantes que se cruzaron estaban escondidos detrás de sus pesados abrigos y gorros. Afortunadamente, las casas de ambas mujeres se hallaban apenas a unos metros. Se despidieron educadamente y Alicia subió las escaleras hasta la entrada principal.

Al fondo de la calle, un hombre ataviado con un abrigo de lana y una gran cruz de plata en el pecho, escrutó la llegada de Alicia y se contuvo para no subir a zancadas las escaleras y entrar en la casa detrás de ella. Todavía no había llegado el momento.

Capítulo 2

Zúrich, Suiza, 3 de febrero de 1917

Lincoln esperaba hecho un manojo de nervios junto a Hércules. Podía asegurar que ninguna de las aventuras que había vivido aquellos últimos años, ni su trabajo en el servicio secreto del presidente, ni sus años como inspector en la policía metropolitana de Nueva York, lo habían puesto tan nervioso. Casarse con Alicia, después de tantos años de dudas, era un acto de valentía y sin duda de imprudencia. Sabía que aquella boda les marcaría de por vida a ellos y también a sus hijos, pero en esta ocasión prefería confiar en el corazón y dejar que las cosas simplemente sucedieran.

Hércules estaba a su lado, con la vista perdida en la inmensidad del templo y con un aire de padrino impaciente. Aquella boda ponía de manifiesto su soledad. Había sobrepasado los cincuenta años y, a pesar de estar en una excelente forma física, sabía que la soledad podía ser muy mala compañera de viaje. Lincoln y él se conocían desde hacía casi veinte años. Alicia era su ahijada y sentía hacia ella un cariño difícil de explicar, pero eso no impedía que experimentara una especie de envidia contenida.

Por la cabeza de Hércules pasó la imagen de su prometida, asesinada durante la guerra de Cuba, después las de Helen y Yamile, las tres mujeres a las que más había amado. Todas estaban muertas y no creía que otra mujer viniera a ocupar su lugar.

Cuando Alicia entró por el fondo del pasillo, sonó la marcha nupcial y la media docena de invitados se puso en pie. Hércules se acercó hasta la puerta y tomó del brazo a su ahijada.

—¿Estás bien? —preguntó Hércules. Sus ojos azules brillaron al contemplar la hermosura de Alicia.

—Sí, creo que no estaba tan segura de algo desde hace mucho tiempo —dijo la novia, sonriente. Sus mejillas pecosas se elevaron en una sonrisa y comenzó a caminar.

Los dos recorrieron el pasillo hasta llegar a la altura de Lincoln, que, vestido con su chaqué negro, los esperaba nervioso. Después los dos se quedaron frente al reverendo.

—Podéis sentaros —dijo el reverendo, y todos ocuparon sus sitios.

—Nos hemos reunido aquí en un día feliz. Alicia Mantorella y George Lincoln van a unirse en matrimonio...

Mientras el oficiante continuaba con su breve sermón, las puertas de la iglesia se abrieron. Nadie pareció prestar atención al nuevo visitante, que, tambaleándose, comenzó a caminar hacia el altar.

—Pónganse en pie —dijo el reverendo. Los novios se aproximaron al altar y Hércules sacó los anillos.

—Alicia Mantorella, ¿quieres recibir a George Lincoln como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarlo y

respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —aceptó Alicia.

—George Lincoln, ¿quieres recibir a Alicia Mantorella como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Apenas el reverendo hubo pronunciado las últimas palabras, el hombre que se había acercado por el pasillo se desplomó de repente. Todos se giraron y Alicia corrió con su vestido blanco hasta el desconocido.

El hombre tenía el rostro parcialmente cubierto de nieve y la cara roja. Su abrigo de lana tenía manchas de sangre y, a pesar de continuar consciente, apenas podía hablar. Hércules y Lincoln lo incorporaron un poco y pidieron un vaso de agua.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lincoln al desconocido.

El herido temía que la maldición le hubiera seguido hasta allí. El Diablo no era fácil de burlar.

—No se mueva —le ordenó Alicia—. Hay que llamar a un médico.

El mal que me afecta no se cura con medicinas humanas, pensó el hombre antes de perder el conocimiento.

Capítulo 3

Moscú, Rusia, 3 de febrero de 1917

La policía secreta zarista podía emplearse a fondo cuando se lo pedían. Kusma tomó un nuevo trozo de piel y continuó desollando al prisionero como lo había hecho años antes con los osos de su Ucrania natal. No sentía la menor pena por el comunista, para él se trataba de un animal peligroso, mucho más peligroso que una manada de lobos o un oso hambriento. El prisionero gritó con todas sus fuerzas; en su espalda apenas se distinguía la masa de músculos de la sangre que caía a borbotones por la cama en la que estaba atado.

El teniente Oleg hizo un gesto y el soldado se detuvo de inmediato. Después se inclinó y se situó a la altura de la cara del prisionero. Este lo miró horrorizado. No hubiera podido ni imaginar, cuando entró en el Partido, que terminaría en una de las cárceles secretas del zar, desollado como un vil animal.

—¡Maldita sea, Yegor! No me hagas seguir. Dinos dónde está tu jefe y te dejaremos en paz. Sabemos que tramáis algo y que estáis levantando al ejército en nuestra contra.

Yegor lo miró, incrédulo. Si hubiera sido otro oficial, uno de esos tártaros crueles, capaces de vender a su propia madre..., pero Oleg y él habían estudiado en la misma academia militar y ahora su mejor amigo lo torturaba sin mostrar ni un ápice de piedad.

—No sé nada. Por Dios, matadme ya —rogó el prisionero en un susurro.

—Tú te lo has buscado —dijo Oleg. Levantó la mano y Kusma continuó con su trabajo.

El prisionero hizo un gesto con la cabeza para indicar que parasen y su viejo amigo de armas se acercó hasta sus labios para escuchar el nombre.

—Pavel. Es su nombre en clave y está en Zúrich, Suiza...

Oleg desató las muñecas ensangrentadas de su amigo y pidió a su ayudante que los dejara solos. Después lo ayudó a que se incorporara y le ofreció un poco de agua.

—No debiste unirte a ellos. Destruirán Rusia y todo lo sagrado que hemos construido —dijo el oficial mientras su amigo bebía ávidamente.

Tras poner el vaso de nuevo en el suelo, sacó su pistola de la funda de cuero, comprobó el seguro y, sin dejar de abrazar a Yegor, apuntó a su sien y disparó. Los ojos de su amigo lo miraron con dulzura, como si agradeciera aquel final trágico. En algunos momentos la muerte es la mejor medicina para la vida.

Capítulo 4

Zúrich, Suiza, 4 de febrero de 1917

Hércules trasladó al monje hasta una de las habitaciones de su casa en la ciudad. Mandó llamar al médico y se aseguró de que el desconocido tuviera los mejores cuidados. Después de dejarle descansar toda la noche, fue el primero en acudir a su lecho al despuntar el alba. Se aproximó a la cama y observó detenidamente al hombre. Debía de tener su misma edad; su pelo era canoso y una poblada barba cubría sus rasgos. Sin duda era eslavo. La noche anterior se había permitido registrar sus pocas pertenencias. Un pasaporte ruso, unos cuantos francos y una estampita de san Jorge, patrón de Rusia. Todo aquello no le decía mucho, ni el hecho de que debajo del abrigo llevara un sencillo hábito ortodoxo y una gran cruz.

El herido abrió los ojos e, inmediatamente, dio un respingo, pero después volvió a recostarse en la cama.

—Sus heridas no son graves. Alguien lo ha apuñalado en plena calle. ¿Le han robado algo?

El hombre lo miró extrañado, como si al principio no comprendiera nada. Hércules Guzmán Fox le había hablado en español, enseguida cambió de idioma y se dirigió a él en inglés.

—¿Qué idioma habla?

El monje gesticuló para que le trajeran papel y una pluma. Comenzó a escribir, y cuando terminó de explicar su extraña mudez, Hércules lo miró sorprendido. Aquel hombre no tenía lengua. Algunos miembros de su orden se mutilaban para no romper el voto de silencio.

Hércules había escuchado prácticas de aquel tipo entre un grupo de monjes que se mutilaban, y algunos incluso llegaban a la castración. Se llamaban Skoptsy y, aunque habían sido perseguidos por la iglesia ortodoxa rusa, en muchos lugares se seguían practicando tan inhumanas enseñanzas.

En ese momento entró en la habitación Lincoln. Su rostro reflejaba cansancio y frustración. La boda había tenido que interrumpirse y Alicia había reaccionado mal, negándose a verlo.

—¿Qué le sucede? —preguntó Hércules.

—Es mejor no hablar de ello. ¿Se ha despertado nuestro invitado?

—Sí, pero no puede decir mucho, no tiene lengua. Al parecer pertenece a los Skoptsy.

—¿De veras? Increíble, creía que los últimos monjes habían desaparecido hacía tiempo —dijo Lincoln.

—Todos no —puntualizó Hércules señalando al monje, que los miraba indiferente.

El hombre comenzó a escribir de nuevo y, en un francés muy deficiente, les

explicó que el stárets de su orden le había pedido que los buscara y los llevara con él a Rusia. Varios monjes habían muerto en los últimos meses en su monasterio y todos relacionaban su muerte con el Diablo. De hecho, las víctimas habían aparecido marcadas con el número de la Bestia, el 666.

Hércules y Lincoln se miraron sorprendidos. Todo aquello sonaba a ensoñaciones supersticiosas de monjes fanáticos.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Lincoln.

El hombre escribió de nuevo en el cuaderno. Un amigo suyo, Pavel Kazantzakis, había visitado el monasterio unos meses antes para estudiar unas inscripciones y les había hablado de ellos.

—¿Cómo nos han encontrado en Suiza? —preguntó Hércules.

El monje puso una sola palabra en el cuaderno: «Visión».

—¿Visión? —dijeron los dos a la vez.

«Tengo el don de la visión», escribió el monje.

Las dudas se habían disipado, se encontraban frente a un verdadero lunático. Lo dejaron descansar y se retiraron al salón.

Hércules se acercó a una de las estanterías y extrajo un volumen sobre sectas y grupos religiosos extraños.

—Al parecer, los skoptsy aparecieron en una región de Rusia llamada Oryol en 1771. Un campesino llamado Andrei Ivanov convenció a quince hombres para castrarse y así evitar pecar —dijo Hércules.

—Ya estudiamos algo sobre la castración en aquel misterioso caso de las automutilaciones en Madrid —apuntó Lincoln.

—Sí, pero aquellos hombres estaban bajo una especie de influencia narcótica; estos lo hacían a causa de su fe religiosa —comentó Hércules.

—Muchos pueden llevar cualquier idea hasta el extremo. Imagino que estos pobres diablos seguían al pie de la letra la enseñanza de Marcos 9, 47... —dijo Lincoln.

—Sí, lo de «Si tu ojo te es ocasión de caer...».

—Exacto.

—Aquí comenta que el de Rusia fue mucho más que un simple grupo de fanáticos, al parecer contaron con más de cien mil seguidores hasta que las autoridades rusas comenzaron a perseguirlos con perseverancia —dijo Hércules.

—¿Cien mil seguidores? —preguntó sorprendido Lincoln.

—Sí, al parecer el grupo se extendió por toda Rusia y uno de sus líderes, un tal Selivanov, se autoproclamó Pedro III de Rusia y se hizo llamar «dios de dioses y rey de reyes» —dijo Hércules.

—Unos verdaderos locos fanáticos —comentó Lincoln.

—Este hombre, lo que realmente necesita es un buen especialista psiquiátrico —dijo Hércules—. Creo que le he comentado ya que el otro día estuve en una conferencia a cargo del doctor Cari Gustav Jung. Puede que él pueda ayudarnos a

descifrar la mente de un tipo como este.

—Sabe que no tengo ninguna fe en los loqueros —dijo Lincoln.

—Para usted sería más lógico que Dios se hiciera hombre y se dejara matar en una cruz —comentó Hércules.

—No le consiento que hable de esa manera...

Alicia entró en la sala justo antes de que los dos amigos se enzarzaran en una de sus interminables discusiones teológicas. Parecía cabizbaja, pero sin duda le habían atraído las voces de la sala.

—¿Quién es ese monje? Y ¿qué quiere de nosotros? —preguntó Alicia.

—Querida, será mejor que te tomes un descanso; lo que te sucedió ayer fue algo muy desagradable —comentó Lincoln.

La mujer le hincó la mirada y después se dirigió a Hércules.

—¿Me vas a contar de qué se trata?

—No lo sabemos bien, el pobre dice cosas inconexas. Algo de la muerte de unos monjes a manos del Diablo. Pertenece a una extraña secta rusa con tendencia a la automutilación —ironizó Hércules.

—No me parece una mala idea para ciertos hombres —dijo Alicia mirando de reojo a su prometido.

—Alicia, ya te he dicho que el embajador se ha ofrecido a casarnos de inmediato —se defendió Lincoln.

—Casarse es más que firmar un papel, al menos para una mujer —dijo Alicia.

—Le comentaba a su futuro marido que le presentáramos el caso al doctor Jung, pero él no está de acuerdo —dijo irónicamente Hércules.

Alicia tomó el volumen de la mesa y leyó brevemente el apunte sobre la secta. Después levantó la vista y, antes de hablar, frunció los labios, un gesto que solía hacer mientras pensaba.

—Sin duda, el doctor Jung puede ayudarnos en este caso. ¿Dónde vive? —se interesó Alicia.

—Creo que en este mismo cantón —dijo Hércules.

—¿Querrá ver al paciente? —preguntó Alicia.

—Sin duda. Su especialidad son las alucinaciones, y este pobre monje dice que vino a vernos tras una visión ocurrida en su monasterio y a instancias de su stárets, para que resolviéramos una serie de asesinatos. El doctor no puede rechazar un caso así —dijo Hércules.

El español escribió una nota, se acercó a la puerta y llamó al mayordomo.

—Por favor, quiero que localicen al doctor Jung y le entreguen esta nota.

El mayordomo tomó el sobre y salió del salón.

—¿Qué le ha puesto en la nota? —preguntó Lincoln.

—Un anzuelo lo suficientemente sabroso como para que le haga picar, estimado Lincoln.

Capítulo 5

San Petersburgo, Rusia, 4 de febrero de 1917

Las horas se hacían interminables en palacio. Nicolás II se sentía encerrado dentro de aquella jaula de oro, mientras el imperio se derrumbaba ante sus ojos. Rasputín lo había profetizado dos años antes, pero en ese momento sus dudas de fe le hicieron consentir su muerte; ahora se arrepentía. Sin duda, las hordas judías irían a por él y a por toda su familia.

Las noticias de Moscú eran nefastas, los soviets comenzaban a hacerse con el control de algunos barrios y la Duma se había decantado a favor de un Gobierno provisional. El hambre hacía mella en la población, pero ¿qué podía hacer él?, no podía cambiar las cosechas, y la guerra le impedía comprar grano en el sur de Europa.

Nicolás II miró el reloj de pared y se preguntó dónde estaba Georgi L'vov, su candidato para el Gobierno provisional (que era una manera de mantenerse en el poder, alejándose por unos meses del primer plano, hasta que las cosas se calmasen).

El aristócrata entró en la sala y besó la mano del zar; después ambos se sentaron frente a la ventana. Hacía mucho frío, pero llevaba varios días sin nevar.

—Excelencia, no traigo buenas noticias. La factoría Putilov está a punto del colapso, los soldados se niegan a luchar en el frente, hay huelgas y manifestaciones por todas partes.

—¿No podemos utilizar el mismo método que en 1905? —preguntó el zar.

—Cuando el pueblo está desesperado ya no le tiene miedo a la muerte. Se están muriendo de hambre, de frío y de todo tipo de plagas —dijo el aristócrata.

—Esos judíos han atraído sobre nosotros su maldición. Quieren hacerse con Rusia y más tarde con el resto del mundo —dijo el zar.

—¿Los judíos? —preguntó extrañado L'vov.

—Sí, Lenin es de origen judío. Su amigo Trotsky es hijo de judíos. El propio Marx también lo era. Es una maldita conspiración sionista. ¿Es qué no lo ve nadie? —dijo el zar furioso.

—Algunos comunistas son de origen judío, pero no entiendo qué tiene eso que ver con la situación.

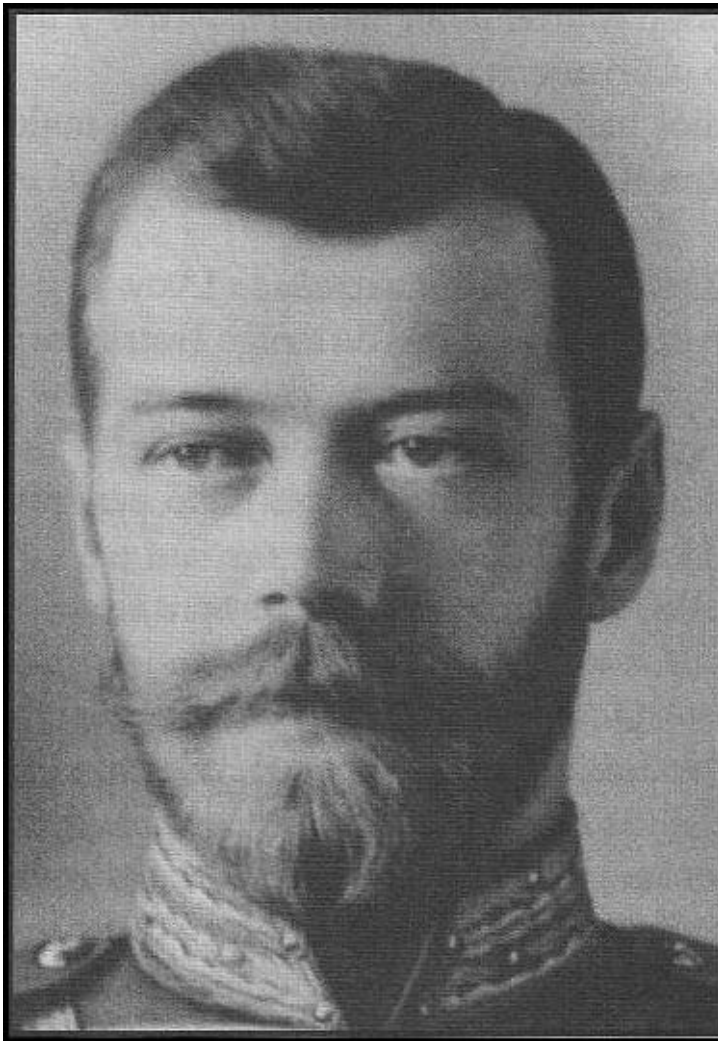
—Lo profetizó Rasputín y se está cumpliendo.

Entonces el zar comenzó a recitar:

—«... Siento que debo morir antes del año nuevo. Quiero hacer presente, no obstante, al pueblo ruso, al Padre, a la Madre de Rusia y a los Muchachos, que si yo soy asesinado por comunes asesinos y, especialmente, por mis hermanos aldeanos rusos, tú, Zar de Rusia, no tengas miedo, permanece en tu trono, gobierna y no temas por tus Hijos, porque reinarán por otros cien o más años. Pero, si soy asesinado por los nobles, sus manos quedarán manchadas por mi sangre y, durante veinticinco años, no podrán sacarse de la piel esta sangre. Ellos deberán abandonar Rusia. Los

hermanos matarán a los hermanos; ellos se matarán entre sí. Y durante veinticinco años, no habrá nobles en el País. Zar de la tierra de Rusia, si tú oyes el tañido de las campanas, que te anuncian que Grigorij ha sido asesinado, debes saber esto: Si han sido tus parientes quienes han provocado mi muerte, entonces ninguno de tu familia, o sea, ninguno de tus hijos o de tus parientes, quedará vivo durante más de dos años. Ellos serán asesinados por el pueblo ruso... ¡Rogad, rogad, sed fuertes, pensad en vuestra bendita familia!».

Georgi L'vov lo miró sorprendido. Nicolás II parecía un hombre fuera de sí. Entonces el cielo de la ciudad se oscureció y comenzó a nevar.



El zar Nicolás II

Capítulo 6

Zúrich, Suiza, 5 de febrero de 1917

A la mañana siguiente, en medio de una tormenta de nieve, llegó la respuesta del doctor Cari Gustav Jung. En la nota, el doctor les pedía que se dirigieran a su residencia en la cercana ciudad de Küsnacht, que era una especie de barrio residencial a las afueras de Zúrich. Gracias a la mejoría del monje, decidieron partir por la mañana; alquilaron un trineo tirado por caballos y, en medio de la ventisca, recorrieron las solitarias calles de la ciudad.

Una media hora más tarde, Hércules divisó el lago helado junto al que estaba situada la pequeña localidad, y el trineo empezó a ascender hasta una solitaria casa en mitad del bosque. Entraron en una inmensa finca en cuyo pórtico dos grandes dragones guardaban la entrada de los caminantes curiosos, quienes marchaban hacia las pobladas montañas de la región.

Alicia se asomó por la ventanilla y pudo contemplar entre la nieve la fabulosa mansión, que, con techo de bronce y pintada de un color oscuro, destacaba sobre el manto blanco que lo envolvía todo. Cuando se detuvieron, un mayordomo salió de la casa con un gran paraguas y ayudó a la señorita a entrar, mientras Hércules y Lincoln sostenían al monje y lo introducían en la mansión.

A todos les sorprendió el lujoso y acogedor recibidor. Unas puertas de cristal comunicaban con el salón principal y un largo pasillo llevaba a la biblioteca, el comedor y la cocina. Después se perdía en lo que debían de ser las habitaciones del personal. Unas escalinatas llevaban a las habitaciones principales y seguramente a la buhardilla.

El mayordomo los llevó al salón y les ofreció un poco de té caliente. Apenas habían pasado unos minutos, cuando un hombre de pelo castaño y corto, vestido con un sencillo traje, una camisa blanca y una pajarita, los saludó amablemente. Sus ojos pequeños y azules apenas destacaban detrás de sus lentes y su pequeño bigote no lograba cubrir unos labios carnosos.

—Disculpen que les haya pedido que fueran ustedes los que se acercaran a mi humilde casa —dijo el doctor Jung.

—No es molestia, le agradecemos que nos haya recibido tan rápidamente —aseguró Hércules.

—¿Cómo han conocido mi trabajo? —preguntó el doctor Jung.

—Asistí a una conferencia en Zúrich sobre el inconsciente personal y el inconsciente colectivo —dijo Hércules.

Lincoln miró de soslayo al doctor. El no creía que la psiquiatría solucionara nada, como mucho podía diagnosticar algunos comportamientos, pero la mente humana era demasiado compleja para cambiarla.

—Estoy todavía investigando, pero he llegado a descubrimientos asombrosos: en

el fondo pesa más en nosotros el inconsciente colectivo que el personal. La sociedad es la que nos impone los tabúes, la que castra nuestra libertad y nos presiona para que reprimamos nuestros impulsos —explicó el doctor Jung.

—No es una idea muy original —comentó Lincoln—. Es la vieja teoría de que el hombre es bueno por naturaleza pero la sociedad lo corrompe; eso es lo que se defendía en el siglo XVIII con el mito del buen salvaje —dijo Lincoln.

El doctor Jung lo miró complacido. Después se acercó hasta él y le dijo:

—La diferencia es que yo estoy a punto de demostrar aquella simple teoría.

—¿Cómo se puede demostrar algo así?

—Muy sencillo: la vida no es lo que se ve a simple vista; como una planta, parte de su tronco vive bajo tierra, que es lo que denominamos rizoma. Lo que es visible sobre la tierra dura una estación y luego desaparece; pero lo que está bajo tierra hace que la planta vuelva a retoñar, eso es la cultura.

Alicia se incorporó en la silla y, sin dejar de mirar al doctor, preguntó:

—Entonces, ¿la cultura es el inconsciente colectivo?

—No exactamente. Las culturas se articulan a través de arquetipos o símbolos. Las religiones son las que usan estos símbolos para transformar y controlar la mente humana —explicó Jung.

—Creo que usted es uno de esos científicos que lo único que quiere es echar por tierra las creencias de la gente —dijo Lincoln.

—No, todo lo contrario: los arquetipos nos ayudan a entender a la gente. Yo no creo que sean impuestos, como cree mi maestro Freud, yo pienso que son innatos y hereditarios...

—Eso implicaría una moral preexistente —aventuró Hércules.

—Exacto.

—Lo que ha defendido la religión durante siglos —apuntó Alicia.

—La existencia del bien y del mal —dijo el doctor Jung.

Hércules observó al monje, que había permanecido con la mirada perdida casi todo el tiempo. Después interrumpió la conversación y dijo:

—Ya le explicaba en la nota el caso. Este monje pertenece a la secta skoptsy, un grupo extremista ruso que se mutila para evitar la tentación. Nos ha pedido ayuda para resolver la misteriosa muerte de varios monjes, pero lo más extraño es que asegura que todos aparecieron con el número de la Bestia y que supo dónde estábamos gracias a una visión.

—Yo creo que podemos tener premoniciones. Eso fue una de las cosas que me separó de Freud: él únicamente puede creer en lo material y yo pienso que somos mucho más que materia.

De repente, el monje se precipitó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe invisible y comenzó a temblar. Todos se apartaron de él y lo observaron con temor.

—No lo toquen, parece que está entrando en trance —dijo el doctor Jung.

El monje cerró los ojos y comenzó a gemir, como si le faltara el aire. Entonces se

puso en pie y señaló la puerta. En ese instante, unos fuertes golpes se escucharon al otro lado del pasillo y todos se miraron inquietos.

Capítulo 7

Moscú, Rusia, 5 de febrero de 1917

El teniente Oleg se vistió con ropa de civil y tuvo la sensación de que estaba traicionando al zar, pero la única manera de llegar a Suiza era atravesando el frente y no podía levantar sospechas. Su ayudante, Kusma, apenas entraba en su traje, pero su aspecto severo al menos se atenuaba con las ropas de paisano. La única manera de viajar era ir primero en tren hasta Bielorrusia, después tomar una de las anticuadas diligencias de caballos por Ucrania hasta Hungría, y desde allí entrar en Suiza. El peligro se encontraba precisamente en Hungría, territorio enemigo, pero si superaban la frontera, no encontrarían más obstáculos.

Oleg y Kusma se dirigieron a la estación y viajaron durante dos días en tren. Todo aquel tiempo libre lo horrorizaba, lo obligaba a pensar mientras el paisaje de su amada Rusia pasaba antes sus ojos. ¿Merecía la pena matar y torturar por su patria? Sin duda merecía la pena, pero no podía evitar recordar el rostro moribundo de su amigo Yegor. Se conocían desde la infancia, habían estudiado juntos en la academia militar y se habían graduado juntos, pero después habían actuado en bandos opuestos. El problema, según creía él, era que su viejo amigo era judío y el Pueblo Elegido tenía un plan diabólico para gobernar el mundo.

—Teniente —dijo Kusma.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se había percatado de que el revisor les pedía el billete.

—Perdone. ¿Cómo está el camino a Ucrania?

—Despejado por ahora, pero con la nieve y la guerra nunca se sabe —comentó el revisor.

En cuanto se quedaron solos de nuevo, volvió a perderse en sus pensamientos. La decisión de entrar en los servicios secretos había sido meditada, pero nunca imaginó que debería perseguir a algunos de sus familiares y amigos. El patriotismo a veces requería esos sacrificios. Rusia estaba en peligro y él se encargaría de matar al camarada Vladímir Ilich Uliánov.

Capítulo 8

Zúrich, Suiza, 5 de febrero de 1917

El doctor salió al pasillo y el mayordomo le informó de que la tormenta había abierto las ventanas de la biblioteca. Al parecer, el tiempo se había agravado en las últimas horas. Los visitantes debían quedarse allí, al menos por el momento.

Cuando Jung regresó al salón, el hombre estaba en el suelo en medio de espasmódicas sacudidas. El único que no parecía asustado ante la inesperada reacción del monje era el doctor. Alicia, Hércules y Lincoln miraban asombrados al monje, que se había derrumbado en el suelo. Cuando comenzó a calmarse, Hércules y Lincoln lo devolvieron al sillón. Estaba sudando y tiritaba.

—Ha sido un episodio de trance —dijo Jung, mientras le examinaba los ojos—, parece que vuelve en sí.

Alicia tomó un pañuelo y secó la frente del monje, este la miró aterrorizado e intentó apartarse.

—¿Qué ve? —preguntó el doctor Jung, pero el hombre no podía hablar.

—Es mudo, creo que ya se lo habíamos dicho. Alcáncele el papel —dijo Hércules señalando un cuaderno y una pluma.

El doctor le dio el papel y el hombre comenzó a escribir a toda prisa, sin apenas mirar lo que hacía.

—Escritura automática —dijo el doctor Jung.

—¿Qué es eso? —preguntó Alicia.

—Un método que utilizan algunos médiums para comunicarse con el más allá.

—Brujería. Este hombre está endemoniado —comentó Lincoln—, deberíamos acudir a un exorcista.

Nadie pareció hacerle caso, todos miraron la hoja y lo que vieron los dejó aún más asombrados.

«... Dos príncipes sanguinarios tomarán posesión de la Tierra: Wiug vendrá de Oriente y volverá esclavo al hombre con la pobreza; Graiug vendrá de Occidente y volverá esclavo al hombre con la riqueza. Los príncipes se disputarán la tierra y el cielo, y el terreno de la gran batalla será la tierra de los cuatro demonios. Los dos príncipes serán vencedores y los dos príncipes serán vencidos. Pero Graiug entrará en casa de Wiug y sembrará sus antiguas palabras, que crecerán y devastarán la tierra. Así terminará el imperio de Wiug... Pero llegará el día en que también el imperio de Graiug será destruido, porque las dos leyes de vida eran erróneas y ambas producían la muerte. Tampoco sus cenizas se podrán utilizar para cultivar el terreno sobre el cual crecerá la nueva planta de la tercera luz».

—¿Entienden algo? —preguntó Jung.

—Parece una profecía —dijo Lincoln—, me recuerda a una cita del Apocalipsis.

Poco a poco el monje volvió en sí. Alicia se volvió a acercar y le preguntó:

—¿Se encuentra mejor?

El hombre intentó escribir, algo en el cuaderno, pero al ver el mensaje anterior se asustó.

«¿Qué es esto?», escribió.

—Lo ha hecho usted, ¿no lo recuerda?

El monje negó con la cabeza.

—¡Qué extraño! ¿Cómo es posible que no recuerde nada? —les preguntó Alicia.

—En el estado de trance, lo que se pone en funcionamiento es el inconsciente —explicó el doctor Jung.

—¿Qué es el inconsciente? —preguntó Lincoln.

—La parte de nosotros que nos está vedada y que solo se manifiesta en ciertas ocasiones como bajo la hipnosis, en el sueño, o en algunas alteraciones psicológicas —dijo Jung.

—Me parece la idea más descabellada que he escuchado nunca —comentó Lincoln.

—¿Usted nunca ha tenido un sueño premonitorio o un presentimiento? En ese caso, es el inconsciente el que trabaja por el cerebro —dijo Jung.

«Tenemos que ir a Rusia cuanto antes», escribió el monje.

—¿Por qué? —preguntó Hércules.

«Algo terrible está a punto de suceder allí. Únicamente ustedes pueden impedirlo».

Cuando Alicia leyó la última nota, se quedó sorprendida. Aquella historia parecía aún más extraña. ¿Qué tenían ellos que ver con todo aquel misterioso asunto?

—No estamos seguros de poder acompañarlo. Todo esto es muy extraño —dijo Lincoln.

—No podemos dejarlo solo —comentó Alicia.

—Europa está en guerra y para llegar a Rusia tendríamos que atravesar el frente. Es muy peligroso —dijo Lincoln.

—Si les parece bien, pueden tomar la decisión mañana. Será mejor que se queden a comer. Seguramente tendrán que pasar la noche aquí —dijo el doctor Jung.

—No queremos ocasionarle más problemas —dijo Hércules.

—No es molestia. Estoy de vacaciones, no regresaré a mi clínica hasta dentro de un par de días. Soy por completo suyo —bromeó el doctor Jung.

El grupo se dirigió al salón, pero el monje no quiso probar bocado. Lo único que comió fue un trozo de pan y algo de agua. El día iba a ser largo, las tormentas de nieve eran imprevisibles en aquella época del año. Podían durar horas o incluso días. A Alicia no le hacía mucha gracia dormir bajo el mismo techo que aquel misterioso hombre, pero al menos no habían tenido que regresar a casa en medio de aquella tempestad. En el invierno era normal que muchas personas desaparecieran o murieran a causa de las tormentas de nieve.

Capítulo 9

Berlín, Alemania, 5 de febrero de 1917

—¿Entonces usted cree que esos comunistas rusos pueden beneficiarnos? —preguntó el káiser.

—Sí, majestad. Sin duda una guerra civil debilitaría a nuestro enemigo y este saldría de la guerra. Si el frente oriental desaparece, podremos emplear toda nuestra fuerza en el frente occidental y machacar a los franceses —dijo Walther Nicolai, jefe de la Abwehr.

—Pero, si los comunistas triunfan en Rusia, ¿quién nos asegura que luego no extiendan sus ideas hasta Alemania?

—El alemán es inmune a la propaganda comunista. Nuestros ciudadanos tienen muchas ventajas sociales y no necesitan ninguna revolución —dijo Walther Nicolai.

—Está bien, pero no quiero que trascienda nada al pueblo —dijo el káiser—. La reunión ha terminado.

El jefe de los servicios secretos se quedó en pie. El káiser lo miró de reojo y le dijo:

—¿Desea algo más?

—Hay un asunto importante. El líder ruso Lenin está en Suiza. Sería muy beneficioso para que triunfe el golpe de estado, que llegara a Rusia. Había pensado facilitarle el regreso a su país.

—¿Cómo se haría la operación? —preguntó el káiser.

—Tendríamos que habilitar un tren blindado que transportara sin paradas a los comunistas hasta Dinamarca —dijo el jefe de los servicios secretos.

—¿Es factible?

—Sí, majestad.

—¿Se opondrán las autoridades suizas? —preguntó el káiser.

—Diremos al Gobierno suizo que el tren es de la Cruz Roja y que lleva a rusos a su país, por razones humanitarias —dijo el jefe de los servicios secretos.

—Es usted demasiado astuto, Walther Nicolai.

—Gracias, majestad.

Cuando el jefe de los servicios secretos abandonó la sala, en su mente tenía trazado el plan. El arma más potente que podía lanzar contra los rusos eran esos malditos comunistas.

Capítulo 10

Zúrich, Suiza, 5 de febrero de 1917

Vladímir Ilich Lenin estaba sentado junto a la ventana. La tormenta arreciaba fuera, pero él no podía evitar pensar en su amada Rusia. En los últimos diez años había pasado la mayor parte del tiempo en el exilio, pero las cosas estaban a punto de cambiar. Las noticias que llegaban de su amado país no podían ser más esperanzadoras. El imperio del zar estaba al borde del colapso, hasta la nobleza pedía su sustitución. La guerra y el hambre habían conseguido lo que no habían logrado ni la conciencia ni la lucha política. Los hombres seguían moviéndose por los mismos instintos de hacía miles de años.

Lenin tomó de nuevo el libro; le gustaba leer de vez en cuando novelas y olvidarse del peso que llevaba sobre sus hombros. Lejos de parte de su familia, de los amigos y de la mayor parte de los camaradas, anhelaba regresar a Rusia.

Nadezhda Krúpskaya entró en la habitación y abrazó a su marido.

—Vladímir, ¿por qué no descansas un poco?, apenas duermes y te pasas las horas muertas escribiendo.

—Querida, estamos cerca de conseguir nuestro objetivo y ahora no puedo descansar.

—La revolución saldrá contigo o sin ti. Es el pueblo ruso el que tiene que elegir su destino —comentó Nadezhda.

—Ya sabes que no me creo imprescindible, pero quiero hacer todo lo posible para que la revolución triunfe. Mi única arma es la pluma, desde aquí no puedo hacer mucho más —comentó Lenin.

—¿Crees que algún día seremos un tranquilo abogado y una paciente maestra? —preguntó la mujer.

—Me temo que no, querida. Hemos elegido un camino de sacrificio que nos lleva a renunciar a nuestras propias ambiciones. ¿Quién defenderá al pueblo? El zar y sus secuaces están a punto de perder el control, si nosotros no ocupamos su lugar, algún militar impondrá una dictadura tan férrea e implacable como el régimen anterior —comentó Lenin.

—A veces me pregunto si valen la pena todos estos sacrificios.

Lenin rodeó con los brazos a su esposa y esta se sentó en su regazo. Ambos cerraron los ojos e imaginaron el regreso a su amado país. Sabían que la revuelta podía tratarse de una nueva falsa alarma; el pueblo ruso no estaba maduro para la revolución. De hecho, muchos creían que el primer país en aceptar las ideas comunistas sería Alemania, pero tenían derecho a soñar y en aquella noche de tormenta lo hicieron. Lo que no podían imaginar era la amenaza que se cernía sobre ellos.



Vladimir Ilich Lenin, líder Comunista ruso

Capítulo 11

Zúrich, Suiza, 5 de febrero de 1917

Como había pronosticado el doctor Jung, la tormenta no les permitió regresar a casa. Por la tarde el doctor había evaluado el estado físico del monje, pero no había encontrado anomalías evidentes. Antes de tomar el té ya tenía preparado su informe.

—Como imaginaba, este hombre no padece ninguna enfermedad mental. Una de las posibilidades era la esquizofrenia, muchas personas crean en su mente una realidad paralela y se inventan situaciones y personas en su mente. En cambio, el paciente parece comportarse racionalmente y sus episodios de videncia son puntuales —comentó el doctor.

—¿No está loco? —preguntó Lincoln.

—No —sentenció el doctor Jung.

—Entonces, ¿qué nos dice de sus visiones? —preguntó Hércules.

—Sin duda, se trata de premoniciones. He discutido mucho sobre este punto con el doctor Freud. Él no cree en las premoniciones, pero yo tuve una visión en 1913 que me hizo abrir los ojos a esta realidad —comentó Jung.

—¿Tuvo una visión? —preguntó Alicia.

Lincoln miró de reojo al doctor, todo aquello lo inquietaba. Desconfiaba de los brujos y sus visiones. Él creía que lo que no venía de Dios, venía indiscutiblemente del Diablo.

—En 1913, unos pocos meses antes de que estallara la guerra, tuve una visión en la que toda Europa sufría una terrible inundación que la devastaba por completo. Fue una experiencia terrible. Miles de personas muriendo y ciudades enteras arrasadas. Cuando le conté esta visión al doctor Freud, él no creyó que tuviera una base real, que simplemente era una proyección de mis propios temores, pero al poco tiempo estalló la guerra y mi pesadilla se convirtió en realidad —dijo el doctor Jung.

—Pero ¿qué tiene que ver una inundación con una guerra? —preguntó Hércules.

—Las visiones suelen tener un carácter simbólico —comentó Jung.

—¿Quién le envió el mensaje? —preguntó Alicia.

Jung se quedó pensativo, seguramente él mismo se había hecho esa pregunta muchas veces.

—Lo cierto es que yo no creo que sea Dios, más bien pienso que los seres humanos poseemos algunas habilidades que hemos perdido con el tiempo. Los avances científicos han limitado nuestra capacidad subconsciente. De alguna manera, en la visión entramos en contacto con el inconsciente colectivo —dijo Jung.

—No entiendo nada —admitió Lincoln.

Mientras la oscuridad comenzaba a inundar la sala y el mayordomo encendía las luces, las palabras de Jung parecían más misteriosas e inquietantes. El monje se mantenía en silencio, mientras que los tres amigos sentían que aquel misterio tenía

algunas aristas y peligros a los que nunca se habían enfrentado.

—Cuando entramos en contacto con ese inconsciente colectivo es como si millones de mentes estuvieran conectadas. Todas esas mentes se ponen en marcha y son capaces de preconizar cosas que serían imposibles para un solo individuo —explicó Jung.

Hércules miró con escepticismo al profesor. Sin duda, todo aquello se salía de la esfera de lo razonable y se introducía en la de lo inverosímil. En aquellos últimos años había visto cosas increíbles, pero creía que todas tenían una explicación lógica, aunque a veces no lograra encontrarla.

—Nos está diciendo que hay un poder en la unión trascendente de todas las mentes, capaz de ver el futuro —dijo Hércules.

—Exacto —afirmó Jung.

—¿Podrían todas esas mentes, además de descubrir el futuro, propiciar un cambio? —preguntó Alicia.

—¿Un cambio? —preguntó Lincoln.

—Sí, conseguir destruir un gobierno, transformar una sociedad...

—Sin duda. La mayor fuerza que existe en el universo forma parte de ese inconsciente colectivo; si alguien fuera capaz de manejarlo, podría dominar a la humanidad y cambiar el mundo —dijo el doctor Jung.

Sus palabras retumbaron en la mente de todos. Aquello parecía el sueño irracional de un estudioso loco, pero no querían imaginar cuáles serían las consecuencias de la manipulación de un poder tan grande, capaz de cambiar la mente de millones de personas a la vez.

Capítulo 12

Zúrich, Suiza, 5 de febrero de 1917

Después de la cena, el doctor Jung les enseñó sus habitaciones. Sentían el agotamiento de un día repleto de misterios, pero también la excitación de la nueva aventura que se abría ante sus ojos. Alicia había pasado de un estado de desánimo, al ver interrumpida su boda, a un profundo deseo de descubrir qué había detrás de aquel misterioso monje y su don profético. Hércules recuperaba de nuevo la ilusión por algo tras meses de apatía. El único que no parecía muy convencido era Lincoln. Le inquietaban los poderes sobrenaturales del monje, le recordaban demasiado a algunas posesiones diabólicas que había visto cuando era joven y estaba todavía en la iglesia de su padre en Washington. ¿Quién no les decía que aquello era simplemente una trampa para llevarlos a Rusia? En aquellos años de investigación se habían granjeado varios enemigos, y, algunos de ellos, terribles.

Alicia y Lincoln se despidieron en mitad del pasillo, sus habitaciones eran contiguas; Hércules tenía una habitación más grande junto al monje. Cuando Lincoln entró en el cuarto vio un pijama sobre la cama, sin duda su anfitrión era un detallista, pero también le inquietaba, parecía cualquier cosa menos un científico.

Se puso cómodo y, antes de acostarse, extrajo de su bolsillo la pequeña Biblia que su padre le había regalado el día de su decimoctavo cumpleaños. Siempre leía unas breves líneas antes de dormir; si no podía hacerlo se inquietaba, como si algo le faltase. Solía abrir la Biblia al azar y comenzar a leer hasta que se cansaba. La página que tenía ante él era el capítulo 10 del libro de la Revelación:

«1. Y vi otro ángel fuerte descender del cielo, cercado de una nube, y el arco celeste sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.

2. Y tenía en su mano un librito abierto: y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra.

3. Y clamó con grande voz, como cuando un león ruge: y cuando hubo clamado, siete truenos hablaron sus voces.

4. Y cuando los siete truenos hubieron hablado sus voces, yo iba a escribir, y oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han hablado, y no las escribas.

5. Y el ángel que vi estar sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo.

6. Y juró por el que vive para siempre jamás, que ha criado el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no será más.

7. Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comenzare a tocar la trompeta, el misterio de Dios será consumado, como él lo anunció a sus siervos, los profetas.

8. Y la voz que oí del cielo hablaba otra vez conmigo, y decía: Ve y toma el librito abierto de la mano del ángel que está sobre el mar y sobre la tierra.

9. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito, y él me dijo: Toma, y trágalo; y él te hará amargar tu vientre, pero en tu boca será dulce como la miel.

10. Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré; y era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, fue amargo mi vientre.

11. Y él me dice: Necesario es que otra vez profetices a muchos pueblos y gentes y lenguas y reyes».

—El misterio de Dios será consumado —citó Lincoln entre dientes. Aquellas palabras parecían inquietantes y misteriosas a la vez—. El fin de los tiempos.

Muchas veces le había pasado por la cabeza que aquella gran guerra supondría el fin de los tiempos, pero había intentado desechar la idea. Eso nadie podía saberlo. Bajó de nuevo la mirada y continuó leyendo:

«1. Y me fue dada una caña semejante a una vara, y se me dijo: Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él.

2. Y echa fuera el patio que está fuera del templo, y no lo midas, porque es dado a los Gentiles; y hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.

3. Y daré a mis dos testigos, y ellos profetizarán por mil doscientos y sesenta días, vestidos de sacos».

—Los dos testigos —dijo en alto.

Su padre le había hablado de aquel pasaje muchos años antes, cuando aquellas cosas todavía tenían la capacidad de inquietarlo. Uno de ellos era Elías y el otro Moisés, aunque también se barajaba la teoría de que fuera Enoc, ya que ni Enoc ni Elías llegaron a morir, sino que fueron arrebatados. Su padre se inclinaba por la primera idea, ya que creía que Moisés representaba la ley y Elías a los profetas.

Entonces le vinieron a la cabeza las palabras que había dicho el monje cuando estaba en trance: «... Dos príncipes sanguinarios tomarán posesión de la Tierra: Wiug vendrá de Oriente y volverá esclavo al hombre con la pobreza; Graiug vendrá de Occidente y volverá esclavo al hombre con la riqueza. Los príncipes se disputarán la tierra y el cielo, y el terreno de la gran batalla será la tierra de los cuatro demonios. Los dos príncipes serán vencedores y los dos príncipes serán vencidos».

En un caso dos príncipes y en el otro dos profetas, unos enviados por Dios y los otros, sin duda por el Diablo. Lincoln sabía que el libro de la Revelación hablaba de esos dos reinos. Miró de nuevo en su desgastada Biblia y sintió un escalofrío: «Y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar».

—Los dos príncipes —dijo Lincoln en voz alta. Al pie de la Biblia había una referencia al libro del profeta Ezequiel. Buscó entre las páginas y abrió en el capítulo. Allí también hablaba de aquellos dos reinos. Entonces recordó que su padre le había dicho una vez que uno de aquellos reinos sería Rusia. El otro creía recordar que era

Europa.

Unos nudillos golpearon su puerta y Lincoln se sobresaltó. Se levantó de la cama y la abrió. El monje ruso estaba al otro lado, sus ojos parecían fríos y su rostro, inexpresivo, pero había algo en aquel gesto que le hizo estremecerse.

Capítulo 13

Zúrich, Suiza, 5 de febrero de 1917

Cuando el reloj dio la medianoche, el doctor Jung se puso su túnica ritual e invocó a sus espíritus guía. Sintió cómo los muertos acudían a su llamada y una voz que le decía: «¡Enseñanos algo sobre el hombre!».

Entonces Jung levantó los brazos y comenzó a decir:

—«El hombre es una puerta de entrada al mundo interior, desde el mundo exterior, de los dioses, demonios y almas; del mundo mayor al mundo menor. Pequeño y transitorio es el hombre. Es el único dios de este único hombre. Este es su mundo, su pléroma, su divinidad. Este es el único dios guía. A este único dios rezará el hombre. Cuando el mundo está helado, arde la Estrella. Nada separa al hombre de su único dios mientras el hombre puede apartar la vista del ígneo espectáculo de Abraxas».

El medio centenar de personas que seguía el ritual en el gran salón del sótano recibió sus palabras con alegría. Después Jung hizo un gesto y todos se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas.

—Hace un año tuve la revelación. He conversado con mi ánima y ha llegado el momento en el que toda la furia se desate. Todo comenzará en Rusia, pero se extenderá a toda Europa y al mundo entero. Es el tiempo de que lo sagrado sea destruido y de que Abraxas recupere el centro de la tierra.

Los adeptos apenas parpadeaban. Entre ellos estaba la flor y nata de la sociedad de Zúrich. Abogados, pastores protestantes, psicólogos, médicos y profesores se reunían todas las semanas para escuchar las profecías de su maestro.

—Hemos regresado de Jerusalén, donde no hemos encontrado lo que buscábamos. Durante siglos, los seguidores del judío nos han engañado. Nadie los eligió, ellos mismos se proclamaron el Pueblo Elegido. Ahora debemos descubrir cuál es el verdadero elegido, el hombre-dios que nos llevará a la luz, antes de la gran batalla —dijo Jung alzando la voz. Su cuerpo comenzó a temblar y todos lo imitaron, como si solo tuvieran una mente.

Capítulo 14

Zúrich, Suiza, 6 de febrero de 1917

Lincoln escuchó perfectamente el sonido del reloj que marcaba las doce y después observó que el monje llevaba una hoja en la mano. Apenas se podía leer nada con la tenue luz que brillaba a su espalda. Hizo entrar al monje y lo llevó hasta la lámpara. En la hoja había apenas unas palabras: «Huyamos ahora». Lincoln lo miró sorprendido. No entendía a qué se refería.

—No podemos irnos en mitad de la noche. Fuera está nevando.

«No», escribió el monje.

Lincoln miró por la ventana. Una de las luces del jardín reflejaba claramente que había dejado de nevar. —Nos iremos mañana.

El monje comenzó a escribir inquieto. Después de un rato le pasó la hoja.

«Aquí se está practicando algún tipo de ceremonia satánica. Tenemos que huir, ahora». Lincoln sintió un escalofrío al leer la hoja.

—¿Cómo puede saber algo así?

«Puedo sentirlo».

El monje parecía realmente inquieto. Lincoln intentó quitar importancia al asunto, pero él había experimentado algo parecido durante todo el día. Decidió llamar a Hércules y a Alicia. Entre los tres decidirían qué debían hacer.

Sus amigos estaban profundamente dormidos y tardaron un poco en reaccionar. A los diez minutos, todos estaban reunidos en el cuarto de Lincoln.

—Lo que dice este hombre no tiene sentido —dijo Hércules.

—Yo he estado leyendo la Biblia, y habla de esos dos reinos que el monje mencionó en la profecía. Además, el doctor Jung no me parece un hombre de fiar —dijo Lincoln.

—Es una eminencia en su campo —se quejó Hércules.

—Ese hombre no parece un científico, afirma cosas extrañas —dijo Lincoln.

Alicia frunció el ceño. A veces no entendía el fanatismo de su prometido.

—Sería un desagravio. El doctor Jung ha sido muy amable con nosotros —dijo la mujer.

—Nos iremos —dijo Lincoln comenzando a perder la paciencia.

Un fuerte ruido en el piso de abajo les hizo callar de repente. Lincoln se acercó a las escaleras. Desde allí vio a un gran número de personas vestidas con togas blancas.

Capítulo 15

Zúrich, Suiza, 6 de febrero de 1917

Se despertó sobresaltado. Por unos momentos no sabía dónde se encontraba. Miró a su lado y vio a su esposa. Se recostó de nuevo y sintió cómo el sudor recorría su frente despejada. Llevaba semanas con aquellas pesadillas. Siempre empezaban de la misma manera. Un ejército de cadáveres se levantaba del suelo y comenzaba a luchar contra los soldados del zar. Al principio se sentía feliz, pero poco a poco, aquel ejército esquelético que había destruido a sus enemigos, se levantaba contra los suyos y también los exterminaba. Siempre se despertaba poco antes de que uno de aquellos muertos intentara atraparlo.

Lenin se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Ya no nevaba, pero la calle estaba completamente blanca bajo la luz de las farolas. No se veía a ningún transeúnte, pero algo lo inquietaba.

Se sentó en el sillón y comenzó a leer a la luz de una vela. Intentó centrarse en el libro que tenía entre manos. Era una de las obras de Nietzsche, *El Anticristo*.

Capítulo 16

Zúrich, Suiza, 6 de febrero de 1917

Lincoln regresó hasta sus amigos y les indicó que era imposible salir por la planta baja. Hércules se acercó a la ventana y evaluó la caída. Después abrió con sigilo la ventana y, con un gesto, indicó a sus amigos que se tiraran.

—Pero ¿cómo llegaremos hasta la ciudad? —preguntó Alicia, inquieta.

—Estamos a una media hora de camino —contestó Hércules.

—Es de noche y la nieve debe de cubrir un metro, no llegaremos a la ciudad —dijo Alicia.

—Al llegar observé que había unas cuadras. Seguramente allí tengan un trineo y un caballo —dijo Hércules.

Alicia fue la primera en lanzarse al vacío. Sintió cómo caía en la nada para luego aterrizar en un cómodo colchón de nieve. Después se lanzó el monje y, tras él, Lincoln. Cuando Hércules estaba a punto de tirarse, escuchó ruidos en el pasillo. Se acercó a la puerta y echó el pestillo justo antes de que alguien comenzara a girar el pomo. Aún les costaba creer que el doctor fuera un tipo peligroso. Era uno de los psiquiatras más conocidos del mundo y toda una celebridad en Suiza.

Hércules se lanzó y llegó al suelo cubierto de nieve. Sus piernas se hundieron en la gran masa blanca y le costó salir del agujero que había formado al caer. Sus amigos lo esperaban a un par de metros. Habían salido al camino principal, donde la nieve apenas cubría unos centímetros, y se dirigían corriendo a las cuadras.

Apenas habían recorrido cincuenta metros cuando notaron que las luces de la casa comenzaban a encenderse y surgía un murmullo de golpes y portazos.

Lincoln empujó con fuerza la puerta de la cuadra. Esta se encontraba medio atascada por la nieve. Dentro reinaba la más absoluta oscuridad. Buscaron alguna luz y al final Hércules encendió su mechero de piedra. No se percibía mucho, un par de caballos, cachivaches por todas partes, y un trineo cubierto por una lona. Descubrieron el trineo y Lincoln se puso a atar a los caballos.

Hércules extrajo su revólver y se asomó por la rendija de la puerta. De la entrada principal de la mansión salieron cuatro hombres vestidos con túnicas blancas. No se los distinguía bien en medio de la oscuridad, pero Hércules creía que iban armados.

—Dese prisa, Lincoln —dijo Hércules.

No era sencillo dominar a los caballos y ponerles los correajes en mitad de la oscuridad. El monje sujetaba el mechero, pero apenas se distinguían las correas y la piel marrón de los animales. Alicia subió al trineo y tomó las riendas.

—Abran esa otra puerta —dijo la mujer señalando al fondo.

Lincoln corrió hacia donde decía y el monje se subió a la parte de atrás del trineo.

Hércules vio como los hombres se aproximaban y disparó. El silbido de la bala rebotó en el silencio y los hombres se pusieron a cubierto y comenzaron a disparar.

—¡Arre! —gritó Alicia con todas su fuerzas, y el trineo se movió lentamente sobre la tierra de la cuadra. Después sacudió las riendas y los animales hicieron un mayor esfuerzo. El vehículo atravesó la puerta y Lincoln se sentó al lado de la mujer.

Hércules realizó un último disparo antes de correr hacia el trineo. Sentía un fuerte dolor en la pierna derecha, recuerdos de su etapa en la Armada española, pero logró alcanzar el vehículo y lanzarse a la parte de atrás. En ese momento los cuatro hombres entraron en la cuadra y les dispararon. Las balas rozaron el trineo, pero en unos segundos se sumergieron en mitad de la oscuridad.

La casa comenzó a desaparecer a sus espaldas y, cuando Hércules miró atrás, no vio sino una mancha de luz en mitad de la nada.

—¿Nos siguen? —preguntó Alicia.

—No —contestó Hércules. Pero no estaba en lo cierto. Media docena de hombres se habían subido a un vehículo a motor y comenzaban la persecución.

Capítulo 17

Zúrich, Suiza, 6 de febrero de 1917

No era sencillo orientarse en la oscuridad. No habían regresado al camino por precaución, pero los caballos comenzaban a fatigarse, sus patas se hundían en la nieve y el trineo perdía velocidad.

—Hay que regresar al camino —dijo Alicia.

—Es por allí —dijo Hércules. Los marineros como él tenían la habilidad de guiarse en plena la noche.

Alicia corrigió el rumbo y en un par de minutos estaban sobre la carretera. Allí el trineo se movía a mayor velocidad. Mientras los cuatro comenzaban a calmarse, el vehículo a motor acortaba distancias. Un par de minutos después, ya podían escuchar su sonido a lo lejos.

—Es un automóvil —dijo Lincoln.

—Nos han seguido —sentenció Alicia.

Los dos faros brillaron en la noche y el vehículo apareció a sus espaldas. Dos hombres estaban asomados a las ventanas y apuntaban al trineo.

—Intenta moverte en zigzag. Ellos no pueden hacerlo con esos neumáticos —dijo Hércules.

Alicia comenzó a zarandear el trineo al tiempo que sus perseguidores abrían fuego. El vehículo tomó velocidad y se situó a apenas veinte metros.

—Estamos a tiro —comentó Hércules sacando la pistola.

Los faros iluminaban el trineo, pero deslumbraban a sus ocupantes. Era muy difícil disparar hacia la luz. Hércules apuntó lo mejor que pudo y logró reventar uno de los faros. El vehículo se quedó tuerto y medio trineo volvió a oscurecerse.

Los perseguidores continuaron disparando. Sus balas alcanzaron el trineo, y el sonido de las astillas de madera y los disparos ensordecieron a sus ocupantes.

Lincoln pasó a la parte trasera y comenzó a disparar. El otro faro explotó y la oscuridad cubrió de nuevo la carretera. Apenas habían saboreado la victoria cuando entraron en las iluminadas calles de Zúrich.

La cantidad de detonaciones aumentó notablemente y los cuatro ocupantes tuvieron que viajar agachados para escapar de las balas.

Hércules se levantó y disparó a uno de los ocupantes, lo alcanzó y este quedó medio colgando de la ventanilla trasera. Entonces una bala alcanzó al monje, quien se derrumbó sobre el suelo del trineo.

—¡Le han dado! —gritó Lincoln.

El español apuntó de nuevo y logró reventar una de las ruedas del vehículo. El conductor perdió el control y se estrelló contra uno de los edificios de la calle. El trineo desapareció a toda velocidad calle arriba. Por ahora estaban a salvo, pero debían partir hacia Rusia lo antes posible.

Capítulo 18

Kiev, Ucrania, 7 de febrero de 1917

Kiev era más bonita de lo que había imaginado. Los rusos tendían a pensar que únicamente Moscú y San Petersburgo eran las ciudades más bellas del imperio, pero la hermosura de las calles céntricas de la capital de Ucrania lo fascinó. La llegada a la capital de Ucrania había transcurrido sin incidentes. El resto del camino podía ser más peligroso. El sur de la región se había aliado a los austrohúngaros y los rusos habían respondido arrasando aldeas y persiguiendo a la población. Los austríacos habían hecho otro tanto y habían retenido en campos de concentración a miles de ucranianos que estaban a favor de Rusia. Afortunadamente, Kusma era ucraniano y les facilitaría el paso a Austria y desde allí a Suiza.

Oleg se encontraba angustiado. Todo aquel tiempo libre lo estaba matando. Sus jefes del servicio secreto se lo habían advertido, la conciencia era el peor enemigo de un agente secreto. Atacaba cuando menos te lo esperabas e intentaba que perdieras la motivación y en algunos casos incluso conseguía que te rondara hasta la idea del suicidio.

Kusma lo llevó hasta un viejo amigo, Luri Voitsejovski, una especie de mafioso que les facilitaría un vehículo para que atravesaran las montañas hasta Austria. Antes cruzarían Eslovaquia, el sur de Austria y después Suiza, su objetivo.

—Amigo y hermano —dijo Kusma, mientras abrazaba a Luri—. Este es Oleg, mi jefe.

—Que Dios te guarde —dijo el Ucraniano tendiéndole la mano.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Suiza? —preguntó Kusma.

—Depende de cómo esté el camino y de la gasolina que podáis conseguir. En condiciones normales, cuatro días, hay unos 1600 kilómetros, pero si no paráis de día ni de noche, puede que dos —dijo Luri.

—¿Cuánta gasolina llevamos? —preguntó Oleg.

—Para unos 1400 kilómetros, el resto tendrán que conseguirla por su cuenta. Intenten evitar las ciudades grandes y la parte norte de Eslovaquia y Austria —dijo Luri.

—Gracias, hermano —dijo Kusma, abrazando al ucraniano.

—Que Dios os guarde en el camino —comentó Luri.

Kusma se puso a los mandos del coche. Era descapotable, lo que dificultaba aún más el viaje. Muchas de las zonas que atravesarían iban a estar a bajo cero y la nieve cubría la mayor parte del camino.

—Espera —dijo Luri. Tiró de la capota y cubrió el coche parcialmente. La lona negra tenía algunos pequeños agujeros negros, pero al menos los preservaría del frío y la lluvia.

Salieron de Kiev a toda velocidad. No había tiempo que perder, no sabía hasta

cuándo iba a permanecer su objetivo en Zúrich.

Capítulo 19

Zúrich, Suiza, 7 de febrero de 1917

Cuando observó la casa, no se le escapó que en la puerta había dos hombres vigilando. Parecían dos simples montañeros esperando a un amigo para ascender a algún pico nevado, pero la vida del personaje que guardaban era demasiado importante como para no tenerla a buen recaudo. Hans Beyem se acercó con dos de sus hombres y se identificó. No era la primera vez que hablaba con exiliados rusos, pero siempre le producía la misma sensación, nunca se sabía qué podías esperar de un comunista.

Tras presentarle sus credenciales, uno de los hombres entró en la vivienda. Por lo poco que pudo observar Hans, al otro lado de la puerta había dos individuos con las armas preparadas para cualquier eventualidad. Unos minutos más tarde, el guarda de la entrada le permitió pasar, pero a él solo. Al entrar en la casa lo registraron exhaustivamente y después lo acompañaron hasta una gran habitación que hacía las funciones de despacho, biblioteca y salón.

—Oficial Beyem, por favor, tome asiento —dijo un hombre al fondo de la estancia.

Vladimir Ilich Lenin no se parecía en nada a la foto de la ficha policial a la que había tenido acceso en Berlín. En ella aparecía con una gorra de obrero, la cara afeitada y sonriente. Tenía el pelo largo y parecía sano. Delante de sus ojos tenía a un hombre mucho más mayor, con la cabeza totalmente afeitada, un bigote fino y una perilla que tapaba sus facciones cansadas y el color cetrino de su piel.

—No entiendo a qué viene tanto interés por nosotros por parte del Gobierno del káiser —dijo Lenin esforzándose por sonreír.

—Simplemente queremos facilitarles las cosas. Nosotros lo ayudamos y usted lo hace con nosotros —contestó el oficial.

—¿Cree realmente que eso es posible? Ustedes son capitalistas e imperialistas, nosotros todo lo contrario.

—Pero los dos odiamos al zar —dijo Beyem.

—¿El odio es suficiente razón para colaborar juntos? —preguntó Lenin.

—Mi Gobierno le promete que estará en la frontera rusa en unos quince días, transportaremos a cuantos hombres sea necesario y le ingresaremos en la cuenta del partido en Zúrich cincuenta millones de marcos.

Lenin se movió inquieto en la silla. No le gustaban las intenciones de los alemanes.

—¿Acaso intentan comprarnos? —preguntó.

—Ustedes son incorruptibles, pero queremos que ese dinero se emplee para el pueblo ruso, que sufre a causa de esta guerra injusta —contestó Beyem.

El líder comunista arqueó una ceja e intentó averiguar los pensamientos del

oficial.

—¿Qué más quieren? —preguntó al fin.

—Simplemente que en cuanto haya un Gobierno provisional, defiendan el abandono de Rusia de la guerra. No queremos que nuestros respectivos pueblos sigan sufriendo innecesariamente —dijo Beyem.

—¿Cree que soy un cobarde o un traidor? —preguntó Lenin desafiante.

—No, pero sí un hombre prudente. Un país desorganizado y en plena revolución no puede combatir contra un país extranjero, y usted lo sabe. Si mantiene el frente, nos veremos obligados a ocupar Rusia y eso supondría la muerte de millones de personas.

—Está muy seguro de su ejército. Todos los que han intentado invadir Rusia han sucumbido —dijo Lenin.

—Hasta ahora —contestó el oficial alemán.

Lenin pidió que le sirvieran un té y después se recostó sobre la mesa.

—¿Cuál es su plan?

—Partirán en un tren blindado que entrará en territorio suizo con el beneplácito de los cantones, después atravesarán toda Alemania sin paradas y los dejaremos al otro lado de la frontera con Dinamarca —dijo Beyem.

—De acuerdo, pero no queremos el dinero en marcos alemanes. Lo queremos en oro y cargado en el mismo tren. No sabemos lo que esta guerra puede hacer con los billetes y cuánto tiempo podrá Suiza ser neutral —comentó Lenin.

—Perfecto —dijo el alemán.

—¿Cuándo podríamos partir?

—Necesitamos unos días para preparar el tren. Lo mantendremos informado —dijo el oficial poniéndose en pie.

—Estupendo —dijo Lenin sin moverse de la silla.

Beyem salió del salón y recuperó su pesado abrigo en la entrada. No había imaginado que los comunistas pudieran ser tan razonables. Lo cierto era que, cuando los alemanes hubieran terminado con los franceses y los británicos, no costaría mucho controlar una Rusia debilitada y gobernada por aquellos fanáticos.

Capítulo 20

Zúrich, Suiza, 7 de febrero de 1917

Llevaban varias horas metidos en las habitaciones de una pensión de mala muerte. No habían regresado a su casa ni tampoco querían que los vieran en hoteles. Él único habitante de la ciudad que conocía su escondite era el embajador español. La situación comenzaba a ponerlos nerviosos, Hércules creía que se habían precipitado al huir de la casa del doctor Jung.

—Entonces, ¿por qué nos dispararon? —preguntó Lincoln.

—No nos dispararon a nosotros sino a unos tipos que estaban robando dos caballos y un trineo —dijo Hércules.

El monje los miraba indiferente, mientras Alicia no paraba de pasear por la pequeña habitación.

—Ese tipo es un misterio —dijo Lincoln.

—Usted siempre está igual. En cuanto ve algo que no le gusta, le asaltan las dudas y tiene que poner tierra de por medio. El doctor nos estaba ayudando a interpretar las visiones del monje —dijo Hércules.

—¿Está usted seguro de eso? Cuando regresé a mi habitación me di cuenta de la coincidencia de los dos príncipes que mencionó el monje en la visión...

—¿Por qué no dejan de llamarle monje? Tiene un nombre.

—¿Y cuál es? —preguntó Hércules a Alicia.

La mujer entregó una hoja al monje y este escribió: «Mi nombre es Fiodor, pero en el monasterio soy el hermano Juan».

—Será mejor que lo llamemos hermano Juan —dijo Hércules.

—Como le decía, los dos príncipes de la visión se corresponden a los dos imperios de Gog y Magog. Al final de los tiempos destruirán la Tierra de Israel y a todos los que se encuentren allí —dijo Lincoln.

—¿Qué tiene eso que ver con la visión? —preguntó Hércules.

—El hermano Juan describió a dos príncipes: «Wiug vendrá de Oriente y volverá esclavo al hombre con la pobreza; Graiug vendrá de Occidente y volverá esclavo al hombre con la riqueza.»

—¿Y si no fueran dos reinos? —preguntó Alicia.

—¿Qué quieres decir? —dijo Lincoln sorprendido.

—Imaginemos que se trata de dos sistemas. Uno hace a los hombres pobres y los domina por la pobreza y el otro, ricos y los domina por la riqueza —dijo Alicia.

—¿Te refieres al capitalismo y el comunismo? —preguntó Hércules.

—Sí, un sistema que volverá al hombre esclavo por la pobreza y otro... —dijo Alicia.

—Pero ¿esclavo de qué? —preguntó Hércules.

—Del sistema —dijo Alicia.

—¿Cómo seguía la visión? —preguntó Hércules.

El hermano Juan mostró la hoja:

«Los dos príncipes serán vencedores y los dos príncipes serán vencidos. Pero Graiug entrará en casa de Wiug y sembrará sus antiguas palabras, que crecerán y devastarán la tierra. Así terminará el imperio de Wiug... Pero llegará el día en que también el imperio de Graiug será destruido, porque las dos leyes de vida eran equivocadas y ambas producían la muerte».

—Uno luchará contra otro —dijo Alicia.

—El comunismo es tan solo una ideología —dijo Hércules.

«Tampoco sus cenizas se podrán utilizar para cultivar el terreno sobre el que crecerá la nueva planta de la tercera luz».

—¿La nueva planta de la tercera luz? —preguntó Lincoln.

—El lenguaje es confuso, pero les propongo una cosa. Esta noche en el teatro Orfeo hay un mitin a cargo de uno de los líderes comunistas rusos, un tal Lenin. Él podría aclararnos algunas cosas —dijo Hércules.

—Yo no iré a un mitin comunista —dijo Lincoln.

—Está bien, usted quédese con el hermano Juan, y Alicia y yo iremos al acto —dijo Hércules.

Lincoln no estaba muy convencido, pero sabía que cuando una idea se le metía en la cabeza a su amigo era casi imposible convencerlo de lo contrario.

Capítulo 21

Zúrich, Suiza, 7 de febrero de 1917

La ciudad seguía cubierta por la nieve. Llevaban un día entero encerrados, pero en la situación actual no hubieran podido salir del país hasta que el temporal hubiera remitido. Alicia no dejaba de pensar en Lincoln y en el hermano Juan. No le entusiasmaba la idea de que se separaran, podía ser peligroso; pero por otro lado, podían encontrar algunas respuestas en la charla de aquella noche. Si estaban en lo cierto, aquella visión se refería al comunismo cuando hablaba del príncipe que quería dominar al pueblo por su pobreza. El comunismo proponía exactamente eso, la igualdad económica de todos, aunque eso supusiera terminar con los medios de producción.

Cuando llegaron al teatro, se sorprendieron al verlo completamente abarrotado. Habían imaginado una reunión semiclandestina y mucho menos numerosa. Pensaban que Suiza no era el ejemplo más claro de un país cercano a las ideas comunistas, aunque, sin duda, muchos de los asistentes pertenecían a la numerosa comunidad de refugiados que había producido la guerra.

Entraron en el vestíbulo del teatro y lo segundo que les llamó la atención es que entre los asistentes no vieron obreros o personas humildes, prácticamente todos los asistentes vestían y se comportaban como burgueses. Se dirigieron al patio de butacas y se sentaron muy cerca del escenario.

La sala se fue llenando lentamente. Hércules pudo comprobar que muchos de los acentos eran rusos, pero también alemanes y algunos franceses y británicos.

Tres hombres salieron a escena y se sentaron frente a una gran mesa con un mantel rojo. En el centro, el orador vestía con un austero traje marrón, con chaleco y corbata corta. Tenía la cabeza afeitada y una perilla que le cubría en parte la boca. Sus ojos oscuros parecían expresar mucho más que el resto de su cara.

El teatro se quedó en silencio y el hombre grueso que estaba sentado a la derecha comenzó a hablar.

—Camaradas, estamos aquí esta noche para hablar sobre el avance y progreso de nuestra Internacional Comunista. Afortunadamente, esta guerra cruel y burguesa está dando frutos inesperados. Nuestra amada Rusia, un país en el que han sufrido tan dura persecución nuestros camaradas, parece preparada para asumir los valores e ideales comunistas...

Un murmullo se extendió por la sala.

—Sé que esto extrañará a muchos. Según las teorías de Marx, la revolución siempre surge primero en los países más industrializados, pero en este caso parece que la realidad se ha impuesto a la teoría —dijo el hombre.

Se produjo un largo abuceo y en medio de la sala se levantó un hombre con un fuerte acento alemán.

—Marx no se equivoca, todavía está por ver qué sucederá en Rusia. Lo que sabemos hasta ahora es que el ejército se niega a avanzar y que el zar quiere dejar paso a un Gobierno provisional. Que yo sepa eso no es una revolución.

Muchos de los miembros del público asintieron. Otros negaban con la cabeza.

—Camaradas, nadie ha dicho que la revolución haya comenzado, lo que apuntamos es que el país que parece aproximarse al momento previo a la revolución es Rusia —dijo de nuevo el presentador del acto.

Una mujer se levantó en mitad de la sala y dijo en voz alta:

—Las manifestaciones se suceden en las fábricas de Gran Bretaña. Miles de trabajadores están dispuestos a hacer lo que sea para parar esta guerra. Estamos al borde de una revolución. Lo que pasa en Rusia es otra cosa.

El público comenzó a levantarse y a hablar a la vez. Aquello fue un verdadero caos hasta que Lenin se puso en pie. Al escuchar hablar a su líder la sala quedó en silencio de repente.

—Camaradas, es inútil discutir dónde comenzará primero la revolución. Además, es lo menos importante de todo. Nuestro deseo es que la revolución comience cuanto antes y se extienda por todo el mundo. Estamos en la última fase de la lucha de clases. Los obreros y campesinos han sufrido durante siglos la opresión de sus señores, ahora es su turno. Un gobierno del pueblo, en el que ya no hay dictaduras personalistas o democracias corruptas que favorecen a unos pocos. La única dictadura posible es la del proletariado...

El público se puso en pie y comenzó a aplaudir. Lenin hizo un gesto con las manos para que se calmaran.

—Rusia parece más adelantada en este proceso y la razón es muy simple: la guerra ha sido allí más cruel que en ninguna otra parte y sus gobernantes más inhumanos. Pero, pronto, el resto de Europa se unirá a nuestra causa y después toda América y Asia. Estamos a punto de ver el comienzo de una nueva era en la que los hombres volverán a ser hermanos, una era en la que la pobreza y el sufrimiento desaparecerán. Ya no habrá más guerras fratricidas ni imperialistas. Todos los pueblos serán uno...

La sala parecía frenética ante las palabras de su líder. Lenin hizo un gesto de satisfacción y después volvió a pedir calma.

—Como partido, debemos apoyar plenamente la petición de ayuda de nuestros hermanos rusos. Varios amigos poderosos nos han prometido armas, dinero y transporte para que nuestra revolución triunfe. Es posible que antes de que la revolución se consolide en Rusia tenga que pasar una breve etapa de parlamentarismo burgués, pero no temáis. El pueblo ruso no quiere palabras, lo que desea es pan y justicia.

La sala volvió a aplaudir y Lenin, visiblemente cansado, salió por detrás del escenario. Hércules se puso en pie con Alicia y se dirigieron a la parte trasera, tenían que hablar con él antes de que se marchara.

Capítulo 22

Zúrich, Suiza, 7 de febrero de 1917

Parecía que había pasado mucho tiempo, pero cuando Lincoln miró el reloj tan solo hacía tres horas que sus amigos se habían marchado. El hermano Juan estaba dormido en el sofá, se le veía agotado y demacrado, como si los últimos días le hubieran terminado de hundir. Lincoln se aproximó a la mesa auxiliar. Allí tenían algunos libros, siempre intentaban viajar con un buen número. En muchos casos, los libros les habían sacado de graves apuros.

Lincoln comenzó a leer. El silencio de la habitación y de la calle contrastaba con sus pensamientos confusos y pesimistas. Intuía que algo malo iba a suceder. No era la primera vez que le pasaba, a veces podía prever lo que iba a suceder, como si algo en su interior lo advirtiera. Intentó concentrarse en el libro, pero un ruido en la planta de abajo lo asustó.

La casa era una pequeña pensión en la que vivían la dueña en la parte inferior y cuatro habitaciones con inquilinos en la superior. Aunque ellos ocupaban toda la planta, lo normal es que hubiera tres o cuatro personas de distintas procedencias. El lugar era barato, limpio y discreto.

Lincoln dejó el libro sobre la mesa y tomó su pistola. Pensó en despertar al monje, pero luego creyó que era mejor dejarle descansar. Abrió lentamente la puerta y miró hacia el pasillo. Estaba completamente vacío, apenas iluminado por una pequeña bombilla. Salió de la habitación y se asomó por las escaleras. Volvió a escuchar el ruido. Como si arrastraran algo por el suelo de madera.

Bajó lentamente las escaleras. La madera crujía a cada paso, aunque la alfombra amortiguaba en parte sus pisadas. Tras recorrer el primer tramo se paró de nuevo e intentó escuchar mejor.

Sin duda se escuchaban pasos; parecía que al menos dos personas se movían por la planta inferior.

Cuando puso el pie en la planta baja, escuchó un ruido que provenía de la cocina. Caminó en silencio en mitad de la oscuridad del pasillo. Entonces la puerta abatible se movió y enfrente de él apareció el rostro de un hombre vestido con traje, pero con una larga y espesa barba rubia.

Los dos se miraron incrédulos y el desconocido se lanzó hacia él. Lincoln apenas tuvo tiempo de reaccionar. El desconocido le quitó la pistola y los dos cayeron al suelo. Aquel hombre era gigantesco. Lincoln no se lo podía quitar de encima. Intentó desequilibrarlo con las piernas, pero el tipo ni se inmutó. El desconocido lo cogió por el cuello y comenzó a asfixiarlo, entonces Lincoln comenzó a sentir que lo abandonaban las fuerzas y perdió el conocimiento.

Capítulo 23

Zúrich, Suiza, 7 de febrero de 1917

—No pueden ver al camarada Lenin —dijo uno de los guardas de la puerta del camerino.

—Es de vital importancia —replicó Hércules.

—Ya les he dicho que el camarada no recibe visitas. En unos minutos partirá para su residencia. Si cada persona de la sala quisiera ver a Lenin hace años que hubiera muerto por agotamiento —dijo el ruso muy serio.

—Por favor, entréguele mi tarjeta y que sea él quien decida.

El ruso lo miró con el ceño fruncido. No era la primera vez que un periodista o un espía zarista intentaban acercarse a su jefe con oscuras intenciones.

—Deme eso —dijo el ruso furioso. Llamó a la puerta y entró en el camerino.

Un minuto más tarde el ruso salió y les hizo un gesto para que entrasen.

—Cinco minutos, ni uno más.

—Gracias —dijo Alicia.

Lenin estaba sentado frente a un gran espejo. Su aspecto era mucho más pálido y enfermizo que en el salón del teatro. Los miró con sus expresivos ojos negros y se puso en pie.

—Señora —dijo galantemente. Después dio la mano a Hércules.

—Disculpe la molestia. Imagino que un hombre como usted estará muy ocupado —dijo Alicia.

—Es el pequeño sacrificio que exige la revolución. Otros sufren prisión o mueren por nuestra causa, así que me temo que el mío es un precio muy pequeño —explicó Lenin con un fuerte acento ruso.

Hércules se sorprendió de que hablara un correcto francés. Aquel no era el revolucionario inculto y maleducado que esperaba encontrar.

—No lo entretendremos mucho —dijo Hércules, después se presentaron y explicaron brevemente al líder comunista la razón de su visita.

Lenin se quedó pensativo y después les lanzó una mirada interrogante a los dos.

—¿De verdad que no saben de qué se trata?

—No, parece una profecía o algo de ese tipo —dijo Hércules.

—¿Usted cree en esas supersticiones? —preguntó Lenin.

—En estos años he visto cosas realmente sorprendentes. Si le digo la verdad, no sé qué creer —contestó Hércules.

—Lo que me dicen ustedes forma parte de unas conocidas predicciones que casi todo el mundo conoce en Rusia —dijo Lenin.

Los dos lo miraron extrañados. ¿Cómo era posible que aquel hombre conociera la profecía del monje?

—No le entiendo —dijo Alicia.

—¿Conocen a Rasputín? —preguntó Lenin.

—No —dijo Hércules.

—Rasputín era un monje fanático y libidinoso que se convirtió en el asesor del zar en los últimos años. Algunos le atribuían poderes sanadores, aunque yo creo que simplemente era un timador. Al principio fue muy apreciado por la aburrida, fanática y supersticiosa aristocracia rusa, pero, cuando se descubrió su frenético interés por las mujeres casadas, muchos les dieron la espalda. Antes de que lo asesinaran escribió unas profecías. El texto que me han leído forma parte de ellas —aseguró Lenin.

Hércules y Alicia no salían de su asombro. Si eso era verdad, aquel monje los había engañado, pero ¿cuál era su intención?

—En ellas vaticinaba la destrucción de la dinastía Romanov si moría de una manera violenta. Si están muy interesados en el libro, pueden pasarse mañana por mi casa y les daré una copia —dijo Lenin.

—Muchas gracias —dijo Alicia.

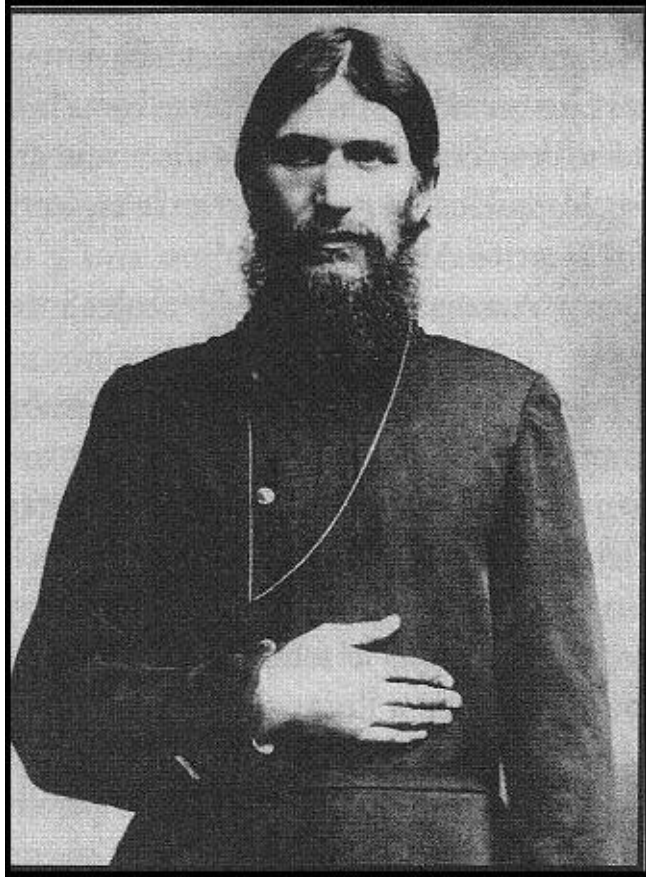
—¿Son españoles? —preguntó Lenin.

—Sí —dijo Hércules.

—Además será muy agradable que me hablen de su país. Apenas sé nada de él. Les espero mañana por la mañana en mi casa. Uno de mis asistentes les dará mi dirección.

Salieron del camerino sorprendidos y halagados. Aquel hombre parecía cualquier cosa menos un hosco revolucionario. Sin duda estaban ante un intelectual.

Mientras abandonaban inquietos el teatro, una pregunta venía a la mente de Hércules una y otra vez: ¿Por qué les había mentido el hermano Juan?



El monje Rasputín

Capítulo 24

Zúrich, Suiza, 7 de febrero de 1917

Cuando llegaron a la casa lo primero que les chocó fueron los cristales rotos de la puerta. Alguien había forzado la entrada y el frío gélido de la noche penetraba en el interior. Hércules sacó su pistola y se dirigieron hasta la salita en la que la dueña de la pensión pasaba la mayor parte del tiempo. La señora Schmid estaba sentada en su butaca preferida con los ojos cerrados. Alicia se acercó hasta la mujer y le tocó el hombro; esta se desplomó dejando a la vista una gran mancha de sangre en la espalda que había penetrado en la tapicería del sillón.

—¡Dios mío! —gritó Alicia.

—Echemos un vistazo arriba —dijo Hércules intentando mantener la calma.

Salieron de nuevo al pasillo y comenzaron a subir. Caminaban despacio, intentando escuchar cualquier ruido entre escalón y escalón. Las luces superiores estaban encendidas. La puerta cerrada de su habitación reflejaba la claridad de la bombilla del techo a través del marco. La abrieron. No había nadie dentro y todo estaba revuelto. Alicia no pudo aguantar más la tensión y se agarró al hombro de Hércules, después comenzó a llorar.

—Tranquila, seguro que está bien. Lincoln sabe cuidarse solo.

Hércules se agachó y observó un trozo de papel arrugado. En mitad del alboroto parecía una hoja más, pero cuando se la acercó a la cara vio que se trataba de una pequeña cartulina con el membrete del zar. Ponía algo en ruso que no supo leer. Guardó el papel en el bolsillo y comenzó a registrar la habitación.

Después de un rato, llamaron a la policía. No tardaron mucho en llegar. Media docena de agentes y dos inspectores recorrieron la casa en busca de pistas. Cuando terminaron de examinarlo todo, el inspector Schneider les pidió que tomaran asiento en el salón, para interrogarlos.

Afortunadamente, habían retirado a la señora Schmid del sofá y la habían puesto en el suelo, después la habían cubierto con una manta.

—Según me han contado, ha desaparecido un amigo suyo, George Lincoln, ciudadano norteamericano. Un hombre negro de unos cuarenta y cinco años, un metro setenta y cinco de estatura, delgado y con el pelo canoso —dijo el inspector mientras leía su libreta.

—Sí —dijo Alicia.

—¿Cuál era la razón de su estancia en Suiza? —preguntó el inspector.

—Negocios y la celebración de una boda —dijo Hércules.

—¿Una boda? —preguntó extrañado el inspector.

—Sí, Alicia Mantorella y el desaparecido se iban a casar.

El inspector miró extrañado a la mujer. No era corriente que un hombre negro y una mujer blanca se casaran. En Suiza podían verse visitantes de todas las partes del

mundo, pero nunca había visto un matrimonio mixto.

—¿No se celebró la boda?

—No, fue interrumpida por un hombre, un monje ortodoxo ruso. Lo acogimos y lo ayudamos a recuperarse; él también ha desaparecido —dijo Hércules.

—Parece sorprendente. Un monje ortodoxo ruso y un afroamericano han desaparecido la misma noche —conjeturó el inspector.

—No entiendo su sorpresa —dijo Alicia con el ceño fruncido—, simplemente son dos hombres que han desaparecido, qué más da el color de su piel o su origen.

—Disculpe señorita, pero reconocerá que no es un caso corriente —dijo el inspector algo aturdido, después se dirigió de nuevo a Hércules—. ¿Cree que el monje ruso ha secuestrado a su amigo?

—Me extraña. Cuando los dejamos esta noche solos, el hermano Juan no parecía encontrarse muy bien. Si tiene algo que ver en la desaparición de mi amigo, sin duda otros lo ayudaron —dijo Hércules.

—¿Por qué iba a matar esa gente a una pobre anciana? —preguntó el inspector señalando el cuerpo de la mujer.

—No lo sé —contestó Hércules.

—Es todo muy extraño. Les pido que no abandonen la ciudad hasta que todo esté aclarado. Buscaremos a su amigo con todos nuestros medios. Ahora les recomiendo que se alojen en otro lugar.

—Así lo haremos —convino Alicia.

Después del interrogatorio dejaron la casa y buscaron habitación en un hotel cercano. Decidieron alquilar dos habitaciones y unos minutos más tarde estaban profundamente dormidos.

En la entrada del hotel, dos hombres vestidos de negro vigilaban la entrada. No era la primera vez que los seguían aquella noche.

Capítulo 25

Bratislava, Eslovaquia, 8 de febrero de 1917

Los aduaneros los miraron intrigados. Oleg y Kusma parecían una extraña pareja de viaje. El primero era rubio, de facciones suaves y ojos muy azules. De baja estatura y con una piel muy blanca, tenía porte aristocrático y vestía con cierta elegancia su traje desgastado de oficinista. El segundo era muy alto y fuerte, sus ojos negros e inexpresivos producían escalofríos, su piel era cobriza y tenía una barba negra y espesa.

—¿Son periodistas? —preguntó el soldado eslovaco.

—Sí —dijo Oleg en francés.

—No tienen autorización del Gobierno austríaco —dijo el soldado.

—Huimos del frente, se prepara una gran operación y regresamos a casa, a Suiza —dijo Oleg.

El soldado los escrutó con la mirada. El coche tenía matrícula suiza, sus pasaportes estaban en regla y alguien les había dejado pasar a Eslovaquia. Austria y su país formaban parte de un gran imperio y las fronteras tenían un carácter más aduanero que político.

—Está bien, pasen.

Oleg suspiró cuando dejaron atrás la frontera. Se adentraron en Austria y ya no pararían hasta llegar a Suiza. Todo estaba sucediendo según lo planeado. Tenían que alcanzar a su presa antes de que esta emprendiera de nuevo el vuelo.

—¿Quiere que conduzca yo? —preguntó Kusma.

—Estoy bien, descanse un poco y ya lo avisaré cuando amanezca —dijo Oleg.

—Lo que ordene, señor —contestó Kusma.

El gigante se recostó sobre el asiento y cerró los ojos. Siempre veía lo mismo cuando intentaba dormirse. La granja en la que se crió. Sus padres eran dos campesinos ucranianos, tenía dos hermanas y un hermano pequeño. Cuando era niño, un grupo de soldados había asaltado su granja y, tras violar a sus hermanas y a su madre, los habían matado a todos. Afortunadamente, él se encontraba en la iglesia aquella tarde, ayudando al sacerdote. Cuando llegó a la granja por la noche, se la encontró ardiendo, todos los animales estaban muertos y ya no tenía familia.

Capítulo 26

Zúrich, Suiza, 8 de febrero de 1917

Después de desayunar, Alicia y Hércules se acercaron a la comisaría. No había ni rastro de su amigo. Aquel día se había levantado especialmente soleado y la nieve se había derretido en las calles. La gente paseaba y el mundo tenía una extraña armonía que no invitaba a imaginar el drama que había al otro lado de los Alpes. Aquella magnífica tierra siempre había estado aislada del resto del mundo. Los suizos habían vivido del pastoreo y la guerra toda su vida. Mitad mercenarios y mitad tranquilos campesinos de montaña, ahora se habían convertido en el banco del mundo. Todos querían meter sus fortunas en las opacas cuentas suizas. En ellas descansaban el dinero de los grandes magnates junto a los ahorros de los comunistas, las riquezas extraídas de África y los diezmos de la iglesia católica.

—Iremos a ver a Lenin —dijo Hércules—. Al menos él nos dejará ese libro de profecías y podrá leer lo que pone en esta nota.

Caminaron hasta la sencilla mansión en la que se alojaba el líder ruso. Los cachearon a la entrada y después los llevaron hasta un salón. Allí había una mujer morena, estaba leyendo despreocupada cuando entraron en la sala.

—Ustedes deben de ser las personas que charlaron ayer con mi esposo. Soy la señora Lenin —dijo la mujer presentándose.

—Mi nombre es Hércules Guzmán Fox y esta es mi ahijada, Alicia Mantorella.

—Encantada —dijo Alicia.

—Siéntense. ¿Desean tomar algo? —preguntó la mujer.

—No, acabamos de desayunar.

—Vladímir bajará en un momento. Se acuesta muy tarde y por eso procuro que no madrugue —dijo la mujer.

Se escucharon unos pasos en la planta de arriba y después alguien que descendía por la escalera. A los pocos segundos tenían enfrente de nuevo a Lenin.

—¿Han venido a por el libro? —preguntó este, dándose un pequeño golpe en la frente.

El hombre se dirigió a una de las estanterías de la pared y tomó un libro pequeño. Después se lo acercó a Hércules.

—Muchas gracias.

—Pueden quedárselo. Yo ya lo he leído. No pasa de ser un libro morboso, aunque lo más increíble es que lo escribiera ese monje salvaje e ignorante de Rasputín —dijo Lenin.

Hércules abrió el libro.

—No se preocupen, está en francés —dijo Lenin.

—Mi ruso es muy pobre —bromeó Hércules—, de hecho, queríamos que nos leyera una nota que descubrimos ayer en nuestra casa. No sabemos de qué se trata.

Hércules le tendió el papel y el hombre lo tomó, después rebuscó en el bolsillo y sacó unas lentes pequeñas de lectura.

—Tiene membrete de la casa del zar —dijo Lenin intrigado.

—Eso nos pareció a nosotros —dijo Alicia.

—Dice una frase en clave, creo: «Вот КНИга, КОТрая будет поражение трех царей и их ухло 3612244896» —dijo Lenin.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alicia.

—«Aquí se encuentra el libro que derrotará a los tres zares y su número 3612244896» —tradujo Lenin.

Todos se miraron intrigados. La profecía de Rasputín era una pista para llevarlos a algo.

—El número parece pertenecer a una caja de seguridad suiza, las cuentas aquí tienen seis números. Pero imagino que únicamente podrá acceder a ella su titular —dijo Lenin.

—Puede que el monje sea el titular de la caja de seguridad —les comentó Alicia.

—Entonces también vino para llevar algo a Rusia —dijo Hércules.

—Alguien de la casa del zar le facilitó los datos —dijo Alicia.

Lenin se quedó unos instantes en silencio y después le pidió el libro a Hércules.

—Miren esta parte de las profecías:

«... Cuando la mujer esté próxima al parto, se estabilizará en la tierra el séptimo imperio. Y será el imperio del mal. El zar negro reinará sobre la cabeza; el zar blanco reinará sobre el ombligo; y el zar rojo reinará sobre los pies. Y los pies serán los primeros en ser corroídos por la lepra. Cuando caiga la cabeza, se oirá un lamento en todo el mundo. Y sangre caerá sobre la piedra santa... Los tiempos de la caída del imperio se iniciarán con el asesinato del padre, que tendrá lugar en el plenilunio del verano. Cuando los ladrones abandonen la baya de oro para huir a la gruta, será el tiempo en que el último imperio estará próximo al fin. Y el fin llegará entre un remolino de sangre.»

—¿Quiénes son los tres zares? —preguntó Alicia.

—No lo sé. Las profecías de este monje borracho son un galimatías —dijo Lenin.

—¿Sabe en qué banco guarda su fortuna la familia del zar? —preguntó Alicia.

—En el SBS, Sociedad de Bancos Suizos —dijo Lenin—. Le pedirán una llave, además del número tiene que tener la llave de la caja.

Alicia miró a Hércules y después dijo:

—Los que habían secuestrado a Lincoln querían el contenido de la caja. De alguna manera poseían el número, pero les faltaba la llave.

—El crucifijo del monje. ¿No se dio cuenta? Parecía una llave —recordó Hércules.

Capítulo 27

Zúrich, Suiza, 8 de febrero de 1917

—¿Por qué matasteis a la anciana? —preguntó Jung.

—No tuvimos más remedio, nos vio entrar y nos hubiera reconocido ante la policía.

—Sabéis que no os permito hacer daño a nadie, a no ser que sea imprescindible. ¡Maldita sea! ¿Cómo has podido perder el número? —preguntó el doctor Jung.

—Lo llevaba en el bolsillo, debí de perderlo cuando intenté reducir al monje —dijo el hombre.

—Sin el número no podemos abrir la caja —dijo el doctor.

—Puede que lo sepa el monje —dijo el hombre.

Jung se puso delante del hermano Juan. Estaba atado a una silla y con la cabeza gacha.

—Suéltale las manos —dijo Jung.

—Pero señor...

—Es mudo, sin las manos no puede escribir —dijo Jung.

El doctor comenzó a hablar lentamente. Su voz era suave y penetrante, ya que, como la mayoría de los psiquiatras, sabía la técnica de la hipnosis. Era incapaz de dañar a otro ser humano, pero la manipulación sí era aceptable en su nuevo sistema de creencias. Abandonar el cristianismo había sido una liberación. Su esmerada fe calvinista lo había convertido en lo que era. Un ser tímido, rígido y reprimido. La liberación por medio de los viejos dioses germanos lo estaba liberando de toda aquella frustración.

—Hermano Juan, escriba en el papel el número de la caja de seguridad.

El monje comenzó a escribir, pero lo hizo en ruso.

—Maldición. Lo ha escrito en su lengua natal. No será difícil que alguien lo traduzca —dijo Jung. Después miró hacia atrás. Lincoln lo observaba desafiante—. Este negro se cree que me va a intimidar. Cuando hayamos conseguido lo que queremos, ya veremos qué hacemos contigo.

Lincoln logró desatarse una mano, no hizo el más mínimo gesto. En cuanto se marcharan, liberaría al ruso e irían a buscar a sus amigos.

Capítulo 28

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

Cuando el coche llegó a la ciudad ya era bien entrada la madrugada. Oleg y Kusma habían sorteado la última frontera y llegado a Zúrich sin muchos impedimentos. Lo más difícil había sido que las autoridades suizas no se dieran cuenta de su falsa identidad, pero los servicios secretos rusos sabían hacer muy bien su trabajo.

Tenían la dirección de Lenin y sabían con cuántos hombres contaba para protegerlo. Había espías suyos en Suiza, pero los servicios secretos preferían que lo hiciera alguien externo, algún agente virgen, que hasta ese momento no hubiera actuado. El zar se encontraba en un momento muy delicado, lo último que necesitaba era que lo acusaran de asesinar a la oposición. Oleg era el hombre más indicado. Joven, soltero y convencido de que matar a Lenin era hacer un gran servicio a su país.

El joven oficial nunca había asesinado a nadie, si exceptuamos a su joven amigo Yegor, pero eso era una ventaja más que un inconveniente. Sus superiores sabían que un fanático cumplía mejor su misión que un profesional. Oleg estaba dispuesto a morir antes de dejar escapar a su presa.

La única cosa que lo ataba a ese mundo era su vieja amiga Masha. Yegor y él habían competido por ella cuando eran estudiantes en la academia militar, pero al final Masha se había casado con Yegor. Los dos se habían afiliado al partido comunista y habían pasado a la clandestinidad. Ahora desconocía dónde podía estar. Los padres de Oleg habían muerto, era un hijo tardío que había nacido cuando sus progenitores ya no lo esperaban.

Kusma era otro huérfano y solitario miembro del servicio secreto. No sentía el fanatismo de su oficial, pero era fiel como un perro, capaz de ejecutar cualquier orden que su amo le pidiera.

Los dos rusos se dirigieron a la casa de Lenin. Lo esperarían hasta que saliera a la calle y no le dejarían volver a casa vivo. Aquel perro debía morir antes de que destruyera Rusia, pensó Oleg mientras encendía un cigarrillo, agazapado detrás de un gran árbol que los separaba apenas diez metros de sus enemigos.

Capítulo 29

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

Esperar frente a un banco podía ser un trabajo tedioso, sobre todo si desconocías a quien vigilabas. Hércules y Alicia miraban a todos los sospechosos, pero en Suiza la mayoría de los clientes lo parecían; jeques árabes, millonarios norteamericanos, judíos ortodoxos y príncipes austríacos paseaban por la amplia sala del banco con aire misterioso, intentando ocultar el dinero que llevaban entre la ropa.

—No creo que esto sirva para nada. Puede que ya hayan sacado lo que hay dentro de la caja de seguridad —dijo Alicia.

—Lo dudo, llevamos desde ayer aquí —replicó Hércules.

—Puede que haya otra puerta, una para clientes preferentes —dijo Alicia.

—Ya he comprobado todas las entradas, los clientes solo pueden hacerlo por la principal —dijo Hércules señalando la puerta.

Hércules volvió a abrir el gigantesco periódico y comenzó a leerlo de nuevo. Alicia se mordía las uñas. Lincoln llevaba cuarenta y ocho horas desaparecido. Eso le comenzaba a atormentar.

Tres hombres entraron en la amplia sala. Uno de ellos era un viejo conocido de Hércules, el doctor Jung. Los tres hombres se dirigieron a la mesa del secretario del director y comenzaron a hablar con él.

Alicia dio un codazo a su amigo.

—El doctor —dijo la mujer en un susurro.

Hércules no se inmutó. No era nada anormal que Jung fuera a un banco en su propia ciudad. Podría tratarse de un tipo extraño, pero nada más.

Alicia comenzó a pensar de nuevo en su prometido. Si todo esto salía bien, prometía casarse allí mismo, delante del embajador de España, y convertirse en la señora Lincoln. Sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. Esperaba volver a verlo y estrecharlo de nuevo entre sus brazos.

Capítulo 30

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

Lincoln había logrado liberarse de las ataduras poco después de que los hombres abandonaran la habitación. Afortunadamente, no estaban en la vieja mansión del doctor Jung a las afueras de la ciudad. Los habían encerrado en un piso destartado muy cerca de la calle principal, donde estaban todos los bancos. Después de liberar al hermano Juan, los dos hombres se dirigieron a la salida. No había vigilancia. Seguramente ya no era necesario retenerlos por más tiempo, Jung habría obtenido su premio y sería muy difícil demostrar que uno de los hombres más respetables de la ciudad los había retenido.

La puerta estaba cerrada con llave por fuera. Era muy difícil salir por la ventana, estaban en una tercera planta. Lincoln abrió la ventana y miró a uno y otro lado. Si caminaban por la fachada hasta el fondo, podrían llegar a una azotea cercana.

—Venga, hermano Juan —dijo sacando al monje por la ventana. Después salió él.

Caminaron con paso lento por la fachada. El monje se detuvo un momento y miró al vacío.

—No mire abajo —dijo Lincoln.

Siguieron arrastrando los pies hasta llegar a la azotea. Después dieron un pequeño salto. Allí Lincoln se dirigió al monje.

—¿Dónde está la caja de seguridad del banco?

El hermano Juan se encogió de hombros. Lincoln intentó recordar la conversación. Aquellos hombres habían dicho unas siglas, pero no era capaz de recordar nada.

—¿Cómo era? Era algo de... Da igual, todos los bancos están en la misma calle. Los veremos allí.

Los dos hombres corrieron escaleras abajo. No podían dejarlos escapar.

Capítulo 31

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

Alicia miró sorprendida a la extraña pareja que caminaba al otro lado del cristal. Le hizo un gesto a Hércules y salió corriendo del banco. Cruzó la calle y abrazó a Lincoln.

—Querido —dijo mientras no paraba de besar al hombre.

Lincoln la apretó entre los brazos y sintió que todo el miedo y la tensión de los últimos días desaparecían de repente. Hércules se acercó a su amigo y le extendió la mano.

—Lincoln, ¿se encuentra bien? —dijo en tono neutro.

—Sí, afortunadamente consiguieron lo que buscaban y no nos mataron —dijo Lincoln.

El hermano Juan les sonrió, pero en un segundo su rostro volvió a palidecer. Los tres se giraron y observaron que el doctor Jung con otros dos hombres desaparecían por la calle lateral.

—Fueron ellos —dijo Lincoln señalando a los tres hombres.

Comenzaron a correr, pero los tres individuos se subieron a un vehículo y huyeron a toda velocidad.

—Sabemos dónde vive —dijo Hércules—, esta noche le haremos una visita.

Los cuatro se dirigieron al hotel. Lincoln y el hermano Juan llevaban dos días en los que apenas habían probado bocado. Después de comer algo, Hércules le preguntó:

—¿Qué querían Jung y sus esbirros?

El hermano Juan señaló su pecho.

—Se han llevado su cruz, era una llave, también querían una combinación. Hablaron de un libro —dijo Lincoln.

—Nosotros descubrimos que lo que hay en la caja tiene relación con algo de unos zares: el zar negro, el zar blanco y el zar rojo —dijo Alicia.

El monje hizo un gesto con la cabeza.

—La profecía que usted nos escribió era de Rasputín. ¿Lo sabía? —preguntó Hércules:

El hermano Juan negó con la cabeza y después escribió en una hoja:

«Esas profecías las leía mi stárets durante las comidas, pero desconocía su origen.»

—¿Tampoco sabía que su cruz era una llave ni lo de la caja de seguridad? —preguntó Alicia.

«Mi stárets me dijo que debía llevar un libro al monasterio cuando regresara con ustedes, pero tras los incidentes no pude decirles nada. Lo siento.»

Lincoln miró con desconfianza al monje. No terminaba de creerse su historia.

—Está bien, será mejor que descansemos. Esta noche tenemos que recuperar el

libro como sea —dijo Hércules cortando la conversación—. Usted se quedará aquí al cuidado de Alicia, mientras nosotros vamos a la casa del doctor. Esta vez no podemos fallar, ese libro oculta algún misterio que tiene relación con la muerte de los monjes de su monasterio. Estoy convencido.

Capítulo 32

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

—¿De verdad deseas ir a cenar? —preguntó Lenin de nuevo a su esposa.

—Dentro de unos días volveremos a Rusia, no sabemos lo que nos espera y, desde que estamos en Suiza, apenas hemos salido de estas cuatro paredes.

Lenin comprendía el sacrificio que suponía para su esposa seguirle por todo el mundo sin pedir nada a cambio. Los alemanes vendrían al día siguiente para darles una fecha definitiva de salida; en Rusia el zar no lograba colocar a sus candidatos en el Gobierno provisional. Una noche de diversión no le iba a hacer daño a nadie, pensó mientras su esposa seguía hablando.

—Está bien, pero iremos al restaurante de la calle de al lado. Es peligroso que nos alejemos de aquí en plena noche —dijo Lenin.

Su mujer se acercó y le dio un beso en la frente. Después subió hasta la planta de arriba para elegir un vestido.

Lenin estaba preocupado. La desesperación del zar podía tener consecuencias nefastas. Ya lo había visto actuar en ese tipo de situaciones y podía actuar de una manera despiadada. El aparato del partido debía estar preparado para un retroceso en la situación. Nicolás II todavía tenía muchos adeptos en Rusia.

Se acercó a la ventana. Lo cierto era que aquella era una noche agradable, algunas nubes cubrían el cielo y protegían las calles de la helada nocturna. Su mujer bajó refinadamente arreglada. Estaba preciosa. Aún conservaba toda su belleza juvenil y la elegancia de su estirpe, no podía ocultar que procedía de una familia noble.

—Pues será mejor que nos demos prisa —dijo Lenin.

Se pusieron sus abrigos y, escoltados por tres hombres, salieron a la calle. Todavía se veía mucha gente por la calle. En Suiza estos pequeños respiros meteorológicos no solían durar mucho.

Atravesaron la calle y entraron en el restaurante francés de la esquina. El salón estaba lleno, pero el *maître* enseguida les buscó una mesa discreta al fondo.

Oleg y Kusma los siguieron hasta la puerta y después entraron en el restaurante. Aquella noche era perfecta para terminar su trabajo, pensó Oleg mientras observaba de lejos a Lenin. Aunque lo que estaba a punto de ver le dejó aún más impresionado.

Capítulo 33

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

La casa estaba iluminada en mitad del campo. Su aspecto era el mismo que unos días antes, pero la nieve apenas cubría en parte las cunetas del camino de grava. Hércules y Lincoln buscaron una ventana en la parte trasera y la forzaron. Entraron sigilosamente y se dirigieron al salón principal. No se veía a nadie. Después buscaron las escaleras del sótano y se dirigieron hasta allí. Apenas habían descendido un par de peldaños, cuando escucharon unas voces. Hércules se agachó y al final de las escaleras contempló la gran sala ceremonial. Al fondo había dos hombres. Uno era el propio doctor Jung y el otro les resultó del todo desconocido.

Se aproximaron un poco más y Hércules apuntó su arma hacia ellos.

—Doctor Jung, me temo que tiene algo que no le pertenece.

El doctor se giró lentamente. No parecía sorprendido ni asustado.

—Imaginaba que descubrirían la caja de seguridad, era cuestión de tiempo, pero no creía que osaran entrar en mi casa después de haberse ido sin decir nada. Abusaron de mi hospitalidad —dijo el doctor Jung.

Lincoln lo miró indignado.

—¿Llama hospitalidad a secuestrarme durante dos días? —preguntó el norteamericano.

—No me quedó otro remedio. Necesitaba conseguir lo que había en la caja de seguridad —se disculpó Jung.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó Hércules.

—¿No lo saben?

El doctor sonrió y tomó un puro de la mesa. Después lo encendió y dio una profunda bocanada.

—¿Quieren uno? —preguntó levantando la caja de los puros.

Hércules tomó uno y lo encendió. Era un gran aficionado a los puros, sobre todo después de pasar buena parte de su carrera en la Armada española en Cuba.

—En la caja de seguridad debía haber un libro —comentó por fin el doctor Jung.

—¿Debía? —preguntó Hércules.

—No he encontrado nada. Bueno, a excepción de una nota, esta vez en francés.

El doctor extendió la nota y Lincoln la tradujo:

—«Los muros de este edificio eran de hierro. Treinta y seis pilares del mismo metal lo sostenían. El interior era del mismo material incrustado de brillante acero. Los cimientos de la torre estaban contruidos de tal manera que doblaban en altura a la parte que estaba bajo tierra. Apenas había el pájaro entrado en este recinto cuando un frío glacial pareció apoderarse de él. Hizo vanos esfuerzos para mover sus alas estremecidas, se agitó aún, tratando de huir, pero tan débilmente que le di alcance con la mayor facilidad.»

—No entiendo nada —dijo Hércules.

—Forma parte de un libro escrito por el conde de Saint Germain —dijo el doctor Jung.

—¿Quién? —preguntó Lincoln.

—Saint Germain era un maestro ocultista del siglo XVIII —explicó el doctor Jung.

—¿Por qué describe un edificio? —preguntó Hércules.

—Es un símbolo, en la ciudad en la que se encuentra este edificio es donde está el libro que busco. No estaba aquí —dijo Jung.

—¿Cuál es ese maldito libro? —preguntó Hércules.

El doctor lo observó un rato sin contestar. Él mismo se había hecho muchas veces esa pregunta, pero no podía dar una respuesta definitiva.

—*El testamento del Diablo*. Es el libro que el zar está buscando, el libro que vino a buscar el hermano Juan —dijo Jung.

—¿*El testamento del Diablo*? Ya le dije que todo esto tenía que ver con brujerías —comentó Lincoln.

Hércules hizo un gesto de desaprobación. Él no creía en ese tipo de cosas. Después se dirigió de nuevo al doctor Jung y le preguntó:

—¿Qué es *El testamento del Diablo*?

—Un libro que habla de la mayor conspiración jamás urdida contra la humanidad. Si desvelamos su secreto, libraremos al mundo del dominio de los hijos del propio Diablo —explicó Jung.

—¿Cómo puede un hombre de ciencia como usted creer en semejante patraña? Si me interesa el libro es porque parece estar relacionado con la muerte de los monjes en el monasterio del hermano Juan, pero todo esto es ridículo —dijo Hércules.

—No es ridículo. El poder de ese libro es inmenso. En 1905 provocó la muerte de miles de personas en Bielorrusia. Desde entonces se destruyeron todas sus copias y ha permanecido oculto hasta ahora. El zar lo usó en su momento y cree que ahora debe volver a usarlo para detener a los comunistas, pero el libro debe utilizarse a gran escala, no para satisfacer los intereses del zar. Por eso es mejor que lo consiga yo —dijo Jung.

—Pero, si el libro no está aquí, ¿dónde está y quién lo tiene? —preguntó Lincoln.

—La pista apunta a una ciudad con una torre de hierro —dijo Jung.

—Es demasiado simple, la ciudad es París y la torre, la torre Eiffel, pero Francia está en guerra y París es demasiado grande para buscar un libro —dijo Hércules.

—Puede que la pista esté en la misma torre —dijo Lincoln.

—Muchos han hablado de que el libro se escribió en Francia. Después lo difundió un tal Yuliana Glinka, un miembro de la Ojrana, la policía secreta rusa —dijo Jung.

Hércules se quedó pensativo. Si el libro estaba en París, deberían ir a por él.

—Bueno, caballeros, creo que nuestra charla ha terminado —dijo Hércules apagando el puro en el cenicero.

Los dos hombres abandonaron la sala sin dar la espalda y corrieron hasta escapar por la parte trasera de la casa. Unos minutos más tarde estaban lo suficientemente lejos como para retomar la conversación.

—¿Iremos a París? —preguntó Lincoln.

—Creo que es lo mejor, pero estoy seguro de que Jung también intentará hacerse con el libro. ¿Cuánto tardaremos en llegar a la ciudad?

Lincoln hizo un cálculo mental y después dijo:

—Unos quinientos kilómetros...

—Podemos estar de vuelta en tres días —dijo Hércules.

—¿Cómo encontraremos a Yuliana Glinka? —preguntó Lincoln.

—No estoy seguro, pero puede que la pista esté en la torre y no haga falta llegar hasta el espía ruso.

—Eso retrasará nuestro viaje a Rusia —dijo Lincoln.

—Únicamente es un rodeo. A veces hay que hacerlos para llegar a alguna parte.

Capítulo 34

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

Los ojos de Oleg se cruzaron con los de una mujer. Una redecilla le cubría en parte la cara, sus labios muy rojos apuraban un cigarrillo de filtro largo. Sus pómulos bien definidos resaltaban más por su palidez y por su pelo color azabache. Los labios de Oleg pronunciaron involuntariamente un nombre: Masha.

No podía creerlo. Era el último sitio en el que esperaba encontrarla. Aquella mujer tenía la capacidad de trastornarlo. Llevaba años sin verla, pero aún conservaba su belleza. ¿Qué hacía allí? Sin duda acompañaba a Lenin y su séquito.

—Kusma, no vamos a actuar esta noche —dijo el joven.

Su compañero se quedó asombrado. Tenían orden de asesinar a Lenin y volver lo antes posible a Rusia.

—¿Ves a esa mujer?, es la llave que necesitamos para llegar a Lenin. Si entramos en su círculo íntimo, podremos enterarnos de sus planes antes de acabar con él.

Kusma no estaba muy convencido de los cambios respecto al plan original. A él le gustaban las cosas sencillas. Si algo funcionaba, no entendía por qué tenía que cambiarse.

Oleg se puso en pie y se dirigió hasta la mesa de Masha, que estaba sentada sola. Ella levantó la vista e intentó mostrar indiferencia, aunque un destello en su mirada delató su sorpresa.

—Oleg, un buen servidor del zar —bromeó la mujer lanzando una gran bocanada de humo.

—Masha, la revolucionaria —dijo el joven.

—¿Qué te trae por estos recónditos lugares? —preguntó la mujer.

—Imagino que lo mismo que a ti —contestó Oleg.

—Lo dudo, yo no soy partidaria del zar.

—Pero sí una exiliada, como yo...

Masha lo miró intrigada. Conocía bien a Oleg y no era el tipo de hombre que bromeara con una cosa así.

—No puedo creer que hayas desertado —dijo Masha.

—¿Puedo sentarme?

—Por favor. ¿Y tu amigo?

—Kusma nos esperará en la otra mesa —ordenó Oleg.

—Veo que no has perdido tu pasión por el mando —dijo Masha.

—Hace unas semanas capturaron a Yegor, yo fui el oficial encargado de interrogarlo. No fue difícil hacerle confesar, pero verlo sufrir me partió el corazón. Éramos como hermanos. Rusia se está desmoronando y la policía secreta lo único que hace es asesinar. Estoy cansado de todo eso...

—Por eso te has venido a Suiza y has cenado en el mismo restaurante que el

camarada Lenin —ironizó Masha.

—Exacto. Vengo a advertirle de un atentado. Los servicios secretos preparan su muerte —dijo Oleg.

No había nada como una verdad a medias, para ser convincente, pensó mientras hablaba con la mujer.

—¿Cómo está Yegor? —preguntó Masha.

Oleg permaneció unos segundos en silencio, suficientes para que la joven notara un nudo en la garganta y unas ganas tremendas de gritar.

—Yegor ha muerto. No soportó el último interrogatorio, por eso lo he dejado. ¿Comprendes?

Masha dejó de escuchar a su viejo amigo. Ella y Yegor llevaban separados seis meses, pero seguía queriéndolo. Al final logró contener el llanto, pero no que le temblara la barbilla.

—Quizá sea mejor así. La muerte es la única solución. Cada día mueren miles de inocentes aplastados por los poderosos. A veces me pregunto si merece la pena vivir —dijo la joven.

—No digas eso ahora que estamos tan cerca de conseguirlo —dijo Oleg.

—¿Cerca de conseguir el qué? —preguntó Masha.

—La revolución. En Rusia hay un Gobierno interino y cuando Lenin regrese...

—¿Quién te ha dicho que Lenin regresará? —dijo Masha.

—Simplemente me lo imagino —contestó Oleg.

Masha apagó el pitillo y buscó nerviosa un nuevo cigarrillo en su bolso. Oleg le ofreció uno de los suyos.

—No te creo, Oleg, y será mejor que te alejes de él. Si no lo haces, no dudaremos en matarte. La gente como tú no cambia nunca —dijo Masha.

—Tú cambiaste, tu familia es una de las más ricas de Rusia —dijo Oleg.

—Pero yo tengo conciencia, algo que tú desconoces —dijo Masha—. ¿Cómo me dijiste aquel día cuando te hablé de mis ideas marxistas? ¡Ah, sí! Que eran judías. Después intenté explicarte que era cuestión de conciencia y me dijiste que la conciencia es un invento de los judíos.

Oleg la miró con furia, pero en el último instante controló su enfado.

—Yo también tengo derecho a cambiar. Vi morir a mi mejor amigo, estoy solo en el mundo. El ejército ya no es mi hogar, Rusia se desmorona. Masha, he cambiado, ¿qué puedo hacer para demostrártelo?

—Pégate un tiro aquí mismo, es el mejor servicio que puedes hacer para mi causa.

El oficial sacó la pistola y se la puso sobre la sien. Los comensales de las mesas próximas se pusieron a gritar y los escoltas de Lenin sacaron sus armas.

—¡Oleg! ¿Estás loco? —preguntó Masha asustada.

—Es mejor que me quite de en medio —dijo el joven.

—Guarda el arma. Ya es suficiente saber que Yegor ha muerto —dijo Masha con

lágrimas en los ojos.

Oleg bajó el arma y la dejó sobre la mesa. Los hombres de Lenin se acercaron a él y le sacaron del salón a empujones. Kusma se alejó del restaurante, sin duda su jefe se había vuelto loco, pero él terminaría la misión.

Capítulo 35

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

—Nos marchamos de inmediato —dijo Hércules, nada más entrar por la puerta.

—¿Adónde? —preguntó Alicia.

—A París —contestó Lincoln.

Alicia y el hermano Juan los miraron sorprendidos. No comprendían nada.

—En la caja de seguridad únicamente había una pista que parece llevar a París —explicó Lincoln.

—Pero ¿están seguros? Puede que se trate de una maniobra de distracción —dijo Alicia.

—El texto era claro. Al parecer han usado el mismo método, la parte de una profecía, pero esta vez del conde de Saint Germain —dijo Lincoln.

Mientras Hércules hacía las maletas a toda prisa, Alicia todavía intentaba asimilar la información.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Alicia.

—Un libro, *El testamento del Diablo* —dijo Hércules—. No sabemos mucho sobre él, pero sí que en él se describe una conspiración mundial, aunque lo más importante es que la muerte de los monjes está relacionada con el libro. Ya sabes que yo no creo en ese tipo de conspiraciones.

El hermano Juan se quedó pálido al escuchar el título del libro. Había oído hablar de él, pero creía que se trataba de una leyenda.

Todos lo miraron inquietos cuando comenzó a escribir a toda velocidad, parecía como si hubiera vuelto a entrar en trance.

Capítulo 36

San Petersburgo, Rusia, 9 de febrero de 1917

El zar no podía dormir; los informes de los ministerios no podían ser más catastróficos. La hambruna se extendía por Rusia y él no podía hacer mucho más. Le preocupaba el pueblo, pero al fin y al cabo su imperio era mucho más que un grupo de desarrapados y muertos de hambre; era la herencia ancestral de un carácter que debía sobrevivir a los problemas coyunturales. No podía perder la herencia de tantos siglos, no iba a dejar que nadie se la arrebatase.

Otras dinastías y monarquías habían caído; algo más de un siglo antes Francia había ejecutado a su rey, en otros países se habían establecido repúblicas, pero el pueblo ruso era inseparable de su zar.

Nicolás II se levantó de la cama y se dirigió hacia el amplio ventanal que daba a los jardines. Todavía estaba oscuro, pero las farolas alumbraban la tierra nevada tras la que se ocultaba la próxima primavera. Aquella crisis pasaría con el invierno, y el pueblo volvería a aclamarlo como su rey.

Los comunistas no tenían nada que ofrecer a los campesinos rusos. Proponían más miseria y penalidades. Él modernizaría el país, pero necesitaba tiempo y ganar la guerra a los alemanes. Sobre las cenizas de sus enemigos construiría de nuevo un gran imperio.

Mientras regresaba a la cama pensó en la misión de sus hombres. Si eliminaban a Lenin, los comunistas estarían descabezados, se pelearían entre ellos para suceder a su líder y él los aplastaría. Además, cuando sacara el libro a la luz, muchos se darían cuenta del diabólico plan que esos malditos comunistas estaban tejiendo en el exilio. En unos días, la normalidad volvería a las calles de Rusia y todo habría pasado como en una insoportable pesadilla.

Capítulo 37

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

Masha salió del restaurante y ordenó a los guardaespaldas que dejaran a Oleg.

—Este tipo ha sacado una pistola —se quejó uno de los escoltas.

—Lo conozco. Únicamente quiso hacer una tontería, pero yo lo controlo.

El guardaespaldas frunció el ceño. No le gustaba recibir órdenes de una mujer, aunque el propio Lenin la hubiera elegido responsable de la seguridad. El camarada estaba demasiado influenciado por su esposa, pensaba el escolta. Después soltaron al hombre y entraron de nuevo en el local.

—Será mejor que no te vuelva a ver. La próxima vez no intervendré para salvarte el pellejo —dijo Masha.

Oleg la miró en mitad de la oscuridad del callejón. Su rostro pálido brillaba y sus labios rojos no dejaban de moverse al ritmo de sus palabras.

—Vuelve a Rusia, aquí no tienes nada que hacer —dijo Masha, pero Oleg ya no la oía.

El hombre la tomó entre sus brazos y la besó. La mujer se puso rígida e intentó separarse, pero él la aferró con más fuerza; al final cedió y continuaron besándose durante un rato.

Cuando se separaron, los ojos de Masha brillaron en la noche. Todas sus resistencias habían caído, había intentado crear una barrera protectora, pero los sentimientos seguían esperándola, acechando en algún lugar apartado del alma.

Capítulo 38

Zúrich, Suiza, 9 de febrero de 1917

El hermano Juan tembló de nuevo y comenzó a escribir. Todos lo miraron sorprendidos, hasta que comenzó a relajarse de nuevo. Alicia tomó la hoja y comenzó a leer en alto:

—«Religión del nombre de los mares vencerá. Contra la secta hijos Aduluncatú, secta obstinada deplorada temerá. De dos heridos por Alif y Alif».

—No tiene sentido —dijo Lincoln.

—Una secta que será vencida por la religión del nombre de los mares —dijo Hércules.

—¿Alif y los hijos de Aduluncatú? —comentó Alicia.

El hermano Juan volvió en sí. Ellos le enseñaron lo que había escrito en el cuaderno, pero él se encogió de hombros. No recordaba nada.

—Lo que está claro es que nos advierte de una secta, y puede que esa secta esté detrás de todo lo que tiene que ver con los asesinatos de los monjes y el libro —dijo Hércules.

—La orden del hermano Juan es una secta —dijo Lincoln.

Todos se miraron. Sin duda, los más interesados en que todo aquello saliera a la luz eran los monjes, pero ¿por qué estaban matándolos?, se preguntó Hércules.

—Puede que no todos los miembros de la secta estén de acuerdo —dijo Hércules.

—Creo que aquí no lo averiguaremos. Dentro de una hora sale un tren para Francia, será mejor que no lo perdamos. Debemos regresar en dos días —dijo Lincoln.

—Tienes razón, viejo amigo —convino Hércules.

Demasiadas incógnitas por resolver. Sin duda, aquel misterio era el más difícil al que se habían enfrentado jamás. La única forma de llegar a la verdad era adentrarse en la oscuridad, pero las tinieblas siempre se cobran su precio.

SEGUNDA PARTE

París, ciudad de la luz



Capítulo 39

Monasterio de Optina, Rusia, 10 de febrero de 1917

El hermano Pedro bajó hasta la bodega para subir uno de los vinos. Era uno de los pocos lujos que los monjes se permitían en la comida, que por otro lado, siempre solía ser muy austera. Se dirigió a los caldos más viejos. No es que aquel día tuvieran mucho que celebrar: Rusia parecía desmoronarse por momentos y cada día se agolpaban más pobres y hambrientos delante de la puerta del monasterio, pero si alguien no se bebía ese vino terminaría por avinagrarse.

Examinó las botellas una a una, el color era el mejor indicador de que el vino estaba a punto de perder todas sus propiedades. Tomó una de ellas y le quitó las telarañas. Después con una sonrisa comenzó a subir las escaleras.

Un extraño ruido lo sobresaltó y le hizo volver sobre sus pasos. Era normal ver algunos ratones por la bodega, pero aquel golpe no parecía producido por uno de esos pequeños seres. Levantó el candil y miró entre las tinajas. Nada se movió. Se dio la vuelta y en ese momento notó que algo le presionaba el cuello. Instintivamente soltó la botella y el candil. El vino salpicó su hábito y el candil prendió el alcohol, lo que provocó que sus pies comenzaran a arder. El intruso siguió apretando su cuello a pesar de ver como su víctima comenzaba a quemarse.

El hermano Pedro intentó gritar, pero las manos que lo asfixiaban le impedían emitir ningún sonido. Sentía un dolor indescriptible en sus piernas. Notaba como su piel se pegaba a la tela de su hábito y comenzaba a deshacerse como papel de fumar.

Cuando el asesino soltó al monje, este cayó desmayado. El fuego invadió el resto de su cuerpo y las botellas de su alrededor comenzaron a estallar, avivando aún más el fuego. Cuando las llamas cubrieron buena parte de la bodega el asesino se retiró. El humo comenzaba a asfixiarlo. Corrió escaleras arriba. Pensó que tenía que quitarse aquel hábito que olía a humo y vino. Si se daba prisa, aún llegaría a tiempo a la comida en el refectorio.

Capítulo 40

San Petersburgo, Rusia, 10 de febrero de 1917

Georgi Yevgénievich L'vov no era el tipo de hombre fácil de manejar. Muchos miembros de la Duma le habían pedido que asumiera la presidencia; él sabía que si daba ese paso pararía así los pies a los bolcheviques y los mencheviques. Para Georgi la negociación con los comunistas era imposible, pero tampoco creía que los zaristas estuvieran dispuestos a apoyar un nuevo régimen en el que la figura sagrada del zar no estuviera presente.

Georgi se sentó con cuatro de sus hombres de confianza y les expuso el problema: —Saben que nadie quiere este Gobierno ni la democracia en Rusia.

Todos lo miraron inquietos, pero ninguno dijo nada.

—Los zaristas únicamente nos utilizarán para calmar las cosas; cuando los problemas terminen querrán recuperar el poder. Los comunistas están esperando su oportunidad, están muy bien organizados y no tardarán en dar un golpe de estado, sobre todo si Lenin regresa. Los mencheviques son más moderados, creen que para que la revolución se produzca hay que pasar por la democracia parlamentaria, pero tampoco nos son leales. Ni el ejército cree en el orden constitucional —expuso Georgi.

—Entonces, ¿por qué ha aceptado el puesto? —preguntó uno de sus colaboradores.

—Eso mismo me pregunto yo. Alguien tiene que hacerse cargo de Rusia, de lo contrario los alemanes nos machacarán y el imperio se fragmentará en decenas de pequeños estados. Es nuestro deber salvar a Rusia a pesar de que no quiera ser salvada. Si no paramos las revueltas y devolvemos el orden al país, sucumbiremos. Hay que intentar llegar al mayor consenso posible. Con los únicos con los que no negociaremos será con los comunistas, negociar con ellos es como hacerlo con el Diablo —dijo Georgi.

El grupo asintió con la cabeza. Todos temían a Lenin y a sus hordas rojas. Si los comunistas se levantaban, Rusia no tendría capacidad de soportar su sacudida. Esta vez nadie podría pararlos.

Capítulo 41

París, Francia, 12 de febrero de 1917

El viaje por una Europa en guerra no fue la excursión que Hércules y sus amigos esperaban. Atravesar la frontera Suiza fue muy sencillo, pero en cuanto entraron en territorio francés comprobaron que la situación de la población era mucho más grave que unos meses antes. Los alimentos escaseaban, la gente caminaba cabizbaja, sin rumbo ni esperanza. Muchos de los pueblos que atravesaban habían sido destruidos por el movimiento del frente y apenas se veían hombres jóvenes por las calles.

París también estaba tocada por el triste halo de la guerra. Sus bulevares, cafés y teatros se encontraban semivacíos. La única ventaja que encontraron es que los turistas escaseaban y el precio de los hoteles era muy bajo.

Tras instalarse en el hotel Ritz, tomaron un buen desayuno en el salón principal. Habían llegado de madrugada, famélicos y agotados por el viaje.

Aquella misma mañana se dirigieron a la torre Eiffel. El lugar de su ubicación era excepcional. En mitad de los jardines de los Campos de Marte, junto al río Sena, aquella majestuosa obra de ingeniería parecía desafiar a la razón humana. No era bella, pero sí armoniosa. Sus curvas destacaban de los edificios que se percibían a lo lejos. La torre y los jardines eran los últimos vestigios de la gran exposición universal que había sorprendido al mundo. Muchos habían pedido su demolición por considerarla antiestética, pero la torre seguía en el corazón de París, desafiante y esbelta.

Hércules había visitado la ciudad en otra ocasión, pero sus amigos era la primera vez que estaban en París.

—No la imaginaba tan hermosa —dijo Alicia.

Lincoln miró con escepticismo el monumento. Los norteamericanos siempre tendían a pensar que en su país todo era más grande.

—Lo mejor de París no es la torre, por lo menos para mi gusto. Espero que podamos visitar la catedral de Notre Dame —dijo Hércules.

—No estamos aquí para hacer turismo —refunfuñó Lincoln.

Caminaron hasta la base de la torre. Desde abajo parecía descomunal. Compraron un tique, pero prefirieron subir a pie. No sabían dónde podía estar escondida la pista.

—No creía que fuera tan grande. Será imposible encontrar la otra pista —dijo Lincoln.

—¿Cómo decía el texto que encontró Jung? —preguntó Alicia.

Hércules sacó un papel y leyó en voz alta:

—«Los muros de este edificio eran de hierro. Treinta y seis pilares del mismo metal lo sostenían. El interior era del mismo material incrustado de brillante acero. Los cimientos de la torre estaban contruidos de tal manera que doblaban en altura a la parte que estaba bajo tierra. Apenas había el pájaro entrado en este recinto cuando

un frío glacial pareció apoderarse de él. Hizo vanos esfuerzos para mover sus alas estremecidas, se agitó aún, tratando de huir, pero tan débilmente que le di alcance con la mayor facilidad».

—¿Cuál es la parte más fría de la torre? —preguntó Alicia.

—La cima, la punta más alta. Ahí es donde yo escondería una pista —dijo Hércules.

Mientras ascendían se arrepintieron de no haber subido en el ascensor. Llegaron al primer tramo exhaustos y sin aliento. Descansaron unos momentos mientras contemplaban las vistas de la ciudad.

—El hermano Juan parece cansado, será mejor que me quede con él aquí —dijo Lincoln con la respiración agitada.

Alicia lo miró sonriente, a su prometido no le gustaba mucho el ejercicio. Después ella y Hércules siguieron el ascenso. Cuando llegaron a la parte más alta, Hércules sentía que el corazón iba a salirse del pecho.

En aquella planta apenas había gente. Tan solo dos hombres vestidos con abrigos largos y negros. Examinaron la zona y no encontraron nada anormal. Unas escaleras subían a la planta más alta, que estaba restringida al público.

Hércules miró a un lado y al otro y empujó la verja de hierro, que cedió sin muchas resistencias y los dos subieron por las escaleras.

En la parte más alta había una sala repleta de cajas, parecía un simple almacén. Miraron a su alrededor, pero antes de que pudieran seguir su inspección, escucharon chirriar la verja.

—Creo que no estamos solos —dijo Hércules sacando su pistola. Tomó a Alicia del brazo y se escondieron detrás de unas cajas.

Los dos hombres que habían observado abajo entraron en la sala. Un destello brilló en mitad de la penumbra.

Capítulo 42

París, Francia, 12 de febrero de 1917

Lincoln tuvo una corazonada. Cada vez que se separaba de sus amigos ocurría algo desagradable, por eso se dio la vuelta y pidió al hermano Juan que lo esperara. Después subió corriendo los escalones hasta llegar a la parte más alta de la torre. Allí no había ni rastro de sus amigos. Registró la planta y después vio la puerta que conducía más arriba. La empujó con suavidad y comenzó a ascender.

En cuanto pisó el primer escalón escuchó los pasos de unos zapatos y decidió sacar su arma. Mientras ascendía no se quitaba de la cabeza el temor de que algo malo podía sucederle a Alicia. Una vez más sus planes de boda se habían tenido que retrasar, pero él ya no podía vivir sin ella.

Cuando asomó la cabeza por la trampilla, sintió que algo le golpeaba la cabeza y se agachó instintivamente. Casi rueda escaleras abajo, pero logró agarrarse al pasamanos y apuntó directamente a la portezuela que había vuelto a cerrarse.

No vio a nadie, pero sí como se asomaban los cañones de dos pistolas. No podía moverse y a aquella distancia era difícil que fallaran. Intentó rezar algo entre dientes y se giró para rodar sobre sí mismo y caer escaleras abajo.

Las pistolas comenzaron a disparar y su cuerpo sintió el impacto de las escaleras, mientras sus oídos reventaban por las explosiones de las balas, que chocaban contra la escalera metálica.

Intentó respirar hondo y levantó la pistola. Después disparó a la trampilla, pero sus propias balas rebotaban contra él.

—¡Cielos! —gritó esquivando las balas.

Los dos hombres continuaron disparando, hasta que un ruido lejano les hizo parar de repente. Lincoln corrió escaleras arriba y empujó con todas sus fuerzas la trampilla.

Ahora únicamente podía esperar que Hércules lo apoyara desde dentro o caería en medio de aquellos asesinos.

Capítulo 43

París, Francia, 12 de febrero de 1917

Hércules aprovechó la confusión para ponerse en pie y correr hacia los hombres. Alicia lo cubría desde su escondite, apuntando a los bultos inclinados sobre la trampilla.

Cuando los hombres vieron que se les echaban encima, dieron un giro y comenzaron a disparar. Hércules se lanzó al suelo y les respondió con su arma.

Durante unos segundos todo fue confusión. Las balas rebotaban contra la estructura metálica, la vibración era insoportable y olía a pólvora y sudor.

Alicia afinó la puntería y alcanzó a uno de los hombres.

Lincoln apareció por la trampilla y disparó desde el otro lado. Los hombres se vieron acorralados y se aproximaron a una de las aberturas de la pared. El primero salió y el segundo hombre, cojeando, lo siguió enseguida.

Hércules y Lincoln se miraron sorprendidos. Había una altura considerable, pero aquellos tipos parecían demasiado asustados para razonar correctamente.

Cuando Hércules se asomó, dos balas le rozaron la cara. Los hombres caminaban aferrados a los hierros de la torre. Lincoln sacó la pistola y disparó al azar. Después él y su amigo salieron al gris plomizo cielo de París.

Cuando Hércules miró hacia el suelo sintió pánico. No le gustaban las alturas, pero intentó concentrarse en atrapar a aquellos tipos y seguir a Lincoln.

Los hombres habían girado y ahora bajaban por una de las aristas de la torre. Los siguieron y comenzaron a descender tras ellos. Lincoln disparó y después gritó:

—¡Deténganse de inmediato!

Los fugitivos siguieron descendiendo con relativa agilidad, pero al final Lincoln llegó a la altura del primero. Este le aferró la pierna y Lincoln notó cómo el cuerpo se le balanceaba. La única mano que lo mantenía unido a la torre comenzó a escurrírsele y sintió que el cuerpo le fallaba. Estaba a punto de perder el equilibrio.

Capítulo 44

Zúrich, Suiza, 12 de febrero de 1917

Masha fue a su cita con Oleg desoyendo sus propios consejos. Sabía que había algo oscuro en su viejo amigo, pero no podía evitar sentirse atraída hacia él. En cierto sentido, Oleg representaba todo lo que un día había soñado ser, pero lo había abandonado por su marido y la causa comunista. Ahora que su esposo había muerto y sus ideales comenzaban a tambalearse, su viejo amigo le recordaba un pasado no tan lejano.

En la primera cita se habían contentado con pasear por las calles de la ciudad y recordar viejos tiempos. Una época apasionante, cuando todos los amigos se reunían después de clase para hablar sobre el futuro y soñar con una Rusia diferente. Pero después de la segunda cita las cosas comenzaron a cambiar.

Oleg la había besado y aquello era lo más parecido al amor que había sentido en los últimos dos años de exilio. Nunca había mantenido una relación con nadie del partido, al fin y al cabo era una mujer casada y aquello era sagrado para Lenin, cuya moral se parecía más a los puritanos ingleses que a los libertinos franceses. Tampoco se había sentido atraída por nadie. Su ideología era lo único que importaba, pero sin duda su viejo amigo había desestabilizado su pequeño mundo.

Después de tomar un café se dirigieron al hotel de Oleg. Un encantador hotelito cerca de las montañas, a las afueras de la ciudad.

Primero se sentaron en el vestíbulo, pero después él la invitó a subir a la habitación. Al principio Masha se negó. Se acababa de enterar de la muerte de su marido y aquello le parecía alguna forma de traición, pero al final decidió ir al cuarto.

Cuando Oleg la rodeó con sus brazos, sus últimos años de vida pasaron por su mente. Sabía que estaba haciendo algo que la llevaba indefectiblemente hacia el abismo, pero se dejó llevar.

Una hora más tarde, Masha estaba levantada y se había sentado en la silla enfrente del balcón. Su corazón sufría una mezcla de vergüenza, rabia y plenitud, como si todos los sentimientos fueran posibles al mismo tiempo, pero al menos se sentía viva.

Capítulo 45

París, Francia, 12 de febrero de 1917

Hércules extendió la mano en el último momento y agarró a su amigo. Uno de los hombres les disparó, pero la bala rebotó en una viga de hierro. Entonces escucharon disparos desde abajo. Alicia había corrido hasta la planta inferior y ahora estaba asomada disparando a los dos hombres.

Cuando los asesinos se vieron acorralados, comenzaron a disparar. Estaban desesperados y atrapados. Entonces, uno de ellos se puso de espaldas a la estructura de hierro y saltó al vacío.

Todos se quedaron sorprendidos, aquel tipo se había suicidado sin más. Hércules intentó atrapar al otro antes de que imitara a su amigo. Alicia también logró agarrar su pantalón y entre los dos lo metieron dentro de la torre.

Un buen número de visitantes se había acercado para ver qué sucedía. Hércules reaccionó rápidamente y, arrastrando al hombre, les dijo a sus amigos que salieran de allí cuanto antes. Subieron de nuevo a la parte más alta y, mientras Lincoln vigilaba al prisionero, el resto buscó la pista que les faltaba, para descifrar el misterio.

De repente Alicia levantó un papel y todos se acercaron a ella.

—¡Aquí está!

Tenía en la mano una especie de pergamino. Su aspecto era bueno y Alicia lo abrió rápidamente. Pero no pudo leer nada.

—¿En qué idioma está escrito? —preguntó Hércules.

—No lo sé —comentó Alicia.

El monje se acercó hasta ellos y lo tomó entre las manos.

«Es turco», escribió el hermano Juan en una hoja.

—¿Turco? —preguntó Hércules.

«Creo que sí, yo no lo leo bien».

Todos se miraron sorprendidos. La última pista estaba en un idioma que ninguno comprendía.

—Será mejor que nos marchemos antes de que llegue la policía —dijo Lincoln.

—Sí, tendríamos que darles demasiadas explicaciones —dijo Hércules.

—¿Y el prisionero? —preguntó Alicia.

—Nos lo llevaremos, puede que nos dé alguna pista sobre el libro. Sin duda estaba buscando lo mismo que nosotros —aseguró Hércules.

Tomaron el ascensor para descender por la torre. Justo cuando cruzaban el parque, varios coches de policía comenzaron a llegar a la base de la torre Eiffel.

Capítulo 46

París, Francia, 12 de febrero de 1917

No podían llevar al prisionero al hotel, por lo que decidieron acercarse al río Sena e interrogarlo con tranquilidad en una de las zonas menos transitadas. Lincoln sentó al hombre en un banco y Hércules comenzó a preguntarle. Pasados unos minutos, Alicia dijo:

—No entiende francés ni inglés. Será mejor que le hablemos en ruso.

—Yo apenas hablo ruso —dijo Hércules.

Alicia miró a sus amigos y después le pidió al hermano Juan que escribiera las preguntas en ruso.

El prisionero miró la hoja, pero apenas le hizo caso. Entonces Hércules lo cogió por el cuello y le restregó el papel por la cara.

—No sé si me entiendes, pero conozco un idioma universal, que seguro que te hace hablar —dijo Hércules zarandeando al hombre.

Lincoln le hizo un gesto a su amigo y lo soltó.

—No tenemos mucho tiempo. Las aguas del Sena bajan muy frías en esta época del año. Estás herido y no creo que resistas mucho vivo. ¿Me has entendido?

Al final el hombre hizo un leve gesto con la cabeza.

—Tu nombre y para quién trabajas —dijo Alicia.

—Pavellay Záitsev, pertenezco a los servicios secretos rusos —dijo al fin con un pequeño hilo de voz.

—¿Por qué nos atacaste? —preguntó Alicia.

—Cumplía órdenes, debíamos quedarnos con la pista y conseguir el libro antes que ustedes. Nuestras instrucciones incluían emplear la fuerza si era necesaria.

—¿Quién os manda? —preguntó Hércules.

—Rusia está pasando un momento difícil y el zar ha delegado sus funciones. Oficialmente estamos bajo las órdenes del Gobierno provisional, trabajamos para el jefe de los servicios secretos Alexey Morózov, nuestro comandante es Pavel, él tiene el control real del cuerpo y sigue trabajando para el zar Nicolás.

Alicia miró intrigada a Lincoln.

—¿Por qué quiere el zar el libro? —preguntó a sus amigos.

—Seguramente piensa que su contenido puede detener la revolución que hay en marcha —dijo Hércules.

Un ruido les hizo mirar a todos hacia el paseo más arriba, pero, antes de que pudieran reaccionar, un hombre armado disparó sobre el prisionero, alcanzándolo con una bala.

Capítulo 47

Zúrich, Suiza, 13 de febrero de 1917

Aquella mañana Lenin debía reunirse con los servicios secretos alemanes para que les facilitaran más datos sobre el viaje de regreso a Rusia. Masha era la encargada de la seguridad, pero no podía concentrarse. Seguía pensando en Oleg y en lo que había sucedido la noche anterior. Le costaba creer que realmente hubiera cambiado, pero lo cierto era que parecía un hombre diferente.

—Masha, necesito que refuerces la seguridad, no me fío demasiado de los alemanes, puede que intenten secuestrarme —dijo Lenin.

—Sí, camarada.

—La reunión será a las afueras de la ciudad, cerca del balneario Enge.

—¿No estará muy solitaria esa zona? —preguntó Masha.

—Queremos un lugar discreto. Los servicios secretos rusos nos tienen vigilados, si descubren que estamos en trato con los alemanes, la propaganda burguesa nos acusará de traicionar a la patria.

El camarada Andrey frunció el ceño y se dirigió al líder comunista.

—Me pregunto si el partido aprobaría un acuerdo con los alemanes en plena guerra.

—Esta no es nuestra guerra. ¿Acaso estamos en conflicto con los proletarios alemanes? Ellos, como nosotros, aborrecen estas guerras burguesas que lo único que persiguen es enriquecer a los más ricos —dijo Lenin.

—Pero los alemanes nos están machacando en el frente —dijo Andrey.

—Esta guerra lo único que tiene de bueno es que ha precipitado a Rusia hacia la revolución —dijo Lenin.

—Pero...

Lenin miró al hombre y mirándole directamente a los ojos le dijo:

—Camarada Andrey en el partido votamos en contra de apoyar la guerra. Es una guerra imperialista por dominar el mundo y nosotros defendemos la hermandad de los pueblos. Lo mejor que podemos hacer cuando llegemos al poder es frenar esta masacre. Con tal de conseguir la revolución soy capaz de aliarme con el mismo Diablo. ¿Comprendido?

Todos miraron sorprendidos a Lenin. Nunca solía alterarse, pero la presión de las últimas semanas estaba destrozándole los nervios. Se hizo un pesado silencio en la sala.

—Ahora veamos a esos malditos alemanes —dijo Lenin zanjando la cuestión.

Capítulo 48

Berlín, Alemania, 13 de febrero de 1917

Walther Nicolai, el jefe de los servicios secretos alemanes, entró en el despacho del káiser. Habían pasado ocho días y la situación en Rusia había empeorado hasta el punto de encontrarse al borde del colapso. El káiser no levantó la mirada de su mesa. Era un hombre frío e indiferente, que nunca mostraba su estado de ánimo ni emoción alguna.

—Nicolai, ¿cómo van las negociaciones con ese diablo rojo? —preguntó el káiser.

—Hoy las daremos por finalizadas. Esperemos que en un mes esté de vuelta en Rusia.

—Lanzar a ese perro rabioso en mitad de nuestros enemigos es la peor bomba química que podríamos enviarles. Los comunistas corroerán al estado hasta que ya no quede nada. Después podremos expandirnos hacia el Este. Hay varios territorios que estarían mejor en nuestras manos que en las de esos salvajes rusos.

El káiser esbozó una leve sonrisa y después miró por primera vez a Nicolai.

—No quiero que haya incidentes hasta que Lenin llegue a Rusia. Debemos llevar nuestro plan en el más estricto secreto.

—Sí, majestad. Aunque todavía hay un escollo —dijo Nicolai.

—¿Un escollo? —preguntó el káiser.

—Los comunistas quieren más dinero.

Se produjo un largo silencio en la sala. Si el káiser odiaba algo era darle dinero a esas sabandijas. Los comunistas de su país le estaban dando muchos quebraderos de cabeza. En los últimos meses las huelgas se sucedían en las fábricas de armamento. Apoyar a sus amigos de Rusia podía poner en peligro la estabilidad del continente. Si los comunistas tomaban el poder y lograban llevar a cabo sus planes, los servicios secretos pensaban que podría haber un efecto de contagio en toda Europa.

—No les daremos ni un marco más. Si no aceptan nuestras condiciones, que se queden en Suiza —dijo el emperador, visiblemente irritado.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Esos rusos son peores que bestias. Si les hacemos demasiado fuertes, tendremos que enfrentarnos a ellos tarde o temprano. Hay que mantenerlos dependientes de nosotros. Cuando hayamos vencido a los franceses e ingleses, ya nos ocuparemos de ellos. Recuerde a Lenin que ha prometido que apoyará el alto el fuego.

—Sí, majestad.

Nicolai abandonó el despacho y se dirigió a su oficina. Desde allí hizo una llamada y mandó las órdenes a Suiza. Todo tenía que estar solucionado antes de que se hundiera el zar, de otra forma los comunistas llegarían demasiado tarde al reparto

del poder.

Capítulo 49

París, Francia, 13 de febrero de 1917

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué hace aquí? —preguntó Hércules al ver a Churchill. Eran viejos amigos desde que el político británico había sido corresponsal en la guerra de Cuba.

Winston Churchill ladeó la boca y tendió la mano a su amigo. Apenas llevaba unas horas en la ciudad, tenía que incorporarse al Sexto Batallón de Fusileros Reales.

—Me aburría la guerra de papel y he venido al continente para disfrutar un poco de la acción.

—¿Hace cuánto que no nos vemos? —preguntó Hércules.

—La última vez ustedes se dirigían a México, si mal no recuerdo —dijo Churchill.

—Venga conmigo. Alicia y Lincoln están en el salón principal.

Los dos viejos amigos dejaron el vestíbulo del hotel y entraron en una de las luminosas salas para huéspedes. Alicia estaba sentada junto a Lincoln, envuelta en un hermoso vestido color azul. Su pelo pelirrojo caía con gracia sobre la seda, mientras que sus ojos verdes miraban indiferentes un fresco. Lincoln estaba a su lado con un traje negro y una camisa blanca almidonada. Una corbata negra y fina partía en dos la tela blanca. Junto a ellos el hermano Juan, vestido como un monje ortodoxo, parecía meditar en silencio.

—Amigos, mirad a quién he encontrado.

Alicia levantó la vista y contempló la cara blanca y plana de Churchill. Parecía más viejo, pero aún conservaba una gran viveza en la mirada.

—Querido —dijo la mujer dándole un abrazo.

Churchill se quedó rígido como una vela. Los británicos no estaban acostumbrados a tanto contacto físico. Lincoln extendió amigablemente la mano.

—¿Qué hace en Francia? —preguntó el norteamericano.

—Servir al rey —contestó el político con tono irónico.

—¿No lo servía en el almirantazgo? —preguntó Lincoln.

Alicia miró de reojo a su amigo. Podía ser muy imprudente en algunas ocasiones.

—A veces los primeros ministros sacrifican a sus leales para conservar el poder. Yo soy la última cabeza de turco, pero lo cierto es que prefiero estar en las trincheras antes que con esos burócratas egoístas.

Winston no mentía. La primera parte de su vida había corrido de guerra en guerra para enfrentarse a toda clase de peligros. Ya fuera en la India, Egipto o Sudáfrica, Churchill era un verdadero hombre de acción.

—Vivimos tiempos revueltos —dijo Hércules.

—Es cierto, pero ustedes no me han contado qué hacen en Francia. Los hacía en América. Creo que este continente no es el mejor sitio para vivir, por lo menos de

momento —señaló Churchill.

—Tiene razón. Estábamos en Suiza, pero un nuevo caso nos ha sacado de nuestro tranquilo retiro. Perseguimos un libro y las pistas nos han llevado hasta aquí, pero ahora todo está en punto muerto —dijo Hércules.

Tras describirle en pocas palabras cómo había surgido aquella aventura, Lincoln concluyó:

—Ahora tenemos que encontrar a alguien que sepa turco.

—Están de suerte. Mi asistente conoce perfectamente el turco. Es egipcio, pero vivió mucho tiempo en Estambul. Si lo desean puede ayudarlos —dijo Churchill.

—Sería estupendo —observó Alicia.

Churchill salió de la sala y a los pocos minutos entró con un gigantesco egipcio vestido con el uniforme del ejército británico.

Hércules le extendió el papel y el hombre estuvo unos segundos leyendo en silencio.

—Parece un galimatías —dijo por fin.

—¿Qué pone? —preguntó impaciente Hércules.

El hombre comenzó a leer:

—«Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente, y en medio de ella la figura de cuatro seres vivientes. Y esta era su apariencia: había en ellos semejanza de hombre. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. Y los pies de ellos eran derechos, y la planta de sus pies como planta de pie de becerro; y centelleaban a manera de bronce muy bruñido. Debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y sus caras y sus alas por los cuatro lados. Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante, y cara de buey a la izquierda en los cuatro; asimismo había en los cuatro cara de águila. Así eran sus caras. Y tenían sus alas extendidas por encima, cada uno dos, las cuales se juntaban; y las otras dos cubrían sus cuerpos. Y cada uno caminaba derecho hacia adelante; hacia donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; y cuando andaban, no se volvían. En cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como de carbones de fuego encendidos, como visión de hachones encendidos que andaba entre los seres vivientes; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos. Y los seres vivientes corrían y volvían a semejanza de relámpagos. Mientras yo miraba los seres vivientes, he aquí una rueda sobre la tierra junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su obra era semejante al color del crisólito. Y las cuatro tenían una misma semejanza; su apariencia y su obra eran como rueda en medio de rueda. Cuando andaban, se movían hacia sus cuatro costados; no se volvían cuando andaban. Y sus aros eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro. Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban. Hacia

donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; hacia donde les movía el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas. Cuando ellos andaban, andaban ellas, y cuando ellos se paraban, se paraban ellas; asimismo cuando se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas. Y sobre las cabezas de los seres vivientes aparecía una expansión a manera de cristal maravilloso, extendido encima sobre sus cabezas. Y debajo de la expansión las alas de ellos estaban derechas, extendiéndose la una hacia la otra; y cada uno tenía dos alas que cubrían su cuerpo. Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente, como ruido de muchedumbre, como el ruido de un ejército. Cuando se paraban, bajaban sus alas.»

—Ese texto es del profeta Ezequiel —afirmó Lincoln. Su padre había sido pastor protestante toda la vida y conocía casi de memoria la Biblia.

—¿El profeta Ezequiel? —preguntó Hércules.

—Un momento.

Lincoln los dejó y subió a su habitación. A los pocos minutos regresó con su Biblia en la mano.

—¿Lo ven? El texto está en Ezequiel 1,4-24 —dijo el norteamericano.

—¿Qué tienen que ver los cuatro seres vivientes con lo que estamos investigando? —preguntó Hércules.

Entonces el monje se puso a escribir la cita del Apocalipsis, capítulo 4, versos del 6 al 9.

—En ellos habla de los ancianos. Unos sabios judíos que reconocen a Dios —explicó Lincoln.

—¿Unos sabios? —preguntó Alicia.

—Sí. ¿Dónde podemos seguir buscando el libro? —preguntó Hércules.

Churchill comenzó a frotarse la cabeza. Lo cierto es que aquello parecía un galimatías indescifrable.

—Hay un sitio del que a lo mejor han escuchado hablar alguna vez. Creo que hay un hombre judío muy interesante que será mejor que conozcan —dijo Churchill.

Capítulo 50

Zúrich, Suiza, 13 de febrero de 1917

Los alemanes estaban en un lado de la mesa, mientras Lenin y sus hombres permanecían en el otro. Uno de los oficiales tendió el documento del acuerdo y se lo pasó al líder comunista.

—Nada de firmas. Este es un acuerdo entre caballeros —dijo Lenin.

—¿Entre caballeros? —preguntó uno de los oficiales prusianos.

—Sí, somos comunistas pero nuestra palabra vale tanto como la suya —contestó Lenin.

El comandante alemán hizo un gesto y el oficial se levantó de la mesa.

—Lo lamento. Perdona a ese mequetrefe. Si leen el documento, comprobarán que hemos incluido todas sus peticiones. En unos días saldrá el tren que los lleve a Rusia, con el oro y las armas.

Lenin pasó el documento a uno de sus subordinados, que leía perfectamente alemán. Un par de minutos más tarde el hombre dijo algo en ruso a su oído. El líder comunista se puso rojo de cólera.

—¡No es la cantidad acordada! —gritó dando un puñetazo en la mesa.

—Estamos en guerra y las arcas alemanas están vacías. Es más de lo que podemos permitirnos.

—¡Maldición! Con ese oro no podremos comprar muchas voluntades ni hacernos con suficientes armas. Si no tomamos el poder, su acuerdo no habrá servido de nada —dijo Lenin.

—Eso es asunto suyo, el káiser ha dado órdenes de que se les entregue lo inicialmente acordado, ni un marco más —dijo el comandante.

Varios consejeros se aproximaron a Lenin y comenzaron a discutir en ruso. Después este se giró y dijo en un torpe alemán:

—De acuerdo, pero al menos queremos más armas.

El comandante hizo un gesto afirmativo. Después corrigió el texto con su pluma.

—Les entregaremos el doble de armas ligeras. Pero tendrá que firmar.

Lenin lo miró furioso. Le quitó el papel de la mano, lo firmó y se lo tiró a la cara. Después los rusos se pusieron de pie y abandonaron la sala. El comandante tomó los papeles y volvió a ordenarlos. Respiró hondo. Le hubiera gustado matar con sus propias manos a ese maldito comunista, pero debía cumplir las órdenes. Ya se ocuparían de los rusos cuando los franceses y británicos estuvieran derrotados.

Capítulo 51

Zúrich, Suiza, 13 de febrero de 1917

Tras la reunión Masha acompañó a Lenin hasta su residencia. No podía dejar de pensar en Oleg. La tenía poseída de una pasión que nunca había sentido antes por nadie. Como si su viejo amigo hubiera descubierto una debilidad que ella misma ignoraba.

—¿Está bien, Masha? —preguntó Lenin.

—Sí, lo cierto es que estoy algo cansada —dijo la mujer bajando la cabeza.

—Será mejor que se tome el resto del día libre —dijo Lenin.

—Querría pedirle otro favor, camarada Lenin —comentó Masha mirando al suelo.

—Dígame...

—Un compatriota nuestro llamado Oleg ha venido huyendo de Rusia. Ha trabajado para el ejército, pero está arrepentido y quiere unirse a nuestra causa. Me preguntaba si él podría venir con nosotros a Rusia en ese tren.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó Lenin frunciendo el ceño.

—Teniente Oleg.

Lenin se quedó unos segundos pensativo. Le gustaba tomar todas las precauciones posibles. Los servicios secretos rusos habían intentado durante años introducir a sus topes en el partido.

—Mandaré a un par de hombres que lo investiguen a fondo. Si está limpio, no tendré ningún inconveniente en que viaje con nosotros —dijo Lenin.

—Gracias, señor —contestó Masha, con un brillo especial en la mirada. Al menos podría volver con Oleg a Rusia y si la revolución triunfaba, tal vez formarían una familia.

La joven dejó la residencia de Lenin y se dirigió al encuentro de su amigo. Sentía el corazón acelerado y la misma sensación que cuando se enamoró por primera vez.

Oleg la esperaba en un viejo café a un par de manzanas de allí. Fumaba nervioso un pitillo de filtro largo. El tabaco suizo era excelente, pero no lograba calmar su ansiedad. Sabía que todavía sentía por Masha algo más que amistad, pero no podría definirlo como amor. Tal vez la palabra más exacta para definirlo era revancha. Había esperado aquello durante años. Volver a recuperar a la mujer que su amigo le había robado, sentir el placer de poseerla y robarle su voluntad. Cuando se convirtiera en un viejo cascarón vacío y él consiguiera cumplir su misión, se desharía de ella como de un trasto viejo e inservible.

Capítulo 52

París, Francia, 14 de febrero de 1917

Winston Churchill fue a recogerlos muy temprano. Le quedaban unas horas para marchar al frente y además conocía las costumbres espartanas de Leo Motzkin, el hombre judío que iban a visitar para que los informara. Aquel era el único judío con el que mantenía relación. No era normal que un caballero inglés se relacionara con la raza hebrea, por lo menos no lo era en Inglaterra.

El grupo se dirigió a Le Marais, el barrio judío de la ciudad, aunque en las últimas décadas los hebreos se habían extendido por toda la ciudad. Los franceses eran un pueblo antisemita, pero en los últimos años habían moderado su discurso.

A medida que se introducían en el barrio, las casas y las calles comenzaban a perder la mágica esencia de París para convertirse en una especie de corral. Prostitutas, chulos y ladrones de poca monta se mezclaban con judíos rusos, checos, polacos, húngaros o búlgaros. Muchos de ellos no tenían papeles y habían huido a Francia tras las últimas persecuciones de principios del siglo XX.

Churchill se paró enfrente de la puerta de un desvencijado edificio y entró en el portal. Olía a orín, humedad y podredumbre. Subieron por las escaleras astilladas hasta la segunda planta. Después llamaron a la puerta.

—¿De qué conoce a este hombre? —preguntó Lincoln con curiosidad.

—En esta vida hay que tener amigos hasta en el infierno —bromeó Churchill.

—Pues usted ya tiene uno —dijo Alicia.

El británico se echó a reír. Lo cierto es que su vida rompía los esquemas de cómo debía comportarse un caballero inglés. Había sido parlamentario liberal a pesar de su procedencia noble, era extremadamente crítico con los de su clase y aborrecía los privilegios. Sus enemigos lo odiaban y sus amigos simplemente se alejaban de él. Era lo más parecido a un apestado que conocía.

—Hace tiempo que me dejé de importar lo que los demás piensen de mí. Leo Motzkin y yo nos conocimos en Estados Unidos. Leo había ido a recaudar dinero para su causa y yo a realizar una serie de conferencias para vender mi nuevo libro —dijo Churchill.

—No sabía que escribía —admitió Lincoln.

—Nuestro amigo es uno de los escritores más reconocidos de Gran Bretaña —comentó Hércules.

—Bueno, creo que eso es exagerado. Simplemente es una manera de ganar un dinero extra haciendo algo con lo que disfruto —dijo Churchill.

—Entonces... —dijo Alicia.

—Coincidimos en un tren que nos llevaba a Chicago. Leo Motzkin tenía un aspecto normal y su exterior no delataba su condición judía. Al parecer, su organización le había enviado a Estados Unidos a recaudar fondos. Los judíos

norteamericanos son los más prósperos del mundo, en la ciudad de Nueva York son una de las minorías más numerosas —dijo Churchill.

—¿A qué organización pertenecía? —preguntó Alicia.

—Será mejor que eso lo responda él —contestó mientras Leo abría la puerta.

Por unos segundos el judío miró con desconfianza al grupo, hasta que reconoció a Churchill.

—Viejo amigo, pasen por favor. Mi casa no es el hotel Ritz, pero no les faltará un café o un pedazo de pan.

Entraron en el salón. La estancia estaba casi desnuda. Los únicos muebles eran una mesa y media docena de sillas. Leo los dejó allí y se fue a preparar café. Unos minutos más tarde regresó con una gran bandeja.

—El café de París es bueno, pero muy caro. Afortunadamente me envían café de mi tierra —dijo Leo comenzando a repartir tazas.

El monje negó con la cabeza. Su orden tenía prohibido beber cualquier cosa que no fuese agua.

—¿A qué debo esta agradable visita? ¿Está de nuevo en el ejército? —preguntó el judío al observar el uniforme de Churchill.

—Sí, me cansé de los burócratas de Londres. La guerra hay que ganarla en las trincheras —comentó el inglés.

—Tiene toda la razón del mundo —contestó Leo.

—¿Qué postura tienen los judíos acerca de la guerra? —preguntó Churchill.

—No tenemos una postura. Muchos creen que esta guerra es cosa de los gentiles, pero otros apoyan a su país de acogida —contestó Leo.

—Es normal —concedió Lincoln.

—Sí, pero con la terrible realidad de que, aunque hagamos un servicio a cualquier estado, no dejarán de tratarnos como judíos —contestó Leo.

—En Estados Unidos los judíos viven bien —dijo Lincoln.

Leo arqueó las cejas. Era cierto que en Estados Unidos vivía la comunidad más próspera y libre de judíos en el mundo, pero seguía existiendo discriminación.

—¿Por qué no le cuenta a qué movimiento pertenece? Hemos encontrado algunos datos que queríamos contrastar con usted.

El judío miró sorprendido a su amigo. Los gentiles no solían estar muy interesados en los sueños de su pueblo.

—Llevamos desde el año 70 expulsados de nuestra tierra. Eso es mucho tiempo. Aun así hemos conseguido mantener nuestras costumbres y no dejar de soñar con regresar a Israel —dijo Leo.

—¿Regresar? —preguntó Lincoln extrañado.

—Sí, el movimiento al que pertenezco defiende el regreso de los judíos a su casa, nunca conseguiremos ser un pueblo, diseminados por las naciones gentiles que nos persiguen y desprecian —explicó Leo.

—Si no le entiendo mal, ustedes quieren fundar un nuevo estado en Palestina —

dijo Hércules.

—¿Palestina? No existe Palestina. Lo único que existe realmente es Israel. Desde hace más de treinta años ayudamos a familias a regresar allí —dijo Leo enfadado.

—¿Cuál es su organización? —preguntó Alicia.

—El movimiento sionista —dijo Leo, mientras tomaba la taza. Después, un largo silencio inundó la sala.

Capítulo 53

Zúrich, Suiza, 14 de febrero de 1917

Kusma no conocía a su superior. Desde que había reencontrado a su amiga Masha parecía otro hombre, pero tampoco se atrevía a hablar abiertamente con él. Aprovechó una de las pocas tardes que pasaban juntos, para comentarle sus inquietudes. Se encontraban frente al edificio en el que estaban reunidos los comunistas y los alemanes. Habían descubierto que los germanos planeaban ayudar a esa chusma roja, pero Oleg no había informado aún a sus superiores, quería que la misión estuviera completada, o eso al menos es lo que le decía a él.

—Señor, no entiendo por qué no hemos eliminado ya al objetivo. Nuestras órdenes eran matar a Lenin —comentó Kusma.

—Esas eran las órdenes de los servicios secretos, pero ya sabe que nos debemos a las Centurias Negras —dijo Oleg.

—Pero...

—El Estado se desmorona. Posiblemente a estas horas los nuevos jefes de Gobierno abortarían esta misión si la conociesen. Cambiarán a los encargados del servicio secreto y no dudarán en matar al mismo zar si eso les conviene. Nosotros servimos a las Centurias Negras, los únicos leales al zar —comentó Oleg.

—Pero las centurias también quieren ver muerto a Lenin —replicó Kusma.

—Y lo verán, pero antes debemos infiltrarnos en el partido y descubrir sus verdaderos planes. Si logramos detenerlos, será mucho mejor que simplemente matar a Lenin. Eso los retrasaría un poco, pero le aseguro que seguirían intentándolo una y otra vez —dijo Oleg.

—Esa mujer es peligrosa —comentó Kusma.

El joven oficial frunció el ceño y tomó a su ayudante por las solapas.

—No se atreva a hablar así de Masha. Simplemente es una joven desorientada, ella nos abrirá las puertas del partido y podremos desbaratar sus planes. No hay nada entre nosotros, ¿entiende?

Kusma afirmó con la cabeza y el oficial lo soltó.

—No olvide quién manda aquí —dijo Oleg.

—Sí, señor.

El joven oficial observó cómo Lenin y su comitiva salían del café. Masha caminaba junto al líder comunista. Oleg observó su bello rostro y sus maravillosos ojos claros. Sin duda era lo más parecido a una diosa que había visto jamás, pero el único dios ante el que se inclinaba era el zar y a él le debía su vida.

Capítulo 54

París, Francia, 14 de febrero de 1917

—El sionismo es un movimiento que lo que pretende es el regreso de los judíos a su patria. Siempre ha habido un deseo de formar de nuevo una nación, pero hasta ahora nadie se había atrevido a intentarlo en serio. Los judíos tenemos un defecto, solemos resignarnos con nuestra suerte. Después de tantos siglos de persecuciones y sufrimientos, creemos que nuestro pueblo no merece algo mejor —dijo Leo Motzkin.

Lincoln asintió con la cabeza.

—Le entiendo perfectamente, a mis hermanos negros les pasa exactamente igual. Se han resignado a conformarse con su condición de ciudadanos de segunda clase.

Hércules se quedó pensativo. Conocía perfectamente el concepto, España era uno de los países más antisemitas de Europa. Hacía casi quinientos años que los judíos habían sido expulsados de la península y el odio no había menguado lo más mínimo.

—¿Por qué han llamado al movimiento sionista? —preguntó Alicia.

—Nosotros llamamos a la tierra de Israel, Sion. Después de la expulsión del año 70, aún quedaban muchos judíos en Israel, pero después de la rebelión del 132 los romanos nos condenaron a vivir sin tierra para siempre —dijo Leo.

—Yo creía que los judíos no eran una nación sino más bien un grupo religioso —admitió Hércules.

—Somos las dos cosas en una. Dios eligió a mi pueblo para darnos una identidad, una religión y un destino en la Historia. Cuando perdimos el territorio, seguimos manteniendo nuestra identidad y nuestra religión —dijo Leo.

—Pero ¿cómo comenzó el sionismo moderno? —preguntó Lincoln muy interesado. Su pueblo podía aprender de los judíos a organizarse y luchar por su libertad.

—Mi hermano Moses Hess escribió un libro en 1860 titulado *Roma y Jerusalén*. Allí defendía las tesis de la creación de un Estado judío...

—Nuestro amigo es muy modesto —dijo Churchill, que había estado callado hasta ese instante—. Leo publicó el libro *Autoemancipación*, en el que se defendía la tesis: «Ayudaos, que Dios os ayudará».

—Me gusta esa idea —dijo Hércules.

Lincoln lo miró enfadado. Sabía que su amigo aprovechaba cualquier oportunidad para burlarse de Dios.

—Era la única manera de terminar con la resignación de los judíos. Dios nunca actuará si no lo hacemos nosotros primero. Pero mi aportación fue más modesta de lo que dice el señor Churchill. El libro que sacó a los judíos de su letargo fue el publicado por Theodor Herzl, *El Estado judío*. Herzl organizó a todos los que estaban a favor de un estado judío.

—Pero ¿cuál es la misión de la organización? —preguntó Alicia.

—Repatriar judíos a Israel. Cuando haya suficientes, podremos reclamar el territorio —dijo Leo.

—Pero allí vive gente —dijo Alicia.

—Es nuestra tierra, no importa el tiempo que haya pasado. Dios nos la dio —dijo Leo.

—La tierra no es de nadie —comentó Hércules.

El hombre lo miró enfadado. Era muy fácil hablar así cuando tenías un lugar a donde ir, en el que nadie te persiguiera, pensó Leo.

—Nuestro amigo no quiere apropiarse de la tierra de nadie. Simplemente compran tierra a campesinos y van asentándose de nuevo en Israel —explicó Churchill.

—¿Cuántos judíos hay en la actualidad? —preguntó Alicia.

—Unos ochenta y siete mil, puede que más —contestó Leo.

—Además, desde el Gobierno británico se está apostando por la creación de un Estado judío. Yo no estoy en el asunto, pero sé que se está barajando esa posibilidad —añadió Churchill.

Hércules comenzaba a impacientarse. No estaban allí para hablar sobre política.

—Nuestro amigo Churchill nos trajo hasta aquí para que le preguntáramos algo mucho más profano. Estamos buscando un libro y, al parecer, en él se habla de unos sabios judíos. Creo que en referencia a un versículo del profeta Ezequiel.

—Los ancianos sabios. La venida del Mesías será precedida por la visión de Ezequiel. Muchos creen que la reunión de unos ancianos sabios le precederá —dijo Leo.

—¿Una reunión de ancianos? ¿De qué tipo? ¿Cuándo será? —preguntó Lincoln.

—Ya ha sucedido.

Capítulo 55

Zúrich, Suiza, 14 de febrero de 1917

Oleg y su subordinado siguieron de cerca a Lenin y su comitiva. No hubo sorpresas, se dirigían a la residencia del líder comunista. Esperaron pacientemente en la puerta y al final Masha salió sola del edificio. El oficial ruso hizo un gesto y se acercó hasta ella.

—¿Por qué nos seguías? ¿Te creías que no me iba a dar cuenta? —preguntó la joven.

—No quiero perderte de vista y volver a perderte otra vez —contestó el hombre.

—¿Qué sabes de nuestro encuentro de hoy? —preguntó la joven.

—No mucho, que estáis tramando algo con los alemanes.

—Es por el bien de la revolución y de Rusia —comentó la joven.

—No tienes que explicarme nada. Ya te he dicho que he abandonado el ejército.

La joven comenzó a andar y Oleg la siguió hasta la casa de la esquina, donde se habían encontrado en los últimos días. Subieron a la segunda planta y entraron en la habitación. La mujer se dio la vuelta y se enfrentó al hombre.

—¿Te has vuelto loco? No quiero que vuelvas a seguirnos. Le he hablado de ti al camarada Lenin, pero si los demás se dan cuenta de que nos sigues no dudarán en matarte —dijo la mujer.

Oleg la agarró del pelo y la lanzó sobre la cama. —Yo no soy uno de tus camaradas, cariño. Soy tu amante y no consiento que me hables en ese tono —dijo el joven. Después se puso encima y comenzó a desnudarla con rabia. —Ahora vas a saber lo que es un ruso de verdad. —Oleg —dijo la joven asustada.

El hombre la desnudó y comenzó a hacerle el amor salvajemente. Ella estaba asustada al principio, pero luego comenzó a excitarse. Nunca antes nadie la había tratado así, pero lo que más la horrorizó es que le gustaba.

Capítulo 56

París, Francia, 14 de febrero de 1917

Leo Motzkin dio un profundo suspiro. Comprendía que era mucho más difícil crear una infamia que explicarla. Desde que los judíos se habían determinado a regresar a su tierra, los problemas y la persecución habían crecido.

—Tras la primera celebración del congreso sionista en Basilea, comenzaron a correr todo tipo de bulos. Ya saben, tras una reunión de judíos lo único que podía haber era una conspiración. Aunque lo curioso fue que el congreso fue público y notorio. Si hubiéramos querido hacer algo en secreto, nadie se hubiera enterado —dijo Leo.

—¿Esa reunión fue para pedir la creación de un Estado judío? —preguntó Lincoln.

—Exactamente. Por primera vez en la historia, un grupo de judíos nos determinábamos a buscar la forma de regresar a casa. Sabíamos que el camino por recorrer era largo, pero al menos habíamos empezado —dijo Leo.

—¿Qué decisión tomaron? —preguntó Alicia.

—Nos autoproclamamos parlamento judío. Éramos doscientos hombres y mujeres determinados a cambiar la historia, pero muy pronto comenzó a circular el bulo de que unos sabios ancianos de origen judío estaban conspirando para gobernar al resto de pueblos. ¿No les parece irónico? —preguntó Leo.

—¿El qué? —dijo confuso Lincoln.

—Que no tengamos ni un estado que nos defienda y los gentiles nos teman.

—Siempre se tiene miedo de lo desconocido —dijo Alicia.

Leo parecía agotado. Le costaba recordar y estaba cansado de seguir defendiéndose por el simple hecho de ser judío, pero a pesar de todo siguió con la conversación.

—Unos días más tarde llegamos al Acuerdo de Basilea. En él fundamentalmente sentábamos las bases para la repatriación de judíos a Israel. En los años siguientes, miles de judíos, sobre todo de Rusia, nos pidieron ayuda para ir a Israel. Pero otros hablan de una gran conspiración. Un plan para gobernar el mundo, qué absurdo —dijo Leo.

—¿El libro que buscamos habla sobre ello? —preguntó Hércules.

—Probablemente. Al parecer muchos lo llaman *Los protocolos de los sabios de Sion*. Yo no los he leído, pero al parecer tuvieron alguna difusión en Rusia, muchos dicen que fueron los servicios secretos rusos los que los escribieron. En ellos se relaciona el comunismo con los judíos. La única base que tienen es que Marx y otros líderes eran judíos —dijo Leo.

—Lo que no entiendo es qué importancia tiene el libro —dijo Alicia.

—Para el que no cree en él, ninguna, pero para los que creen en él, toda. Los

gentiles necesitan pocas excusas para perseguirnos. Ese libro puede ser una de ellas —dijo Leo.

Hércules se puso en pie. Después se acercó a Leo. Lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿No tienen deseos de venganza? Después de miles de años siendo perseguidos, ¿no sienten odio hacia nosotros?

—Podríamos sentirlo, seguramente algunos judíos lo sienten, pero no les culpamos a ustedes. Creemos que es un castigo de Dios por nuestra desobediencia, pero Jehová ha prometido que un día regresaremos y las profecías se cumplirán...

—El mesías judío que ha de venir —dijo Lincoln.

—Sí, nosotros creemos que aún ha de venir —dijo Leo.

—Los cristianos pensamos que el día que los judíos regresen a Tierra Santa, el fin de los tiempos estará próximo. Alguien sabe esto y está intentando impedir que los judíos regresen. Si no se cumple la profecía, el regreso de Jesucristo se retrasará —dijo Lincoln.

—No me puedo creer que siga defendiendo esas ideas, querido amigo —dijo Hércules.

—Lo dice la Biblia —comentó Lincoln.

—La Biblia es un invento humano —dijo Hércules.

Apenas había pronunciado la última frase, cuando algo comenzó a golpear la puerta. Todos se miraron sorprendidos. Alguien los había seguido hasta allí.

Capítulo 57

París, Francia, 14 de febrero de 1917

Al otro lado Pavel y diez de sus hombres golpeaban la puerta con todas sus fuerzas. Ya había intentado dar caza a esos malditos extranjeros en la torre Eiffel, pero sus hombres habían fallado. Había cosas que era mejor hacerlas uno mismo, pensó mientras la puerta se hacía añicos.

Cuando entraron en el salón, no había nadie. Estaba seguro de haber oído los murmullos de sus presas al otro lado de la puerta, pero después de que sus hombres terminaron de registrar la casa, le informaron de que no había ni rastro de ellos.

—Son unos diablos —dijo Pavel enfadado.

Después se quitó el gorro y se frotó la calva. Llevaba el pelo al cero y en su rostro carnoso crecía una leve pelusa canosa alrededor de los labios. No estaba en forma, lucía una barriga que le impedía correr con agilidad, pero seguía conservando su fuerza y la malicia de sus penetrantes ojos verdes.

Sus hombres se acercaron haciendo gestos de desconcierto, pero ninguno se atrevió a decir nada.

—Maldita sea, debe de haber una salida trasera —dijo Pavel.

—No hemos visto ninguna —comentó uno de sus oficiales.

Pavel lo cogió por el cuello y comenzó a apretar. El hombre no intentó defenderse, pero se aferró a las manos de su jefe.

—En las Centurias Negras nadie se dirige a su superior sin que este le dé permiso. Esto no es el maldito ejército regular. —Pavel soltó a su ayudante y este cayó al suelo medio desmayado.

Las Centurias Negras llevaban poco tiempo actuando, pero se habían convertido en las fuerzas más leales al zar. El grupo no era un ejército regular ni mercenario, sino una milicia extremista liderada por Alexander Ivanovich Dubrovin. En ella se integraban desde campesinos y nobles hasta burgueses y religiosos. Todos ellos adeptos incondicionales al zar. Su misión era aterrorizar a los partidos de izquierdas y perseguir a los judíos. Colaboraban activamente con los servicios secretos.

—Será mejor que busquemos por las calles cercanas. No pueden haber ido muy lejos —dijo Pavel.

Todos los hombres corrieron escaleras abajo y él fue el último en salir antes de echar un último vistazo a la casa.

Capítulo 58

París, Francia, 14 de febrero de 1917

Leo había sido muy rápido. Los pogromos en Rusia le habían enseñado algunos trucos para no dejarse atrapar tan fácilmente. En cada casa que estaba, creaba una habitación secreta en la que esconderse en caso de peligro. Cuando dejaron de escuchar las voces, salieron por la estrecha puerta de la cómoda que llevaba a su cámara secreta.

—Cielo santo. Han estado muy cerca —dijo Winston.

—Esa gente es de la peor calaña. Asesinan a judíos y disidentes políticos con total impunidad. La policía no solo no los detiene, sino que colabora con ellos —dijo Leo.

—¿Quiénes eran? —preguntó Hércules.

—Las Centurias Negras son unos grupos antirrevolucionarios que protegen al zar. En 1905 fueron culpables de la mayoría de las matanzas de obreros. En muchas aldeas de Ucrania y Rusia han sembrado el terror, por eso numerosos judíos rusos han optado por volver a Israel —dijo Leo.

—¿Cree que lo estaban vigilando? —preguntó Alicia.

El anciano judío se quedó pensativo, pero enseguida le dijo:

—Estoy casi convencido de que los persiguen a ustedes.

—Serán amigos de los dos tipos que nos atacaron en la torre Eiffel —dijo Lincoln.

Hércules se acercó a Leo y le hizo una pregunta:

—¿No sabe dónde puede estar ese libro?

—Me temo que no. La leyenda habla de que la reunión secreta tuvo lugar en el cementerio de Praga, pero, como el resto del libro, esto también debe de ser mentira —dijo el judío.

Winston se dirigió a la puerta y la abrió. Después se giró hacia sus amigos.

—Será mejor que nos vayamos antes de que esos tipos regresen. Tengo un par de días libres. No es imprescindible que regrese mañana a mi regimiento. Si quieren los acompañaré a Praga. Tengo curiosidad por saber cómo termina todo esto.

El resto del grupo se dirigió a la salida y Alicia se acercó al anciano.

—Muchas gracias por todo. Esperamos no haberle creado más problemas.

—La vida de la gente como yo siempre es igual. Si no me matan estos cerdos, lo harán otros. Demasiado tiempo he vivido, Jehová me llevará al seno de Abraham cuando él quiera.

Capítulo 59

Zúrich, Suiza, 15 de febrero de 1917

Oleg comenzó a notar que le sudaban las manos. Aquel maldito Lenin era un simple comunista al que tenía que eliminar, pero no podía evitar sentirse amedrentado ante él. Sus ojos negros lo escrutaron una vez más y él tuvo ganas de lanzarse a su cuello y estrangularlo delante de sus camaradas.

—¿Por qué abandonó el ejército? —preguntó de nuevo Lenin.

—Asesinaron a mi amigo, el esposo de Masha. Además, el zar está acabado, el país se va a pique, no creo que dure mucho Nicolás II.

—No me parecen razones suficientes. La gente del ejército son zaristas extremistas. Prefieren morir por él que pasarse al otro bando —dijo Lenin.

—Yo soy un simple oficial. Mi familia tenía un origen humilde y para mí el ejército era una manera de salir de la pobreza. Mi padre era un pequeño comerciante de vinos, pero murió cuando yo era niño y la pensión de mi madre no nos llegaba para nada...

—¿Es eso cierto? —preguntó Lenin dirigiéndose a Masha.

—Sí, camarada. Nos conocemos desde hace años.

Lenin caminó por la sala con las manos a la espalda. Le gustaba pensar y caminar, no podía estarse quieto mucho tiempo en un sitio.

—¿Por qué viniste a Suiza?

—Había escuchado que estaba Masha aquí y pensé venir a verla para comunicarle la triste noticia —dijo Oleg.

—No me parece convincente. Nadie atraviesa Europa por algo así.

Masha se puso en medio de los dos para interceder por su amigo.

—Oleg es como un hermano para mí. Ha pedido nuestra protección, si los servicios secretos lo cogen vivo, lo torturarán y después lo asesinarán —dijo la mujer con un nudo en la garganta.

Lenin escrutó de nuevo al joven. Parecía frío y calculador, el tipo de hombre que adiestraban los servicios secretos para sus misiones más peligrosas.

—Si saben que estás aquí, también deben de saber que estoy yo —dijo Lenin a la joven.

—Eso ya no importa, dentro de veinticuatro horas el tren alemán nos llevará a Rusia —dijo Masha.

—Maldita sea, ¿por qué lo has dicho? Ahora tendré que matarlo o llevarlo con nosotros —dijo Lenin.

Su esposa se acercó a él y le susurró al oído:

—Dale una oportunidad.

—Está bien. Vendrá con nosotros, pero Vasili lo vigilará las veinticuatro horas, será su sombra. Naturalmente no podrá llevar armas y, a la menor sospecha, nuestros

hombres están autorizados a pegarle un tiro sin miramientos.

Masha sonrió y le dio las gracias al camarada Lenin. Después se fue al cuarto de al lado con Oleg.

—No te preocupes, con el tiempo ganarás su confianza. En los últimos años los servicios secretos del zar han intentado infiltrar a algunos de sus hombres.

—Es normal que tome sus precauciones. Yo haría lo mismo —dijo Oleg.

—Ahora te enseñaré tu cuarto, pero mientras estemos aquí, no podemos mostrar nuestros sentimientos. ¿Lo entiendes?

—No te preocupes por mí, sabré controlarme.

Los dos subieron hasta el cuarto de Vasili. El gigantesco comunista estaba tumbado en su cama. Apenas lo miró a la cara e hizo un gruñido en forma de saludo.

Oleg se tumbó en la cama de al lado y, con los brazos debajo de la cabeza, comentó:

—Creo que seré un buen comunista, Masha. Puedo acostumbrarme a esto.

Capítulo 60

Praga, Chequia, 16 de febrero de 1917

El coche de alquiler resistió el viaje a pesar de estar medio destartado. Churchill y Hércules se turnaron en la conducción, mientras el hermano Juan, Alicia y Lincoln descansaban en el asiento de atrás.

La ciudad de Praga era una verdadera joya. Hércules había escuchado de su hermosura, pero, acostumbrado a ciudades como Londres y París, no podía imaginar que aquella pequeña ciudad pudiera reunir tanta belleza. La ciudad estaba nevada y hacía más frío que en París. Sus habitantes caminaban melancólicos por las calles, vestidos con pesadas ropas oscuras.

Aparcaron el coche frente a la sinagoga. Leo les había puesto en contacto con el rabino Moses, uno de los maestros más respetados de Europa. Era temprano, llevaban toda la noche viajando, pero ya había luz dentro del edificio.

Al cruzar el umbral les sorprendió la sobriedad y belleza de la sinagoga. Estaba construida con materiales caros, pero al mismo tiempo guardaba una sencillez que reflejaba la austeridad del pueblo judío. Hércules no sabía mucho sobre los israelitas. En España los judíos seguían siendo considerados poco menos que herejes de los que era mejor mantenerse a distancia. Lincoln sí había conocido a varios, sobre todo durante su estancia como inspector en la ciudad de Nueva York, Alicia había tenido una amiga judía en La Habana cuando era niña, pero Churchill sentía cierta aprensión hacia ellos.

Un hombre pequeño, vestido con un traje negro y con la cabeza cubierta con su kipá se acercó hasta ellos.

—Paz —les dijo en checo.

Todos lo miraron sorprendidos.

—¿Rabino Moses? —preguntó Alicia en español.

El hombre sonrió y con una voz suave les dijo:

—¿Son españoles?

El hermano Juan, vestido con su traje de monje, parecía indicar otra cosa, pero Moses había reconocido en Alicia el idioma de sus antepasados.

—¿Habla español? —preguntó Hércules.

—Sí, mis antepasados eran de Sefarad —contestó el rabino.

—¿Sefarad? —preguntó Churchill.

—Es el nombre que mi pueblo dio a España —comentó Moses.

—Pero los judíos fueron expulsados de España hace casi quinientos años —comentó Alicia.

El rabino sonrió a la mujer y dijo:

—Los sefardíes conservamos costumbres de nuestra antigua tierra, e incluso la llave de nuestra casa, para nosotros es nuestro segundo hogar después de Israel. Pero

qué maleducado soy, pasen a mi despacho, allí estaremos más cómodos.

Entraron en una de las habitaciones situadas en el lateral de la sinagoga. El mobiliario era sencillo: una gran mesa, estanterías repletas de libros y seis sillas.

—Aquí se reúne la asamblea de la sinagoga. Por favor, siéntense.

Todos ocuparon sus sitios, menos el monje, que prefirió quedarse en pie.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —preguntó el rabino.

—Leo Motzkin nos remitió a usted, estamos buscando un libro y parece que su origen está en esta ciudad —dijo Hércules.

—¿Un libro? —preguntó el rabino.

—Sí, un libro escrito por varios sabios judíos —dijo Alicia.

El hombre palideció de repente. Su risa se tornó en una cara de enfado y miedo.

—¿Saben cómo se titula el libro? —preguntó el rabino.

—No lo sabemos —dijo Lincoln.

—El libro que buscan se titula *Los protocolos de los sabios de Sion* y es muy peligroso.

Capítulo 61

París, Francia, 16 de febrero de 1917

Pavel golpeó de nuevo a Leo Motzkin y el anciano apenas dio un quejido. El cuerpo se tambaleó, pero las manos de dos de sus hombres lo sostenían.

—¿Adónde han ido sus amigos? —preguntó Pavel.

El anciano permanecía en silencio, tenía los ojos cerrados y parecía como si estuviera haciendo algún tipo de rezo.

—¡Maldita sea! —gritó Pavel, y comenzó a golpear con más fuerza a Leo.

Pavel, con los brazos cansados y fatigados, observó con desprecio al anciano y le dijo:

—Maldito fanático. Vas a hablar, sé cómo hacerte hablar. Traed comida impura, este viejo es capaz de matar antes de comer cerdo —bramó Pavel.

Los hombres de Pavel comenzaron a restregar tocino de cerdo por la cara de Leo. Este agitó la cara, pero no podía evitar sentir la grasa de cerdo cayéndole por sus mejillas.

—¡Paren! —gritó.

—¿Dónde han ido? —preguntó Pavel.

—Están en Praga en la gran sinagoga, para hablar con el rabino Moses —dijo el anciano dejando caer la cabeza.

—Estúpidos judíos —dijo Pavel con desprecio. Después empujó con el pie la silla del anciano y este cayó al suelo en medio de un gran estrépito.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó uno de los hombres.

—Dejadlo. Los judíos están acabados. No tardaremos en eliminarlos a todos, que al menos vea cómo ha ayudado a sus enemigos a destruir a su pueblo.

Las Centurias Negras abandonaron la casa mientras Leo lloraba amargamente. Sentía el sabor a sangre y a tocino de cerdo.

—Jehová, ten compasión de mí —dijo mientras sus mejillas se llenaban de lágrimas.

Capítulo 62

Praga, Chequia, 16 de febrero de 1917

—¿Por qué ese libro es tan peligroso? —preguntó Alicia.

—Ese libro es una blasfemia y una mentira —contestó Moses indignado.

—Pero ¿qué contiene? —insistió Hércules.

El rabino se puso en pie y, con el ceño fruncido, comenzó a pasear por la sala. Todos lo miraron expectantes, entonces el rabino se paró en seco y dijo:

—Ese libro maldito es la gran mentira antisemita. *Los protocolos de los sabios de Sion* son las actas de una supuesta reunión secreta de varios varones judíos. En ese libro aparentemente hay un plan para gobernar el mundo —dijo el rabino.

—¿Un plan para gobernar el mundo? —preguntó Lincoln.

—Sí, yo no he leído el libro, pero es lo que ha llegado a mis oídos —dijo Moses.

—¿Quién escribió el libro? —preguntó Churchill.

—Un tal Sergei Aleksándrovich Nilus parece ser el autor, aunque él dice que simplemente tradujo el libro —dijo Moses.

El hermano Juan abrió mucho los ojos y tomó su cuaderno, comenzando a escribir a toda velocidad. Después le entregó la hoja a Alicia.

—Dice que él conoce a Nilus —leyó la mujer.

—¿Conoce al escritor del libro? —preguntó Hércules.

El monje hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Después volvió a escribir.

—Es el stárets de su monasterio —leyó Alicia—, el hombre que lo ha enviado a buscarnos.

Todos se miraron sorprendidos. El rabino los miró con desconfianza.

—Ustedes trabajan para Nilus —dijo el anciano.

—No, simplemente nos pidieron que descubriéramos quién había asesinado a varios hermanos de su congregación —negó Hércules.

El rabino les hizo un gesto con las manos para que se fueran.

—Ya no tengo nada más que decirles. Será mejor que se marchen.

El grupo abandonó confuso la sinagoga y salió a la plaza. El primero en hablar fue Hércules.

—Será mejor que regresemos a Suiza —comentó.

—Sí, yo aquí tengo que separarme de ustedes —dijo Churchill—, el deber me llama. No puedo retrasar más mi incorporación.

Apenas habían cruzado cuatro palabras cuando un anciano judío se les acercó.

—¿Han hablado con el rabino Moses?

Todos se sorprendieron por la indiscreción del hombre.

—Sí, ¿por qué lo pregunta? —dijo Hércules.

—Yo soy judío, pero no estoy de acuerdo con sus planes.

—¿Qué planes? —preguntó Lincoln.

—Los protocolos. Yo estuve en aquella reunión secreta hace diez años y no estoy dispuesto a callar por más tiempo. Cuando pasé delante del despacho del rabino los escuché. ¿Quieren saber la verdad? ¿Lo que realmente pasó en aquellas reuniones?

Capítulo 63

Zúrich, Suiza, 16 de febrero de 1917

Masha entró en el cuarto y vio a Oleg tumbado, con los ojos cerrados y el pelo rubio enmarañado sobre la cara. Su barba casi blanca cubría sus facciones infantiles y angelicales. Ella en el fondo sabía que era el mismo diablo, pero no podía evitar desearlo y sentir una atracción indescriptible hacia él.

Afortunadamente, el hombre estaba solo. Se puso a su lado y sintió su calor por unos instantes. Respiró hondo y percibió el olor a sudor de su amado. Pensó en su vida en Rusia, cuando había tenido que decidir entre su marido y Oleg. Aquella vez había sido una cobarde, había elegido al hombre que le convenía, a aquel que podía darle la seguridad y el hogar que nunca había tenido. Después el partido se había convertido en su casa, pero sus camaradas no dejaban de ser hombres fríos en busca de un ideal igual de gélido.

—¿Qué sucede, Masha? —preguntó el hombre al despertarse.

—Nos marcharemos en veinticuatro horas y Lenin ha decidido que nos acompañes. Debes portarte bien, aún tiene dudas sobre ti.

—Lo entiendo. ¿Podría viajar con nosotros mi ayudante? —preguntó el hombre.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Crees que estamos organizando un viaje de turismo? —preguntó Masha.

—Mi ayudante es un hombre fiel que hará lo que yo le diga —comentó Oleg.

—Es imposible...

—Consigue que entre en el tren, yo me encargaré del resto —le ordenó Oleg, dejando de sonreír. Su mirada fría le heló la sangre. En esos momentos era cuando el oficial ruso desnudaba su alma.

—Lo intentaré —dijo Masha.

—Buena chica. Ahora ven aquí. No creo que tarde mucho en regresar ese maldito camarada tuyo —dijo abrazándola con fuerza. Ella cerró los ojos y se olvidó de su juramento al partido, de sus últimos años de luchas y sacrificios y simplemente se dejó llevar.

Capítulo 64

Praga, Chequia, 16 de febrero de 1917

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Hércules.

—Mi nombre es Jacob Micha, soy maestro. Llevo casi cuarenta años enseñando alemán a los judíos de Praga, pero domino también el ruso, el francés y el inglés —dijo el anciano.

Hércules lo observó durante unos instantes. Su aspecto enjuto y grisáceo le camuflaba perfectamente en aquella ciudad. El grupo comenzó a pasear por el cementerio judío, mientras el anciano comenzaba a narrar su historia.

—Hemos sido un pueblo perseguido. Desde nuestra expulsión de Israel hemos sufrido mucho, prácticamente desde entonces no ha habido década en la que algún pueblo nos expulsara o persiguiera. Muchos de nosotros nos hemos resignado a nuestra suerte, Jehová nos ha castigado en medio de los demás pueblos y nos ha puesto su sello de maldición —dijo el anciano.

—Pero deben seguir luchando —dijo Lincoln—, no pueden resignarse.

—Los judíos somos una raza especial. Según el Antiguo Testamento, Dios nos escogió para arrojar luz sobre las naciones, por eso deberíamos ser la nación más espiritual de la tierra, pero siempre nos atraieron más las riquezas de este mundo. Donde hemos estado nos hemos hecho con grandes fortunas. Los gentiles no nos dejaban cultivar la tierra ni tener posesiones, por eso debíamos invertir en joyas, en préstamos. Eso nos dio la fama de usureros —dijo el anciano.

—En Estados Unidos hay muchos judíos que se dedican a las profesiones más dispares —dijo Lincoln.

—América es la tierra de la libertad, pero en Europa hemos estado siempre marginados. Después de los últimos pogromos, muchos decidieron unirse para regresar a la Tierra Santa y se ayudó a muchos a volver como colonos, pero algunos de los creadores del sionismo querían llegar más allá. Deseaban que el mundo de los gentiles desapareciera por completo. Una rama radical defendía el gobierno efectivo del mundo a través de un plan secretamente larvado —dijo el anciano.

Se pararon ante una de las grandes lápidas. Justo enfrente se levantaba un mausoleo. Dos grandes tablas de la Ley custodiaban el cuerpo de uno de los rabinos más importantes de la ciudad.

—¿Quiere decirnos que los protocolos son ciertos? —preguntó Alicia.

—Sí. Yo estuve en la reunión. Se celebró de noche, en este mismo lugar hace aproximadamente diez años. La mayoría de los participantes eran rabinos rusos, aunque también había algunos alemanes, franceses, italianos y británicos —dijo el judío.

—¿Qué decidieron? —preguntó Churchill.

—Nosotros no podíamos crear las ideas que gobiernan el mundo, pero sí

podíamos fomentarlas. Se decidió apoyar a los comunistas, ellos podían dominar una gran parte de Europa y eran fácilmente domesticables, en los países capitalistas lo más importante era dominar los mercados, creando crisis o conflictos que nos favorecieran —dijo el anciano.

Hércules lo miró con escepticismo. Ninguna organización, por poderosa que fuera, podía controlar todo el mundo. Había demasiadas variantes, pensó para sí.

—El plan de la organización era provocar esta guerra y después destruir el imperio ruso. Están a punto de conseguirlo, ¿no creen?

—¿Destruir el imperio ruso? —preguntó Lincoln.

—Sí, es uno de los mayores enemigos de los judíos. El zar nos odia y su policía secreta ha sido de las más crueles de Europa. La revolución se está pagando a través de nuestros bancos en Suiza —dijo el anciano.

—¿Tiene pruebas de eso? —preguntó Alicia.

—Lean los protocolos y lo entenderán todo —dijo el anciano, pero apenas había terminado la última palabra, cuando unos disparos silbaron sobre sus cabezas.

El grupo se agachó instintivamente y se metió dentro del mausoleo.

—Nos han seguido desde París —dijo Hércules.

—Esos malditos conocen todos nuestros pasos —dijo Lincoln sacando su arma.

Los hombres de Pavel, las Centurias Negras, no dejarían escapar esta vez a su presa.

Capítulo 65

San Petersburgo, Rusia, 16 de febrero de 1917

El zar tenía miedo de continuar en la ciudad. Las revueltas eran cada vez más violentas y sus mejores tropas estaban en el frente. Sabía que la única manera de frenar las revueltas era pedir una paz por separado a Alemania y Austria e intentar poner orden en casa. Aun así era consciente que el pueblo esta vez no se contentaría simplemente con someterse. La única forma de atajar el comunismo era ceder a unas mínimas reivindicaciones. Algunos nobles pedían un régimen parecido al británico, pero lamentablemente los rusos no eran los ingleses. Su tradición parlamentaria era nula, un ochenta por ciento de la población era analfabeta y fácilmente manipulable y la única forma de controlar a sus compatriotas era imponiendo mano dura.

La muerte de Rasputín había sido un alivio para él, pero al mismo tiempo, aquel monje brutal e ignorante tenía la fuerza de carácter de la que él carecía. Temía perder la herencia ancestral de su padre y dejar a su hijo las cenizas de un imperio que agonizaba.

El principio de su reinado había sido muy distinto. El quería modernizar y transformar Rusia, pero su tío Sergei Aleksándrovich Románov, apenas lo había dejado gobernar. Su mujer, Alejandra, tampoco tenía un carácter fácil. Todo el mundo le decía lo que tenía que hacer y él se había limitado simplemente a observar, pero justo ahora que él se sentía con la fuerza y la determinación para cambiar las cosas, todo se volvía en su contra.

El primer descalabro había sido con los japoneses. Sus asesores le habían asegurado que vencer a los nipones sería realmente fácil y que los rusos necesitaban un acuerdo privilegiado con China. El desastre de Port Arthur había sido su primera gran derrota.

El intento de influir en los Balcanes había sido también un desastre y le había enfrentado abiertamente a los turcos y, lo que era peor, a los austríacos. Rusia ya era un gran imperio y todos aquellos intentos de seguir extendiéndose la habían debilitado internamente y aumentado la sima entre ricos y pobres.

Salir de San Petersburgo era lo mejor que podía hacer. Si la revuelta triunfaba en la ciudad, podría reorganizar a sus ejércitos y aplastarla de nuevo. Sabía que la mayoría del pueblo seguía estando con él, pero no podía permitirse volver a fallarles.

Capítulo 66

Praga, Chequia, 16 de febrero de 1917

Las balas repiqueteaban entre las tumbas mientras Hércules y sus amigos se guarecían en el mausoleo.

—Son unos seis —dijo Lincoln.

—Nosotros tenemos cuatro pistolas —señaló Churchill.

—Lo importante es que no perdamos la calma. Será mejor que reservemos la munición.

Cesaron los disparos por unos instantes y se escuchó una voz entre las lápidas.

—Les pido que me entreguen a ese monje y les dejaré ir en paz. No le haremos daño, pero lo necesitamos para hacerle unas preguntas —dijo Pavel. Hércules se puso en pie y le contestó:

—Su petición es inadmisibile, será mejor que retire a sus hombres y nos dejen ir en paz.

—No saben con quién están hablando —dijo Pavel indignado. Sus pequeños ojos verdes miraron hacia Hércules y, levantando la mano, hizo una señal para que sus hombres comenzaran a disparar de nuevo.

Los siguientes minutos fueron terribles. El sonido de las armas era ensordecedor y el mausoleo comenzó a oler a pólvora y miedo. Una de las balas rebotó e hirió al anciano judío.

Alicia tomó su pañuelo e hizo un torniquete en el brazo del hombre.

—Está malherido, si no salimos pronto de aquí morirá desangrado —dijo la mujer.

Hércules y Lincoln se miraron sin saber qué hacer, hasta que el hombre levantó la cara y les indicó el fondo del mausoleo.

—Hay un pasadizo. Allí es donde se celebraron las reuniones —comentó el anciano.

Churchill se dirigió al fondo y regresó unos segundos más tarde.

—Podemos pasar por ahí, pero tenemos que hacerlo rápido, antes de que noten nuestra ausencia —dijo el inglés.

—Yo me quedaré cubriéndolos y después me uniré a ustedes —dijo Lincoln.

—No, lo haré yo —contestó Hércules.

Lincoln y el monje llevaron a Jacob hasta la entrada del pasadizo, seguidos por Churchill y Alicia. Hércules siguió disparando. Los hombres de Pavel cada vez estaban más cerca. Después miró hacia atrás y, cuando comprobó que el último había entrado en el pasadizo, corrió hacia el fondo y entró en el agujero de la pared, después cerró la reja y corrió por el húmedo y oscuro túnel.

Capítulo 67

Praga, Chequia, 16 de febrero de 1917

Los hombres de Pavel siguieron disparando durante diez minutos hasta que este les ordenó que pararan. Con un gesto ordenó a dos de sus hombres que se acercaran hasta el mausoleo. Nadie les disparó. Entraron en el pequeño edificio y salieron para avisar a sus compañeros.

Pavel se acercó y miró en el interior. El suelo estaba repleto de casquillos y todavía podía olerse la pólvora y el miedo de sus malditas presas.

—¿Dónde se han metido? —preguntó al final en alto. Aunque seguía confuso en su mente.

Los hombres registraron el mausoleo hasta que uno encontró el pasadizo.

—Señor, aquí hay un túnel.

Pavel corrió hasta la entrada y ordenó a sus hombres que entraran en el pasadizo.

—No pueden estar lejos —dijo mientras pasaba a la oscura y húmeda gruta.

Al principio les costó acostumbrarse a la oscuridad. Unos respiraderos dejaban entrar una leve luz, suficiente para saber dónde se ponía el pie.

Caminaron media hora sin encontrar a nadie.

—Maldita sea. Esto es un laberinto. Sin alguien que nos guíe, nos les encontraremos jamás —dijo Pavel, resignado—. Regresemos.

El grupo dio media vuelta y regresó hasta el mausoleo. Revisaron de nuevo el panteón con la esperanza de encontrar alguna pista. Casi habían desistido cuando alguien acercó a Pavel una caja de cerillas vacía. Pavel la revisó cuidadosamente. Había impreso el nombre de un hotel y una dirección en Zúrich, Suiza.

—Viajaremos a Suiza, esperemos que esas ratas regresen a su madriguera —dijo Pavel furioso. Sabía que el tiempo se acababa. El imperio de desmoronaba en pedazos y ellos eran los únicos que podían impedirlo.

Capítulo 68

Praga, Chequia, 16 de febrero de 1917

Después de una hora de camino llegaron a una puerta de bronce. El anciano les indicó que entraran. Después Lincoln y el hermano Juan encendieron las lámparas de aceite de las paredes. La gran sala quedó iluminada y pudieron contemplar una réplica de lo que debía de haber sido el templo de Jerusalén. Todos se quedaron sorprendidos y admirados.

—Hasta ahora no hemos podido reconstruir el templo en Israel, pero al menos esto se le parece mucho —dijo el anciano.

—¿Aquí fueron las reuniones? —preguntó Lincoln.

—Sí —comentó Jacob.

—¿Dónde podemos encontrar las actas originales? —preguntó Alicia.

—Las robó un monje ortodoxo —contestó el anciano.

—¿Sabe cuál es su nombre? —preguntó Churchill.

—Sergei Aleksándrovich Nilus, aunque cuando llegó a Praga se hizo pasar por uno de nuestros hermanos. Cuando descubrimos el engaño ya era demasiado tarde —dijo el anciano.

El hermano Juan no pudo disimular su ansiedad. El conocía a Nilus, era su stárets, nunca hubiera pensado que se trataba de un falsificador y un mentiroso.

—Si las actas las tiene Nilus, ¿por qué te mandó para buscar el libro y pedirnos ayuda? —preguntó Hércules.

—Nilus no lo mandó para buscar el libro, quería que descubriéramos quién estaba matando a los monjes de su monasterio en Rusia —dijo Alicia.

—No es cierto, el hermano Juan tenía que recuperar el libro, aunque él no nos contó toda la verdad. Sin duda las muertes tienen que ver con este misterio —dijo Hércules.

—El libro está en Zúrich —dijo el anciano.

Todos lo miraron sorprendidos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Alicia.

—Nosotros se lo robamos a Nilus y lo guardamos en otra caja de seguridad. El muy incauto lo guardó en un banco judío, aunque imagino que él ignora este detalle —dijo el anciano.

—¿Podríamos conseguirlo? —preguntó Alicia.

—Si el libro sale a la luz, podría desatarse la mayor matanza de judíos de la historia —aclaró el anciano.

Capítulo 69

Zúrich, Suiza, 17 de febrero de 1917

—El tren está preparado —dijo el oficial alemán a Lenin.

—Perfecto, en tres o cuatro días estaremos en Rusia.

—Pero hay cambio de planes. No le llevaremos directamente a Rusia, es demasiado peligroso y al final las autoridades rusas terminarían por enterarse. Desde Dinamarca tendrán que apañárselas por su cuenta.

Lenin miró ofendido al oficial. Los alemanes no eran de fiar, pero aquello le parecía inadmisibile.

—Si no me llevan a Rusia no hay trato —dijo el líder comunista.

—Si se niega a tomar el tren, no les daremos la cantidad acordada, camarada Lenin. Creo que sus compañeros rusos necesitan nuestro dinero —ironizó el oficial.

Dos de los escoltas de Lenin se aproximaron amenazantes a los alemanes.

—Quietos —dijo el líder comunista—. Está bien. ¿Cuál es el itinerario?

El oficial alemán se acercó a la mesa y señaló en el mapa.

—Primero irán a Dinamarca, de allí en barco hasta Finlandia, el resto corre de su parte.

—De acuerdo, ¿a qué hora sale el tren?

—Dentro de dos horas. No se retrasen —advirtió el oficial.

—Nuestros hombres cargarán el tren, yo estaré allí media hora antes —dijo Lenin.

Los soldados alemanes dejaron la residencia de Lenin. Su esposa, Nadezhda, entró nerviosa en el salón, había escuchado los gritos y esperaba que el viaje se hubiera anulado a última hora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer.

—Cambio de planes de última hora. Nos ayudarán hasta la frontera alemana; cuando pasemos por Dinamarca, vía Finlandia, todo dependerá de nosotros —dijo Lenin.

—Eso retrasará mucho el viaje.

—Los alemanes creen que la vía directa es demasiado peligrosa —comentó Lenin — y temen que los descubran.

—Estamos en sus manos, necesitamos las armas y el dinero —dijo Nadezhda.

Llevaba años soñando con regresar a casa. Esa era su última oportunidad. Si su esposo no llegaba a Rusia en el momento propicio, otro intentaría ocupar su puesto en la dirección de la revolución.

Capítulo 70

Zúrich, Suiza, 17 de febrero de 1917

Tras su llegada a la ciudad, Hércules y sus amigos se dirigieron al hotel en el que tenían su equipaje. Descansaron del viaje y Hércules se dirigió a su banco para sacar fondos. Alicia y Lincoln fueron a provisionarse de algunas cosas necesarias para el viaje y el hermano Juan se quedó en la habitación.

Cuando Hércules salió del banco, se encontró de frente con Lenin. Caminaba con la cabeza gacha y con dos de sus guardaespaldas, uno a cada lado.

—Señor Lenin —dijo Hércules saludando al líder comunista.

El ruso levantó la vista y contempló por unos segundos a Hércules, no era corriente que alguien lo saludara en Zúrich.

—Señor Guzmán. Pensaba que ya estaría lejos de Suiza.

—Lo cierto es que parto hoy mismo hacia Rusia.

—¿Hacia Rusia? Un extraño destino turístico en los tiempos que corren —comentó Lenin.

—Ya le expliqué que investigamos unos asesinatos —dijo Hércules.

—En la actualidad muere tanta gente inocente que resulta admirable que alguien se preocupe por unos pobres monjes. ¿Cómo entrarán en Rusia?

Hércules encogió los hombros. Europa estaba en guerra y no sería fácil atravesar el frente para entrar en Rusia. Lenin se quedó pensativo. No era un hombre muy hospitalario, ni siquiera amable, pero Hércules parecía el tipo de hombre que puede amenizar un largo viaje en tren rodeado de una camarilla de aduladores que nunca se atrevían a contradecirlo.

—Nosotros salimos en unas horas y por medio del tren, llegaremos a Dinamarca y desde allí nos dirigiremos hasta Finlandia. Atravesar la frontera por ese punto será mucho más sencillo. ¿Desean venir con nosotros?

Hércules lo miró sorprendido. No esperaba ese tipo de invitación.

—Será un placer viajar en tan grata compañía.

—Los espero en dos horas en la estación de tren. No se retrasen, no podremos esperar mucho...

—Gracias, nos prepararemos de inmediato.



Cementerio judío de Praga

Capítulo 71

Zúrich, Suiza, 17 de febrero de 1917

Pavel llegó a la ciudad agotado. Sus hombres lo sacaban de quicio, apenas podían hacer nada por sí mismos, siempre tenía que hacer las cosas personalmente. Encontrar a Hércules y a sus amigos en la ciudad sería relativamente fácil, Zúrich no era tan grande, pero el tiempo se agotaba. El zar no podía aguantar mucho más en el poder y ellos necesitaban urgentemente el libro.

Cuando Pavel atravesó la calle, vio algo que no lo dejó indiferente. Una mujer pelirroja iba del brazo de un hombre negro. Eran ellos.

Los siguieron discretamente hasta una pensión. Pavel no hizo nada para detenerlos. Prefería asegurarse de que estaban todos juntos, no quería cometer más errores. Unos minutos más tarde llegó Hércules. Era el momento de actuar.

Capítulo 72

Zúrich, Suiza, 17 de febrero de 1917

Apenas pudieron reaccionar cuando la puerta se estampó en la pared. Hércules tomó su pistola y rompió los cristales de la ventana. Alicia empujó al suelo al hermano Juan y Lincoln se agazapó detrás de la cama. Cuatro hombres entraron y comenzaron a disparar. Después apareció Pavel y detuvo el tiroteo.

Dos hombres apuntaban a la cabeza de Alicia y otros dos a la del monje. Lincoln se puso en pie y arrojó su arma, Hércules levantó las manos, pero cuando uno de los hombres se acercó para desarmarlo, tiró de la cortina y se lanzó por la ventana en medio de la confusión. Cayó mal, pero eso no le impidió ponerse de nuevo en pie y salir corriendo. Dos integrantes de las Centurias Negras salieron de la habitación tras él.

Pavel miró a sus prisioneros y con una sonrisa les dijo:

—Me temo que al fin son míos. Me ha costado mucho atraparlos, pero no saldrán de esta con vida si no me llevan hasta ese maldito libro.

Alicia levantó la barbilla y mirándolo a los ojos le contestó:

—No sabe con quién está enfrentándose. Hércules Guzmán Fox le arrancará los ojos cuando tenga oportunidad y yo estaré allí para verlo.

Pavel se acercó a la mujer y la abofeteó. Alicia cayó al suelo y Lincoln se abalanzó contra el ruso, pero dos de los hombres lo detuvieron.

—Maldita zorra, las mujeres no se comportan así en Rusia. Antes de devolverte la libertad, te enseñaré cómo debes tratar a un hombre. Saquemos a esta escoria de aquí antes de que llegue la policía.

Salieron apresuradamente de la pensión y subieron a un coche. Pavel había alquilado una pequeña villa a las afueras de la ciudad. Allí tendría tiempo de demostrar a esos malditos extranjeros cómo se las gastaban los rusos cuando estaban empeñados en conseguir algo.

Capítulo 73

Zúrich, Suiza, 17 de febrero de 1917

Hércules no miró atrás. Le dolía la pierna y tenía un corte en el brazo, pero sabía que la única manera de asegurar la salvación de sus amigos era huyendo. Esos tipos querían el libro y él tenía que encontrarlo primero.

Recorrió la calle de Zúrich hasta la estación de tren. La calle estaba repleta de gente y logró mantenerse a una considerable distancia de sus perseguidores, que no se atrevían a atacarlo en medio de la multitud. Entró en la estación y buscó el tren de Lenin. Varios trenes esperaban en los andenes, pero eran vulgares convoyes de pasajeros.

El olor a carbón y el humo enrarecían el ambiente. Los dos rusos se acercaban cada vez más y él ríe encontraba el maldito tren. Al final observó un tren corto fuera de la gran bóveda de cristal y hierro. El convoy estaba blindado y varios soldados alemanes lo custodiaban.

Cuando se acercó al tren, dos de los soldados lo detuvieron.

—¿Adónde se dirige? —preguntó el cabo.

—El señor Lenin me espera —comentó Hércules sin aliento.

Los rusos miraron la escena a escasos metros. Parecía que su presa se les escapaba delante de sus narices.

—Espere un momento.

El cabo entró en el tren y los rusos aprovecharon para acercarse y sacar sus armas. El soldado reaccionó levantando el fusil, pero no le dio tiempo a disparar. Uno de los rusos le quitó el arma y lo golpeó en la cara, mientras el otro intentaba apresar a Hércules.

—¡Maldito! —gritó el español, mientras se deshacía de su atacante y corría hacia el tren.

Otros dos soldados alemanes se acercaron a los hombres y entonces se escuchó el primer disparo. Uno de los soldados cayó al suelo herido y el resto abrió fuego.

Hércules logró llegar al tren y subir justo cuando este se puso en marcha. Los alemanes alcanzaron a los dos rusos, tomaron a su compañero herido y entraron en el tren.

La multitud comenzó a huir despavorida de la estación. En medio de la confusión, uno de los rusos heridos logró ponerse en pie y escapar justo antes de que llegara la policía.

El tren salió de la estación y los soldados recorrieron los vagones en busca de Hércules, después lo llevaron delante de su oficial y Lenin.

—¿Quién es usted? —preguntó el oficial con el ceño fruncido.

—Hércules Guzmán Fox —dijo escuetamente.

—Es mi invitado —comentó Lenin.

El oficial miró sorprendido al líder comunista.

—¿Cree que esto es un viaje de recreo? —preguntó enfadado.

—No estoy bajo sus órdenes, más bien usted está aquí para asegurarse de que llegue a Rusia. El resto no le incumbe, ahora si nos disculpa... —dijo Lenin furioso.

El alemán abandonó la sala con la cara roja y sus hombres lo siguieron. Lenin miró el aspecto lamentable de Hércules y ordenó a Masha que lo curara. Mientras la mujer miraba su corte del brazo, el líder comunista le preguntó:

—¿Dónde están sus amigos? ¿Qué ha sucedido?

—La culpa la tiene un maldito libro. No sé si ha oído hablar de él: *Los protocolos de los sabios de Sion*.

Lenin lo miró asombrado y después el tren se internó en un túnel, oscureciendo todo por unos instantes.

TERCERA PARTE

El templo de Satán



Capítulo 74

Monasterio de Optina, Rusia, 18 de febrero de 1917

Las noticias que llegaban de Moscú y San Petersburgo no podían ser peores. Los obreros se rebelaban contra sus patrones y la sociedad parecía abocada al caos. El stárets lo había visto con sus propios ojos. Hacía un año apenas media docena de personas acudían a comer al monasterio, pero ahora una multitud se agolpaba cada mañana, cada mediodía y cada tarde, para poder llevarse algo a la boca ese día, pero apenas podían atender a la mitad.

El stárets se acercó a la capilla calcinada, no habían podido repararla en los últimos meses tras el incendio. Se puso de rodillas frente al altar. La nieve se colaba por los grandes agujeros del techo de madera. Oró por el regreso del hermano Juan, porque las muertes cesaran entre los hermanos, por Rusia y los miles de hombres, mujeres y niños que andaban buscando cada día algo que llevarse a la boca.

Un ruido lo sacó de sus oraciones y vio que un soldado se le aproximaba. En otro tiempo él mismo había servido en el ejército, pero ahora pertenecía a los soldados de Cristo.

—Padre —dijo el soldado entregando un sobre lacrado.

El stárets lo abrió con impaciencia. Esperaba que fueran noticias de Juan, pero lo que se encontró fue con una carta de Alejandra Fiódorovna Románova, la zarina.

Él la había conocido un par de años antes en Moscú. Había presidido una misa de acción de gracias por la santidad del príncipe. Allí había conocido también a Rasputín, el monje borracho y mujeriego que había conquistado el corazón de la zarina. Aunque él y la esposa de Nicolás II apenas habían cruzado una palabra.

Comenzó a leer la carta y después le pidió al soldado que lo acompañara a su despacho. Tomó papel y respondió a la zarina.

Cuando el soldado se marchó, el stárets miró los libros en las estanterías, el cielo azul al otro lado de la ventana, el frío que se colaba por las rendijas y que formaba un vaho que empañaba los bordes de los cristales. Después abrió el cajón cerrado con llave y extrajo los apuntes. Allí estaba todo, hasta ahora no había querido usarlo, pero se lo pedía la zarina, el pueblo y la salvación de Rusia. No podía fallarles. Debía convertirse de nuevo en Nilus para salvar a su amada Rusia.

Capítulo 75

Frankfurt, Alemania, 18 de febrero de 1917

A pesar de tener preferencia, el viaje del tren de Lenin se hizo interminable. Las fuerzas del káiser seguían mandando soldados al frente ruso y paraban la circulación de convoyes de pasajeros y mercancías. La maquinaria de guerra alemana podía ser implacable y cruel, pero efectiva.

Lenin y sus acompañantes pasaban las tediosas horas del viaje y espera tomando café, charlando, leyendo, jugando al ajedrez o conversando. Hércules había permanecido reposando un día entero. La herida del brazo era más profunda de lo que él había creído en un primer momento. Afortunadamente no le había tocado ningún tendón, pero no podía mover el brazo y sentía fuertes dolores! Las heridas de las piernas eran mucho más leves.

Tumbado en la cama, no podía dejar de pensar en sus amigos. ¿Cómo estarían? Sabía que habían salido airoso de situaciones peores, pero se preguntaba si no tenía que haberse quedado en Suiza y haberse asegurado de que estaban a salvo.

Hércules notó un agudo dolor en el brazo y por primera vez desde que comenzara el viaje fue consciente de que en ese estado no podía ayudar a nadie. Lo más importante era que encontrara el libro, para que no saliera a la luz, y las verdaderas actas. Si lograba hacerse con aquellos documentos aseguraría la vida de millones de personas, pero también la de Lincoln y Alicia.

Hizo un esfuerzo para levantarse e intentó mirar por una rendija en la ventana. Aquella oscuridad lo ponía nervioso. Apenas pudo ver una pequeña parte de la estación. Decenas de personas caminaban de un lado para el otro, indiferentes a su propia suerte e ignorantes de los tejemanejes del káiser y los líderes comunistas. Cuando se escribiera la historia ese tren no habría existido; los prusianos y bolcheviques se calificarían como enemigos irreconciliables.

Aún estaba absorto en sus pensamientos cuando alguien llamó a su puerta. Era la mujer que le había curado el brazo.

—¿Se encuentra mejor? —se interesó la joven.

—Gracias, Masha. Parece que la herida está más cerrada.

—No tengo el instrumental necesario, pero espero que no vuelva a abrirse.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hércules.

—Creo que en Frankfurt —dijo la joven.

—Muy lejos de Dinamarca.

La joven sonrió. Después puso su mano sobre la frente de Hércules y le indicó que se tumbara.

—Será mejor que repose un poco más. No quiero que se le abra de nuevo la herida.

Hércules se tumbó en la cama y cerró los ojos. Por su mente pasaron los últimos

años de viajes y aventuras, pero todo aquello le producía una desazón que no lograba entender.

—¿Se siente bien? —preguntó la joven al ver el gesto de Hércules.

—Sí.

Cuando Masha lo dejó solo, recordó a las personas que había amado y que ahora estaban muertas. Lo único que le quedaba en el mundo eran sus amigos; esperaba que estuvieran bien. Sin ellos nada tendría sentido.

Capítulo 76

Zúrich, Suiza, 18 de febrero de 1917

—¿Entonces los judíos tienen el libro? —preguntó el jefe de las Centurias Negras.

Alicia miró con desprecio a Pavel, pero sin mediar palabra. El ruso volvió a abofetearla y Lincoln intentó de nuevo zafarse de las cuerdas que lo ataban a la silla sin conseguirlo.

—Si no contestas, empezaré el verdadero interrogatorio —dijo Pavel. Agarró la blusa de Alicia y la abrió con violencia. El corsé la de mujer apenas tapaba sus pechos pecosos.

—No sabemos más. Es lo que nos dijeron en Praga. Nilus dejó el libro en un depósito en Suiza en un banco judío y ellos se lo quitaron —dijo Lincoln.

—Un banco judío. El único banco perteneciente a un simpatizante del sionismo es el Jacob's Bank —comentó uno de los oficiales de las Centurias Negras.

—¿Quién es el dueño? —preguntó Pavel.

—Josef Caro. Uno de los hombres más ricos de Suiza —dijo el oficial.

—Tenemos que interceptarlo a la salida del banco. Lo quiero esta tarde aquí.

El oficial miró a los prisioneros. El hermano Juan parecía meditar en silencio, mientras Lincoln seguía revolviéndose en su silla. Alicia tenía la cabeza gacha y respiraba agitada.

—A ellos que les metan en un cuarto con vigilancia, ya pensaremos qué hacemos más tarde. A la mujer que la lleven a mi cuarto. Esa bastarda va a saber cómo es un hombre ruso.

Pavel salió de la habitación excitado y furioso. Todo se había complicado demasiado, tenían que hacerse con el libro ese mismo día y regresar a Rusia.

Capítulo 77

Frankfurt, Alemania, 18 de febrero de 1917

Oleg lo tenía todo pensado. Su colaborador Kusma había logrado esconderse en el tren como ayudante del fogonero. El plan era asesinar a Lenin antes de que llegaran a Dinamarca. Si moría en suelo alemán, el revuelo político podría ser increíble. Todo el mundo sabría que los comunistas habían pactado con los alemanes traicionando a su propia gente, que moría cada día en las trincheras. Con el partido comunista descabezado, sería muy difícil que la revolución triunfara, y si lo hacía, no duraría mucho. Los diferentes partidos se disputarían el poder y el caos reinaría en Rusia, entonces el zar aparecería de nuevo como el salvador de la patria.

Lo que Oleg no podía prever era la vía de escape para Masha y él. Pensaba que si Kusma mataba a Lenin, ellos dos podrían escapar en medio de la confusión, pero cuánto tiempo podían estar dos rusos cruzando Alemania sin ser interceptados lo desconocía. Si eran acusados de espionaje acabarían en la horca. Pero lo peor de todo era que Masha desconocía sus planes y no sabía cómo podía reaccionar.

El oficial ruso oyó un golpe en la puerta.

—¿Sí?

—Oleg, esta noche hay una cena especial. Lenin quiere que asistas.

—Está bien.

—¿Por qué estás encerrado aquí desde que salimos de Zúrich? —preguntó Masha.

—Tengo que contarte algo, pero no sé si confiar en ti —comentó Oleg.

La mujer frunció los labios y se cruzó de brazos. Su amante podía ser muy cruel si se lo proponía. Ella estaba arriesgando todo por él, pero sabía que él seguía sin confiar plenamente en ella.

—Te he mentado —dijo Oleg.

Masha lo miró asombrada. No le extrañaba que él le ocultara algo, pero había dado su palabra a Lenin y lo único que le quedaba era el partido.

—No te entiendo.

—No he desertado del ejército, vine a Suiza con una misión.

—¿Una misión?

—Encontrar y asesinar a Lenin.

La joven se quedó muda. No podía creer lo que oía. Había introducido a un asesino en el círculo íntimo de Lenin, un asesino al que además amaba.

—No puedes hacerlo...

—Tengo que hacerlo. Rusia se deshace y si no paramos la revolución, millones sufrirán las consecuencias —dijo Oleg.

—Millones las sufren ya. Esta guerra está destruyendo al pueblo. La gente se muere de hambre y frío, mientras tu zar juega a ser Dios —dijo Masha.

—No voy a discutir contigo. Tienes que elegir entre Lenin y yo —dijo Oleg.

—No puedo.

—Si ellos me descubren, me matarán. Tienes que elegir.

—El es un buen hombre —dijo Masha.

—Los hombres buenos son los más peligrosos, siempre intentan cambiar las cosas, pero nada cambia nunca.

La joven se quedó callada. No podía pensar con claridad. Sentía una angustia indescriptible. Eligiera lo que eligiera, destruiría su delicado equilibrio interior.

—No puedo ayudarte —dijo Masha.

—Lo único que te pido es que no intervengas y que después te marches conmigo. Yo no voy a apretar el gatillo, ya hay gente que se encarga de esas cosas.

Masha se sintió en parte aliviada, al menos él no ejecutaría el asesinato. Si Oleg no mataba a Lenin, puede que lo hicieran los alemanes o gente del propio partido, el líder comunista tenía muchos enemigos.

—¿Cuándo lo harás?

—Esta noche en la cena. Después intentaremos llegar lo antes posible a Dinamarca. Calculo que esta noche el tren estará a la altura de Hannover, que está a un día de la frontera —dijo Oleg.

—Lo único que te pido es que no sufra —dijo Masha.

—Será todo muy rápido, ni siquiera se dará cuenta de que le han disparado.

Capítulo 78

Frankfurt, Alemania, 18 de febrero de 1917

Hércules se puso la chaqueta con dificultad y comenzó a caminar por el pasillo. Tenía una vaga idea de dónde se encontraba el salón comedor. No encontró a ningún soldado en el camino, el tren parecía vacío. Aquella tranquilidad le hizo sospechar. Abrió uno de los baños y notó cómo algo atrancaba la puerta, asomó un poco la cabeza y vio los ojos muertos de un soldado degollado. Tomó su revólver e intentó acelerar el paso, aunque aún le dolían sus heridas.

Justo cuando llegó al vagón cafetería, observó a un hombre de espaldas apuntando a Lenin, mientras otro, más grande y corpulento, maniataba a la mujer del líder comunista y a un par de personas más. Se agachó instintivamente, si entraba en la sala los disparos podían herir a uno de los rehenes. Era mejor sacarlos de allí, pero sabía que no podía correr mucho y la mayoría de las puertas de los vagones estaban bloqueadas. Pensó por unos instantes y después trazó un plan.

Oleg y Kusma escucharon perfectamente la puerta del compartimento, pero cuando se dieron la vuelta lo único que vieron fue como esta se bamboleaba.

—Ve a ver qué ocurre —ordenó Oleg a su compañero.

Kusma se dirigió al otro vagón. Tenía el rostro manchado de hollín y una sonrisa en los labios. No podía negar que disfrutaba cumpliendo con su deber, aunque a veces se extralimitara y pudiera más en él el puro placer de torturar y matar.

El ruso entró en el vagón y observó el pasillo vacío. Intentó abrir puerta por puerta, pero todas estaban bloqueadas. Aquel vagón estaba vacío. Afortunadamente los alemanes se habían preocupado más por la seguridad fuera que dentro del convoy. Llegarían a la frontera con Dinamarca antes de que alguien se percatara de la muerte de esos malditos comunistas.

Kusma escuchó un sonido detrás de él y se giró. Entonces el ruido del tren le pareció más fuerte, se aproximó al final del vagón. La puerta estaba abierta y se movía con fuerza de un lado para el otro. Instintivamente el ruso asomó la cabeza. Hércules salió del baño, en donde había tenido que compartir espacio con el soldado muerto y empujó al ruso con todas sus fuerzas.

Kusma apenas tuvo tiempo de agarrarse, miró con sorpresa a Hércules y, girándose sobre sí mismo, con la mitad del cuerpo en el vacío, logró recuperar en parte el equilibrio. Hércules volvió a embestirlo y Kusma se quedó colgado en el vacío, aferrándose con las dos manos a la puerta. El español lo miró a la cara y, tomando de nuevo fuerza, lo golpeó en las manos con la pistola, pero el ruso no soltó la puerta, tomó impulso y logró acercarse de nuevo al vagón.

—¡Maldito gorila! —gritó Hércules cuando el ruso lo golpeó en el brazo herido.

La puerta volvió a alejarse y Hércules aprovechó para tomar distancia y coger impulso de nuevo. El ruso regresó con fuerza, apoyado en la puerta, y Hércules

disparó.

El impacto le dio en un brazo, pero siguió aferrado con el otro, se lanzó hacia dentro y empujó a Hércules hasta que ambos cayeron dentro del vagón. El dolor de la pierna y el brazo casi logró paralizar al español, pero, haciendo un esfuerzo, golpeó con la pistola al ruso y logró quitárselo de encima. Apenas había caminado un par de pasos, cuando Kusma se tiró sobre él. Hércules se derrumbó en el suelo y miró a su oponente. El ruso lo miraba fuera de sí, con los dientes apretados y un cuchillo en la mano libre. El español intentó zafarse, pero el ruso pesaba demasiado. Kusma levantó el cuchillo y lo hundió en la pierna de Hércules. Este lanzó un bramido y, cerrando los ojos, disparó. El sonido de la bala retumbó en todo el vagón y sembró el aire de olor a pólvora. Cuando el español abrió los ojos, frente a él estaba el rostro de Kusma. Tenía la cabeza apoyada en una de sus piernas y un perfecto agujero humeante le lucía justo en mitad de la frente.

Capítulo 79

Zúrich, Suiza, 18 de febrero de 1917

Un hombre vestido con un pesado abrigo de piel abandonó el banco y se adentró en las calles de la ciudad. No era joven, pero aún conservaba cierta agilidad. Cuando entró en la solitaria calle lateral, un individuo le cortó el paso. Parecía un soldado a pesar de vestir de civil, su postura era de descanso, justo la que él mismo había tenido que aprender algunos años antes en Rusia, cuando aún vivía en la tierra de sus padres. Instintivamente se giró e intentó regresar a la calle principal, pero otros dos individuos le cortaron el paso.

Las farolas apenas iluminaban la calle y los rostros de aquellos hombres no se distinguían de las sombras que producían sus sombreros calados.

—¿Josef Caro? —preguntó uno de ellos con un marcado acento ruso.

Aquel nombre le trajo los recuerdos de su huida de Rusia, el último pogromo había lanzado a muchos judíos fuera del imperio de Nicolás II. Él había tenido suerte, había llegado a Suiza y enseguida se había enriquecido financiando a fabricantes de armas.

—¿Es usted Josef Caro? —preguntó de nuevo el hombre.

No supo qué decir. Aquellos hombres sabían quién era. Lo único que se le ocurrió fue sacar un fajo de billetes y ofrecérselos al hombre. Sabía que el dinero era capaz de comprarlo casi todo.

—No quiero su maldito dinero judío —dijo el hombre. Dio un paso y Josef pudo ver perfectamente sus ojos pequeños y verdes, la perilla que le lamía una cara pálida y gruesa.

—Sí... —dijo el hombre atemorizado.

—Queremos que nos lleve hasta el libro. No intente engañarnos. Si lo hace, toda su familia morirá.

—Está en el banco —dijo el judío.

—Yo entraré con usted, cogerá el libro y ambos saldremos. Si hace algo sospechoso, morirán usted y su familia, si me matan sucederá lo mismo. ¿Ha entendido?

—Sí, señor.

Josef Caro se dirigió con el desconocido al banco. El ujier lo miró con asombro.

—Señor Caro, ¿se ha olvidado algo?

—Tengo la memoria muy mal —dijo el banquero, sin poder evitar reflejar en sus ojos el temor que sentía.

El ujier miró al acompañante de su jefe, era la primera vez que lo veía por allí.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Sí, Mateo. No se preocupe.

Los dos hombres entraron hasta el despacho del banquero. El edificio estaba vacío.

El judío apartó un cuadro de la pared y abrió la caja fuerte. Sacó un libro envuelto en una funda de terciopelo. Pavel se lo arrebató de las manos y comenzó a acariciarlo.

—Venga. Será mejor que nos marchemos...

—Llévese el libro y no nos haga nada. Nadie lo reclamará, yo me quedaré callado —comentó el judío.

—¿Quién puede confiar en la palabra de un judío? —preguntó Pavel con desprecio.

Salieron del despacho. Atravesaron la gran sala en penumbra y el banquero cerró por unos instantes los ojos. No estaba preparado para morir. En los últimos años había hecho cosas terribles. Su dinero había servido para financiar a las tropas del káiser y a las empresas de armas.

Caminaron por la calle completamente a oscuras. Únicamente algunas farolas iluminaban el camino. Iosef Caro temblaba de miedo. Se hubiera orinado en los pantalones si hubiera podido, pero estaba completamente paralizado. Regresaron a la callejuela, allí los esperaban los otros dos hombres.

—¿Todo bien, jefe?

—Perfecto, ya tenemos el libro —dijo Pavel.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó uno de los hombres.

—Que parezca un robo, no queremos que nadie sospeche —dijo Pavel poniéndose a un lado.

Los dos individuos sacaron sus navajas y comenzaron a apuñalar al judío. Iosef Caro no pudo ni gritar. Notaba como las hojas metálicas atravesaban el abrigo gris y llegaban hasta su carne. Una, dos, cinco, veinte, hasta que comenzó a sangrar por todas partes. Uno de los rusos tomó su cartera la vació y la arrojó al suelo. El judío, con los ojos muy abiertos, intentó decir algo, pero apenas tenía aliento. Cuando uno de sus asesinos se acercó más a él logró escuchar unas palabras en hebreo, pero no supo descifrarlas.

Capítulo 80

Frankfurt, Alemania, 18 de febrero de 1917

Cuando logró ponerse en pie, ya habían pasado más de cinco minutos. Se dirigió, más dolorido que antes, hasta el vagón cafetería. Ya no contaba con el factor sorpresa, pero al menos eran uno contra uno. El grupo apenas se había movido. Todos estaban atados y sentados en varios sofás. El individuo que les apuntaba seguía dando la espalda a la puerta. Hércules entró con sigilo y gritó:

—¡Suelte el arma!

El hombre se giró despacio con su arma cogida por la culata. Se agachó y la depósito en el suelo.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Oleg.

—Creo que soy yo el que tiene que hacer las preguntas —dijo Hércules.

Su cuerpo algo torcido debido a los fuertes dolores que sentía en la pierna y la pérdida abundante de sangre no parecían ser una gran amenaza para el ruso, pero Hércules estaba armado.

—Teniente Oleg, oficial ruso.

—Será mejor que desate a esas personas —dijo Hércules.

—¿Por qué no lo hace usted mismo? —preguntó Oleg.

—Porque tengo un arma y si no obedece terminará como su compañero —dijo Hércules.

Oleg hizo un gesto de rabia; el bueno de Kusma no era muy listo, pero al menos era fiel.

—Tendrá que dispararme —dijo el ruso.

Hércules estaba cansado, dolorido y demasiado enfadado como para aguantar al oficial. Levantó la pistola, apuntó y repitió la orden. Entonces escuchó una voz conocida justo detrás.

—Señor Guzmán Fox, será mejor que suelte usted el arma.

Cuando el español se dio la vuelta observó el rostro de la mujer que le había curado sus heridas.

—¿Usted? —preguntó Hércules sorprendido.

—Obedezca —dijo la mujer apuntándole.

—¿Por qué defiende a un individuo como este? —preguntó Hércules.

—Usted no lo entiende. Oleg es lo único que tengo, no puedo perderlo.

El oficial ruso sonrió y dio un paso, pero Hércules volvió a apuntarle.

—Pues si lo aprecia suelte el arma. Antes de que me mate, él también morirá.

Masha se quedó pensativa. No sabía lo rápido que podía disparar aquel hombre, pero su comentario la hizo dudar.

—No seas estúpida, no le dará tiempo. Dispárale —dijo Oleg fuera de sí.

—Pero... —dijo la mujer titubeante.

—Maldita zorra estúpida, dispara de una vez. Eres tan cobarde como el imbécil de tu marido.

La joven se quedó sorprendida. Aquel hombre con el rostro desfigurado por la rabia no parecía Oleg.

—¡Dispara, zorra! —gritó el ruso.

Unos segundos de silencio inundaron la sala. La joven no se atrevía a parpadear. A su mente acudieron las escenas de los últimos años de su vida. Una vida solitaria y difícil. Aquel hombre le había hecho recuperar las ganas de vivir. Lo único que le quedaba era él, todo lo demás parecía carecer de sentido.

—¡Dispara!

Masha levantó el brazo y Hércules se giró. Oleg aprovechó la confusión y se lanzó sobre el español. Los dos forcejearon, pero el ruso golpeó la herida de Hércules y este soltó el arma. El ruso tomó la pistola y apuntó. Un disparo resonó en la sala y el hombre murió al instante.

Capítulo 81

Zúrich, Suiza, 18 de febrero de 1917

Cuando la puerta se abrió, Alicia sintió cómo le daba un vuelco el corazón. La figura de Pavel atravesó el umbral y dejó un bulto envuelto en terciopelo sobre la mesa. Lincoln permanecía sentado en la silla, atado de pies y manos. Alicia continuaba sobre la fría mesa de madera, con la ropa revuelta y las piernas desnudas.

—Te dije que regresaría —comentó Pavel a la mujer.

Alicia tembló al escuchar la voz del hombre y cerró los ojos. El ruso se puso a la altura de sus pechos y comenzó a manosearlos.

—Nosotros sabemos tratar a las mujeres en Rusia. No importa que sean de temperamento como tú, cuanto más difíciles, mejor.

El hombre acercó su boca hasta su cara y Alicia pudo oler su aliento. Se le revolvió el estómago y estuvo a punto de vomitar.

—Ahora jugaremos un rato mientras el mono ese nos observa. Creo que estáis prometidos, ¡qué bonito! Un mono y una mujer tan bella. Pero no te preocupes, tendrás un hijo de pura raza eslava —dijo el hombre subiendo a la mesa y bajándose los pantalones.

Alicia apretó los dientes y comenzó a llorar. Notó la hebilla fría del cinto y la piel del ruso sobre la suya. El hombre le arrancó las enaguas, dejándola completamente desnuda de cintura para abajo.

Entonces Pavel notó un fuerte impacto en la cabeza, pero cuando se quiso volver Lincoln ya le había estampado la silla de nuevo en la cara. El ruso se desplomó sobre la mujer y esta lo empujó al suelo. El cuerpo cayó inerte. Lincoln comenzó a desatar a la mujer y en cuanto estuvo liberada, se bajó la falda. Corrieron hacia la puerta, pero Alicia lo detuvo.

—Un momento —dijo la mujer mientras cogía el paquete envuelto en terciopelo. Después se acercó a Pavel y le dio una fuerte patada entre las piernas. El hombre, inconsciente, apenas reaccionó.

—Cuando se despierte se acordará de mí —dijo Alicia.

—Ya lo creo —dijo Lincoln.

—¿Y el hermano Juan? —preguntó la mujer.

—Está muerto, esos cerdos lo han reventado por dentro. Afortunadamente logré romper las cuerdas que me ataban con el crucifijo metálico que dejaron sobre la mesa.

Salieron del sótano con sigilo. Los soldados parecían relajados, cantando y tomando un poco de vodka. Cuando abrieron la puerta y el aire fresco de la noche les sacudió en la cara, apenas podían creer que estuvieran libres de nuevo. Tenían que llegar a Rusia y encontrar a Hércules.

Capítulo 82

Frankfurt, Alemania, 18 de febrero de 1917

Oleg miró a Masha sorprendido. No podía creer que le hubiera traicionado. La mujer soltó la pistola y rompió a llorar. Hércules empujó el cuerpo y este se derrumbó en el suelo. Estaba muerto. Después tomó las dos pistolas y se acercó a los prisioneros. Después de desatarlos, se acercaron a Oleg y comprobaron que estaba muerto, después esposaron a la mujer.

Lenin se acercó hasta Masha y la miró con compasión.

—¿Por qué nos has traicionado? Éramos tu familia.

—Ya no creo en la revolución, los hombres son demasiado egoístas para cambiar. ¿Qué importa quien mande en Rusia? Cuando lleguéis al poder os volveréis como ellos —dijo la joven.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Lenin.

—Sois capaces de negociar con los enemigos de Rusia y aceptar su dinero con tal de llegar al poder, ¿qué os hace mejor que ellos? Ninguno de vosotros vive como esa gente campesina y obrera. Vivís como burgueses, aunque digáis lo contrario —dijo la joven.

—No creo que eso sea suficiente como para que nos traiciones —dijo Lenin.

—Al menos Oleg me daba algo de cariño y me hacía sentirme viva. Ya no merece la pena nada —dijo la mujer.

Lenin hizo un gesto y uno de sus hombres la sacó de la sala. Hércules miró a la puerta, pero no supo cómo reaccionar. Unos segundos después se escuchó un disparo. Arrojaron todos los cuerpos fuera del tren e intentaron retomar la calma.

Hércules se marchó a su compartimento y durmió durante horas. Cuando despertó era de noche. Le dolía todo el cuerpo. La mujer de Lenin le curó las heridas y después de un rato dejó solos a los dos hombres.

—Tenía que morir —dijo Lenin.

—¿Por qué? —preguntó Hércules.

—Era una traidora. Si no actuamos contra los renegados, cualquiera podrá desertar o intentar cobrar la recompensa del precio que tiene puesto a mi cabeza —dijo Lenin.

—Los hombres no son marionetas —comentó Hércules.

—Para que consigamos la igualdad entre los hombres, antes muchos tienen que morir —dijo Lenin.

—¿Cuántos son necesarios?

—Los que hagan falta, tal vez cientos de miles, pero sobre ellos construiremos algo nuevo, algo diferente que perdurará siglos —dijo Lenin extasiado.

Hércules lo observó indiferente. Aquel tipo de hombre era el más peligroso de todos, un fanático llevando a otros al mismo final, la destrucción total.

Capítulo 83

San Petersburgo, Rusia, 18 de febrero de 1917

La factoría Putilov estaba repleta de gente. Los obreros habían ocupado la gigantesca sala principal, algunos se habían subido a las máquinas para oír mejor a sus líderes sindicales. Todos sabían que la huelga era inminente, pero tenían que seguir el guión establecido por los sindicatos.

—Camaradas, la situación de los obreros rusos es insostenible. La guerra burguesa ha destruido las reservas de nuestro amado país y nos enfrentamos a la mayor hambruna de la década. ¿Qué hacen nuestros líderes políticos, el zar y sus ministros corruptos? Nada, enriquecerse con la sangre y el sudor del pueblo ruso. No podemos consentirlo por más tiempo. Debemos parar la maquinaria de guerra, detener a los culpables de los abusos e instaurar una república de los soviets —dijo Trotsky.

Los mencheviques abuchearon al orador. Su postura era menos radical, pensaban que se podía pactar con los partidos de clase antes de llegar a la dictadura del proletariado. Yuli Márto, su líder, se puso en pie y se dirigió al público.

—Si nos enfrentamos con nuestras manos desnudas al ejército, ocurrirá como en 1905. ¿Cuántos de los nuestros murieron en vano? La solución pasa por el pacto, un Gobierno de concentración, la salida del zar de Rusia y la creación de una constitución. Después llegaremos a educar a la gente y todos preferirán llegar a la utopía socialista —dijo Yuli. Su frente sudaba debajo del gorro de piel, las gotas le chorreaban hasta las lentes redondas y su barba negra y recortada.

—El camarada Márto está equivocado. Los burgueses nos usarán al principio para amedrentar al zar y a los suyos, pero después nos reprimirán. Las democracias burguesas están caducas, no podemos perder cincuenta años más. ¡Queremos la revolución ahora! —gritó Trotsky.

Una gran ovación siguió a la intervención y varios obreros sacaron del estrado a Márto. Los mencheviques acudieron en su socorro y lo escoltaron hasta la calle.

Márto observó con tristeza a los obreros que hacían cola para entrar a la sala repleta. Sabía que una revolución radical traería más hambre. Aquellos hombres conocían perfectamente lo que había que destruir, pero ¿estaban preparados para construir algo nuevo?



Revolución rusa de 1917

Capítulo 84

Copenhague, Dinamarca, 20 de febrero de 1917

Al cruzar la frontera tuvieron que abandonar el tren, atravesar Dinamarca y embarcar en el puerto de Copenhague. Hércules seguía solitario y taciturno cuando embarcaron en El Estrella de Ártico. Seguía preocupado por la suerte de sus amigos Lincoln y Alicia, aunque confiaba en su capacidad para sobrevivir. En cuanto escaparan, se reunirían con él en el monasterio de Optina. Nadezhda Krúpskaya se puso al lado de Hércules, los dos miraron en silencio cómo se alejaba el barco del puerto.

—¡Qué bello! —dijo Nadezhda.

Hércules no había cruzado media palabra con la mujer de Lenin, pero parecía una mujer inteligente y prudente.

—Nosotros, los humanos, somos los que lo estropeamos todo. Nuestra ambición, el deseo insaciable de poseer, la capacidad que tenemos para justificar nuestros actos es despreciable —dijo Hércules.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque me tendrá que reconocer que en esto son peores los hombres —dijo la mujer.

—Tenemos poder, más poder que ustedes. No puedo olvidar una frase del presidente Lincoln: «Si queréis probar el carácter de un hombre, dadle poder». Aunque eso también se aplica a las mujeres —dijo Hércules.

—El nuevo hombre será diferente —dijo Nadezhda.

—¿El nuevo hombre? Todos hablan de él, pero no existe. ¿Cree que unas simples ideas lo pueden cambiar todo? —preguntó Hércules.

—No, es imposible cambiar la forma de ser de un pueblo en una generación, pero en dos o tres crearemos hombres nuevos —dijo Nadezhda.

La sirena del barco resonó en la bahía. Suecia se podía ver frente al puerto. Hércules se puso de espaldas al mar. Extrajo uno de sus puros, lo encendió y aspiró fuerte. El mar le devolvía siempre las ganas de vivir, como si su viejo cuerpo aún recordara sus años como oficial de la armada.

—Señora Lenin, he visto que su esposo ha ordenado la ejecución de esa mujer. Sin juicio, sin derecho a defenderse. ¿Esa es la actitud del hombre nuevo?

—A la gente como Masha no se le puede dar una segunda oportunidad, ha traicionado al partido una vez, casi matan a mi marido. Si él hubiera muerto, junto a su cadáver también habría estado el de toda Rusia —dijo la mujer.

—¿Es verdad que han traicionado a su país? —preguntó Hércules.

—Hemos traicionado un sistema, el zarismo, pero amamos a Rusia. Vladímir conquistará el poder y creará una república proletaria, la primera del mundo. Nunca más habrá pueblos oprimidos por los monarcas y capitalistas —aseguró la mujer.

—Los hombres han estado oprimidos en todos los regímenes, no entiendo por qué el suyo iba a ser diferente —dijo Hércules.

—Servimos a los obreros y campesinos, somos sus pies y sus manos —comentó la mujer.

—Me temo que son mucho más. Son sus ojos y su cabeza. Disculpe que no comparta su optimismo, pero me temo que el problema es más antropológico. En cuanto esté en territorio ruso los dejaré y me dirigiré al monasterio de Optina. Si me disculpa —dijo Hércules caminando por la cubierta. Aún sentía dolorida la pierna y el brazo, pero podía moverse casi con normalidad.

—Señor Guzrnán Fox, le aseguro que el mundo cambiará mucho en la próxima década. La revolución triunfará.

—Espero que sea para bien, señora Lenin.

Hércules abandonó la cubierta y decidió pasear por uno de los salones. Observó a Lenin rodeado por una cohorte de admiradores que revoloteaban a su alrededor. Parecía encantando con toda aquella atención. No parecía un revolucionario, más bien su aspecto se asemejaba a un escritor. Esa raza petulante y envidiosa que siempre requería la atención de todo el mundo, pensó mientras se acomodaba en uno de los sofás. Abrió el periódico y leyó una noticia sorprendente: «La revolución ha estallado en la ciudad de San Petersburgo».

Capítulo 85

Dresde, Alemania, 20 de febrero de 1917

Después de tres trenes y dos días de viaje estaban en Dresde, cerca del territorio polaco. Su plan era introducirse por la frontera como enviados especiales de dos periódicos norteamericanos y atravesar el frente en dirección a Rusia. Creían que Hércules les estaría esperando en el monasterio de Optina.

Una vez en Dresde tomaron un tren a Danzig, desde donde viajarían en barco hasta San Petersburgo.

El tren de Dresde era mucho más cómodo y lograron un compartimento independiente. Era la primera vez que dormían a pierna suelta, sin pensar en los hombres de Pavel. Sabían que el ruso no se arriesgaría a atravesar Alemania, pero si llegaba antes a Rusia, Hércules estaría en peligro.

Después de tumbarse en la litera superior, Alicia abrió de nuevo el libro. Estaba perfectamente encuadernado y no parecía muy usado. Comenzó a leer una página cualquiera y enseguida se quedó hipnotizada por el texto:

«Nuestro derecho reside en la fuerza. El vocablo derecho expresa una idea abstracta, sin base e inaplicable; ordinariamente significa: proporcióname cuanto preciso para sojuzgarte. ¿En dónde empieza el derecho? ¿En dónde termina? En un estado desorganizado, el poder de las leyes o el del soberano se disipan por la incesante usurpación de las libertades; en este caso, procedo con la fuerza para destruir los métodos y reglamentos existentes: me apodero de las leyes, reorganizo las instituciones y, así, me convierto en dictador de quienes, libremente, han renunciado a su poder y nos lo han rendido. Nuestra fuerza, dada la situación quebradiza de todos los poderes civiles, será mucho mayor que ninguna otra porque, siendo invisible, no podrá ser atacada; y llegará el día en que sea tan impetuosa que ningún acto de astucia pueda destruirla.»

—¿De qué trata? —preguntó Lincoln asomando la cabeza.

—Parece un simple libro de conspiraciones. Una reunión secreta en la que los judíos escriben una serie de protocolos para gobernar el mundo. Por lo poco que he leído, este libro los culpa de todo lo malo que ha sucedido en la historia, como si ellos movieran los hilos del mundo desde hace siglos —dijo Alicia.

—¿Un plan global para dominar el mundo?

—Sí, desde las democracias liberales hasta el arte, pasando por las guerras, la economía, el comunismo y otro medio centenar de cosas —dijo Alicia.

—Pero ¿quién puede creerse eso? —preguntó Lincoln.

—Ese es el problema, los que quieren creerse algo no necesitan muchas pruebas.

Alicia siguió leyendo toda la noche, afortunadamente la copia estaba en francés. Cuando amaneció el tren estaba llegando a Danzig.

No les costó mucho tomar un pasaje a Helsinki, en un par de días llegarían a San

Petersburgo.

Capítulo 86

Moscú, Rusia, 22 de febrero de 1917

La sede de las Centurias Negras estaba desierta. Parecía que todos tenían miedo a los bolcheviques, pensó Pavel, mientras atravesaba los salones vacíos. Su superior lo esperaba sentado en una silla, fumando un cigarrillo.

—¿Por qué ha tardado tanto? —preguntó el general, impaciente.

—Esos malditos judíos son muy escurridizos, hemos recorrido media Europa tras ellos —se disculpó Pavel.

—Pero ¿ha conseguido el libro?

—No, pero sabemos quién lo tiene y está en Rusia.

El general frunció el ceño. Las cosas marchaban mal en el frente y las revueltas se extendían por toda Rusia. Si no actuaban a tiempo, todo se convertiría en cenizas.

—Su misión era hacerse con el libro, pero no lo tiene. Tenemos que editarlo antes de que los comunistas tomen el poder, es la única manera de combatirlos —explicó el general.

—Lo tendremos en un par de días, se lo prometo. Esos malditos extranjeros se dirigen al monasterio de Optina, allí los capturaremos y nos haremos con el libro —dijo Pavel.

—¿Dos días? Es mucho tiempo, pero no quiero ni un solo fallo. Tenemos que parar esto cuanto antes —dijo el general poniéndose en pie.

—¿Tan mala es la situación? —preguntó Pavel.

—San Petersburgo está al borde del caos. Si los comunistas toman la ciudad, el resto de Rusia caerá. La mayor parte del ejército está en el frente, apenas disponemos de algunos batallones en Moscú y en San Petersburgo, uno de ellos de mujeres. Los comunistas tienen armas y están organizados, muchos partidos burgueses los apoyan, el pueblo está con ellos. Peligra la vida del zar y la de toda su familia. No podemos perder más tiempo.

—Pero, general, ¿por qué no envían hombres del frente?

—Los soldados del frente se están amotinando, están mal equipados y adiestrados, son carne de cañón. Nuestros mejores soldados murieron en las batallas de Galitzia y en la Ofensiva Brusilov —comentó el general.

—La policía...

—¿La policía? Un pequeño grupo de agentes no puede parar una revolución —dijo el general.

—Nuestros voluntarios, ellos se enfrentarán a esos agitadores —comentó Pavel.

—¿Ha visto a muchos hombres en estas salas? Nadie quiere dar su vida por el zar, nuestra última esperanza es ese libro. Destapará la conspiración judía y todos darán la espalda a esos comunistas. Si hay algo que odien los rusos es a los judíos —dijo el general.

—Pero ¿es cierto lo que dice el libro? —preguntó Pavel.

—¿A quién le importa eso? —contestó el general con el semblante apagado. La publicación de *Los protocolos de los sabios de Sion* era la última esperanza para salvar Rusia.

Capítulo 87

San Petersburgo, Rusia, 22 de febrero de 1917

A Hércules le sorprendió ver la ciudad en calma. Tras las últimas noticias, la había imaginado envuelta en llamas. El español bajó del coche y Lenin se asomó a la ventanilla. Su rostro parecía cansado y envejecido por el viaje.

—Estimado Hércules, sé que no está muy convencido de nuestros métodos o nuestros ideales. Cuando construyamos nuestra utopía está invitado a ver la nueva Rusia —dijo Lenin.

—Las utopías nunca se pueden alcanzar, si no dejan de serlo —contestó Hércules mientras el chófer le daba una pequeña maleta.

—Si necesita cualquier cosa, únicamente tiene que preguntar por mí. Espero que encuentre a sus amigos y todos regresen en perfecto estado a su hogar —dijo Lenin.

—Gracias por todo.

—Gracias a usted, nunca olvidaré que me salvó la vida —comentó Lenin.

—Adiós —dijo apartándose del coche.

—Una última cosa, alójese en algún hotel modesto, puede que en unos días las cosas cambien mucho en la ciudad.

—Seguiré su consejo, camarada —dijo Hércules haciendo un gesto con la mano.

Tras caminar unos metros se aproximó al río Nevá. Era mucho más ancho que el Támesis o el Sena, las casas de sus orillas se parecían a las de París, pero eran más grandes y suntuosas, pintadas con colores vivos. El Palacio de Invierno era semejante a Versalles, pero mucho más grande y majestuoso.

Caminó por las frías calles hasta un hostel en uno de los callejones próximos al puerto. Allí solían alojarse los marineros de permiso y los comerciantes más pobres. Estaba agotado, subió a su habitación y se tumbó vestido sobre la cama. Se le escapó una oración al acordarse de sus amigos. Ellos eran lo único que tenía en el mundo.

Capítulo 88

San Petersburgo, Rusia, 22 de febrero de 1917

—El pueblo me ama. No importa lo que digan esos malditos comunistas —dijo Nicolás ante su hermano Miguel.

—Estás ciego. Llevas demasiado tiempo encerrado entre estas cuatro paredes, escuchando los elogios de tus ayudantes. Rusia se hunde. La única manera de frenar esto es que accedas a sus reivindicaciones. Dales una nueva constitución, separa la monarquía del gobierno, para la guerra.

—Nunca. Soy el zar. Ningún Gobierno le ha dicho al zar lo que tenía que hacer, no podemos dejar la guerra. ¿Qué pensarán nuestros aliados?

—Maldita sea, Nicolás. Estás condenando a muerte a Rusia —dijo Miguel.

—¿Quién quiere una Rusia cobarde y dirigida por burgueses? Los Romanov hemos convertido este imperio en una de las mayores potencias del mundo.

Miguel se frotó la cabeza rapada. Su hermano no entendía lo que estaba en juego. Todo estaba a punto de estallar.

—Al menos pon a salvo a tu familia. Envíalos a Moscú o a Helsinki.

—No se atreverán a tocarnos, somos los padres de Rusia —dijo Nicolás.

—Yo me llevaré a tus hijos, al menos tu heredero estará a salvo —dijo Miguel.

—Me han prometido más fuerzas desde Moscú. El palacio está a salvo, un grupo de obreros no puede gobernar la ciudad —dijo Nicolás.

—No son un grupo de obreros. Hay rumores de que Lenin ha regresado. El pueblo lo seguirá y él sabe exactamente lo que quiere —dijo Miguel.

—No temo a esa panda de judíos. Tengo un secreto que les quitará la máscara justo a tiempo, salvaremos a Rusia —dijo Nicolás.

—Estás desvariando, hermano. Lo único que puede salvar a Rusia es un milagro y, afortunadamente, tu milagrero Rasputín ya está muerto.

Capítulo 89

Helsinki, Finlandia, 22 de febrero de 1917

Alicia y Lincoln llegaron a la ciudad mientras el sol iluminaba las torres de las iglesias. Su aspecto cansado apenas podía disimular su euforia, estaban muy cerca de su objetivo y esperaban que también de su amigo Hércules. Alicia había leído el libro entero y compartido con Lincoln sus impresiones. Sin duda aquella información, por falsa que fuera, podía desatar una persecución hacia los judíos sin precedentes.

—Si lanzamos el libro al mar se acabaron todos los problemas —dijo Lincoln.

—No sabemos si alguien tiene otra copia. La única manera de acabar con él es compararlo con el manuscrito que guarda Nilus; si no coinciden todo habrá sido una invención y los judíos no serían los que dictaron estos protocolos —comentó Alicia.

—Sigo pensando que sería mejor deshacerse del libro —insistió Lincoln.

La mujer se apoyó sobre el hombro de Lincoln. Después de su traumático intento de violación apenas se había acercado a él. El hombre se puso rígido por unos instantes, pero después pasó su mano por el hombro de ella.

—¿Cuándo terminará todo esto? —preguntó Alicia.

—Mañana estaremos en ese monasterio, encontraremos a Hércules y regresaremos a España.

—No me refiero a eso, pienso en esta guerra y en todo este odio. Europa está inundada de sangre —comentó la mujer, asqueada.

—Cuando termine aquí estallará en otra parte, forma parte de la vida —dijo Lincoln.

—Hay tanto odio. ¿Para qué sirve la violencia?

—Para nada, pero al menos podemos intentar no emplearla nosotros. Viviremos en Madrid y nos olvidaremos de lo que pasa en el resto del mundo.

Alicia miró a su prometido con dulzura. El era lo que más amaba en este mundo. Deseaba casarse y tener un hijo con él, pero no sabía si ya era demasiado tarde para que fueran felices. En los últimos años habían recorrido juntos el globo, pero se sentía muy lejos de él.

Capítulo 90

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

Cuando Hércules salió a la calle, notó enseguida el cambio con respecto al día anterior. Una muchedumbre con pancartas se dirigía al centro de la ciudad. A pesar de alejarlo de su camino, Hércules se unió a la masa y caminó con ellos. Sentía el corazón de la muchedumbre. Se respiraba esperanza, optimismo y unidad. Durante varias manzanas caminó hipnotizado, sin pensar adonde llevaba aquel hormiguero humano interminable.

En ese momento, justo cuando la multitud entraba en la plaza, un batallón de soldados se situó al otro extremo. Se colocaron en posición y apuntaron a la muchedumbre. La gente se paró unos instantes, pero después varias personas, la mayoría mujeres, dieron un paso adelante y caminaron en solitario hasta los soldados. Hércules observó sobrecogido la escena, esperando el enfrentamiento en cualquier momento. Tras las primeras personas, la multitud comenzó a caminar lentamente, lanzando flores y cantando.

Los soldados temblaban en sus posiciones, los oficiales tenían los sables en alto y sus superiores observaban a la multitud desde los caballos. Cuando los primeros manifestantes estaban a menos de cinco metros de los soldados, el general dio la orden de disparar. Los oficiales repitieron las instrucciones, pero cuando bajaron sus temibles sables no sucedió nada. Los soldados arrojaron las armas en el mismo instante en que las mujeres comenzaban a abrazarlos. Los oficiales retrocedieron y comenzaron a correr hacia el otro lado, pero la multitud los rodeaba. Varios obreros desmontaron a los oficiales de alto rango, pero no les hicieron nada. Simplemente los desarmaron, les arrancaron sus condecoraciones y sus cascos, para burlarse de ellos.

Hércules había descubierto el secreto de aquel tropel: ya no tenían miedo. Sus ansias de libertad los hacía inmensamente valientes, invencibles. Tuvo envidia de ellos, aunque se alegró de haber estado allí, para convertirse en integrante de esa masa enardecida.

Capítulo 91

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

Alicia contempló sorprendida a la multitud. La mayoría eran mujeres vestidas con ropas sencillas, demasiado ligeras para el final del invierno. En sus pancartas brillaban los colores rojos y sonreían al pasar delante de ellos. En un momento la masa los arrastró hasta la plaza, contemplaron a los soldados abrazando a la muchedumbre y se emocionaron al ver la fuerza de aquel pueblo.

Justo cuando estaban a punto de regresar por su camino, a Alicia le pareció ver a Hércules entre la multitud, aunque la simple idea le pareció estúpida. Su amigo odiaba aquellas aglomeraciones. Caminaron hacia el río, pero una voz los detuvo. Alguien pronunciaba su nombre.

Alicia se giró y vio a Hércules agitando su sombrero. Estaba sonriente, pero muy pálido. Corrieron a su encuentro y se fundieron en un abrazo.

—¡Estás bien, gracias a Dios! —exclamó Alicia.

—Sí, temí no veros nunca más —comentó Hércules.

—Amigo... —dijo Lincoln abrazándolo.

La mujer se secó las lágrimas y tomó de la mano a su amigo. Salieron de la plaza y se dirigieron hacia uno de los cafés que se había atrevido a mantener las puertas abiertas. Se sentaron en una mesa y comenzaron a contarse las aventuras de la última semana.

—Este es el libro —dijo Alicia sacando un paquete de su mochila.

—Fantástico. Ahora tendremos que encontrar el manuscrito. Los crímenes tienen relación con este libro, estoy convencido —dijo Hércules.

—¿Crees que Nilus nos entregará voluntariamente el manuscrito? —preguntó Alicia.

—No lo creo —contestó Hércules.

Lincoln realizó un gesto hosco y dijo:

—Pues tendrá que dárnoslo de todas formas. No podemos permitir que ese maldito libro salga a la luz.

Capítulo 92

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

Caminaron hasta la estación de tren. No estaban seguros de que en plena lucha política hubiera transporte, pero se equivocaban. Cuando Hércules se acercó a comprar los billetes se llevó una desagradable sorpresa. Alicia lo vio acercarse con el semblante apagado y refunfuñando.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la mujer.

—Estábamos equivocados, el monasterio no está cerca de San Petersburgo, al parecer se encuentra en la ciudad de Kozelsk —le contestó Hércules.

—¿Dónde? —preguntó Lincoln.

—Es una ciudad en la región de Kaluga —dijo Hércules.

—¿Está muy alejada de aquí? —preguntó Alicia.

—Sí. Se encuentra al sur de Moscú, tardaremos varios días en llegar. Primero debemos viajar a Moscú y allí tomar otro tren.

Los tres amigos se subieron al tren con la esperanza de que el viaje no tuviera más inconvenientes. Las únicas plazas que lograron fueron tres asientos en segunda clase. El tren estaba atestado, todo el mundo quería escapar de la ciudad por miedo a las revueltas. En los vagones se mezclaba gente de la alta sociedad con campesinos y comerciantes que, al ver el cariz de los acontecimientos, preferían regresar a casa.

En el compartimento de Hércules y sus amigos había un sacerdote ortodoxo, una anciana y la que parecía su hija.

El tren salió puntual de la estación y comenzó a recorrer las inmensas estepas rusas. El paisaje de bosques y pequeñas aldeas parecía interminable.

Tras varias horas de viaje, el tren frenó bruscamente en medio de la nada.

—¿Qué sucede? —preguntó Lincoln recogiendo algunos bultos que se habían caído de los estantes sobre los asientos.

Hércules bajó la ventanilla y observó a un grupo de hombres armados a la altura de la máquina a vapor.

—Hay unos hombres armados —dijo Hércules.

—No se preocupen, desde hace unos días hay controles de los bolcheviques —dijo la mujer en un perfecto inglés.

Todos miraron sorprendidos a la dama. Su largo pelo estaba en parte recogido, aunque sus tirabuzones rubios caían sobre su traje de terciopelo verde. Su velo dejaba entrever unos rasgos perfectos y sus ojos verdes.

—Disculpe que no nos hayamos presentado, creíamos que no entendía inglés —dijo Hércules.

—Todos los rusos no somos unos salvajes. Mi nombre es Ana Vasíliev, aunque mi apellido de soltera era Bogdánov —dijo la mujer con un suave acento ruso.

—Encantado. Nosotros somos Alicia Mantorella, George Lincoln y Hércules

Guzmán Fox —introdujo Hércules.

—¿Son españoles? —preguntó la mujer.

—Sí, Alicia y yo somos españoles, Lincoln es norteamericano.

—Conozco al embajador español en Moscú, un hombre encantador —dijo Ana.

—Esperamos no necesitar sus servicios —bromeó Alicia.

—Tal y como está Rusia, puede que necesiten ayuda —comentó Ana.

—¿No viaja con su marido? —preguntó Hércules.

—Oh, mi esposo falleció en el frente hace un año. Esta guerra es terrible —dijo la mujer emocionada.

—Lo lamento —comentó Alicia.

—No se preocupen, lo tengo superado, pero cuando hablo de él...

Escucharon pasos de botas por el pasillo y Hércules abrió la puerta. Cinco hombres abrían los compartimentos bruscamente, pidiendo papeles a los viajeros.

—Será mejor que saquemos los pasaportes —dijo Hércules.

Cuando los bolcheviques llegaron a su compartimento, el más fornido pegó una patada a la puerta y apuntó con su fusil a los pasajeros.

—Necesito sus papeles y que saquen todas las cosas de valor, la revolución necesita ayuda del pueblo —dijo el cabecilla.

Las mujeres se quitaron las joyas y el pope dejó su anillo y crucifijo de plata. Hércules simplemente sacó el pasaporte.

—Quiero su reloj y el dinero —dijo el ruso.

—Lo siento, somos corresponsales de prensa —comentó Hércules.

—Me importa una mierda, quiero el dinero y el reloj.

Alicia miró a Hércules y este cedió, prefería ahorrarse una discusión inútil.

—Ahora la dama nos acompañará. Sus papeles no están en regla —dijo el bolchevique señalando a Ana.

—Pero mis papeles sí están en regla —se quejó la mujer.

—Ahora. Venga con nosotros —ordenó el ruso.

La mujer mayor se puso en pie, pero los rusos la empujaron al asiento.

—Únicamente usted —dijo el cabecilla.

Sacaron a la mujer y la empujaron hasta el compartimento de servicio. La metieron dentro y el cabecilla les dijo a sus hombres que vigilaran.

—Tenemos que hacer algo —dijo Lincoln.

—¿Llevan sus armas? —preguntó Hércules.

—Sí. Afortunadamente estos cafres únicamente buscaban dinero —dijo Alicia.

—Lincoln y yo iremos a por ellos, tú vigila por si viene alguien por detrás —dijo Hércules.

Los dos amigos recorrieron el pasillo y se pararon frente al compartimento de servicio. Uno de los rusos levantó el rifle y les apuntó.

—Queremos hablar con su jefe —dijo Hércules.

—No entender —dijo el ruso.

Hércules dio un empujón al hombre que les apuntaba y disparó el arma. Después Lincoln sacó el revólver y disparó contra el otro. Los dos bolcheviques forcejearon, pero Hércules logró sacar su cuchillo y eliminar a otro de los forajidos. A continuación, Lincoln incrustó al último hombre contra la ventanilla, los cristales le abrieron la garganta.

Hércules empujó la puerta, el cabecilla se había subido en parte los pantalones, pero seguía con las manos ocupadas cuando le hincó el cuchillo en su tripa. El gigante apenas dio un suspiro y cayó al suelo.

La mujer parecía conmocionada. Hércules la tomó en brazos y la sacó del compartimento. Alicia llegó hasta ellos con la pistola en la mano.

—Vienen más bolcheviques —dijo a sus amigos.

—Intentemos robarles los caballos. No podemos enfrentarnos a todos —dijo Lincoln.

Saltaron del vagón y corrieron hasta los animales. Uno de los rusos se había quedado para vigilar a los caballos, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Lincoln lo disparó, tomó las riendas de cuatro caballos, ayudó a las mujeres a subir a las monturas y salieron a toda velocidad.

Escucharon algunos disparos desde las ventanillas de los vagones, pero ninguna bala los alcanzó. Ahora tendrían que hacer el resto del viaje a caballo.

Capítulo 93

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

La habitación estaba desierta. *Ni el más mínimo rastro del español*, pensó Pavel mientras sus hombres revolvían los cajones. Se acercó al dueño de la pensión y lo agarró por el cuello.

—¿Mencionaron adonde se dirigían? —preguntó.

—No, señor. El hombre blanco pagó la cuenta y se marchó.

—¿Iba con una mujer y un negro?

—Sí, señor.

—¿A qué hora se fueron?

—Hace unas cinco horas.

Pavel soltó al dueño de la pensión e intentó imaginar dónde podían estar esos escurridizos extranjeros. La ciudad estaba patas arriba y los bolcheviques comenzaban a dominar la situación. El tiempo se le esfumaba.

—Tienen que haber ido a la estación de tren. Lo que buscan no está en la ciudad —dijo en alto Pavel.

—Dudo que siga habiendo circulación —dijo uno de sus hombres.

—Será mejor que lo comprobemos.

Los hombres de Pavel salieron a toda prisa de la habitación y se dirigieron a su coche. Intentaron esquivar a la gente que llenaba las calles, pero era muy difícil conducir entre la multitud.

—Malditos cerdos comunistas —dijo Pavel tras pedirle a su conductor que acelerara. Uno de los viandantes fue golpeado por el coche y los manifestantes abrieron un pasillo.

Uno de los huelguistas se puso delante del vehículo, pero Pavel simplemente sacó su pistola y le pegó un tiro. La multitud huyó despavorida.

El coche aceleró y en unos minutos estaban frente a la gran estación. Allí una muchedumbre confusa esperaba unos trenes que no iban a circular. Pavel se dirigió a la venta de billetes, estaba seguro de que una mujer, un hombre blanco y otro negro no habían pasado desapercibidos.

El vendedor le informó de a dónde se dirigían y que habían preguntado por el monasterio de Optina. Regresaron al coche y salieron de la ciudad a toda prisa. Tenían que llegar antes que ellos al monasterio y prepararles una buena sorpresa.

Capítulo 94

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

El zar observó a la multitud desde la ventana de palacio y por primera vez sintió miedo. En cierto sentido, hasta ese momento se había creído intocable, pero por primera vez sentía que el peligro les acechaba a su familia y a él. Se giró y contempló al jefe de la policía de San Petersburgo, el general Lavr Kornílov y al jefe personal de la guardia del zar.

—Señores, las masas están enloquecidas. ¿Qué podemos hacer? —preguntó el zar.

—Propongo el uso de la artillería —dijo el general Lavr Kornílov.

—Se ha vuelto loco —dijo el comisario jefe—, las masas matarían a la familia real y destruirían la ciudad.

—Huirán como ratas. No son más que un atajo de cobardes —dijo el general.

—Los traidores Miliákov y Gúchkov exigen su abdicación y el poder para el pueblo —dijo el jefe de la guardia.

—No abdicaré, ningún Romanov lo ha hecho jamás. Prefiero morir al pie del cañón —contestó airado el zar.

—Saquemos a su familia de palacio, todavía estamos a tiempo —propuso el jefe de la guardia.

—No, nadie huirá —contestó el zar—. La ayuda está en camino.

—Han cortado la comunicación por tren, no llegará ninguna fuerza —comentó el general.

Nicolás se hundió en la silla, la maldición de ese maldito Rasputín se había cumplido, su sangre exigía venganza. ¿Cómo iba a luchar él contra el destino

—Preparen las defensas, pero no opongan resistencia. No quiero muertes innecesarias, demostraremos al pueblo que no les deseamos ningún mal. Después de mí vendrá el caos, pero si eso es lo que quieren, lo tendrán —dijo el zar.

—Los alemanes nos pondrán de rodillas. Permita que mis hombres den con los cabecillas, aún estamos a tiempo —dijo el general.

—**No, rezaremos en la capilla de palacio y celebraremos una misa. Aún podemos**

esperar un milagro —dijo el zar poniéndose en pie.

Capítulo 95

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

La Duma estaba a rebosar. Los parlamentarios corrían de un lado para el otro. Llegaban noticias de levantamientos en toda Rusia. Moscú parecía la única ciudad dominada completamente por el zar. Algunos parlamentarios pedían que se tomaran medidas contra las huelgas, otros defendían a los trabajadores. Miliákov se puso en pie y pidió la palabra. El murmullo continuó unos minutos hasta que por fin se tranquilizó el ambiente.

—El zar está bien, la situación está controlada. No creo que tengamos que preocuparnos. Estamos negociando un Gobierno de concentración que pasa por la abdicación del zar —dijo Miliákov.

—¡Traidor! —gritó uno de los parlamentarios conservadores.

Miliákov se puso furioso y con la cara enrojecida le contestó:

—Lo más importante en este momento es Rusia. Los alemanes nos hacen pedazos por fuera y los comunistas por dentro. ¿Qué importan el zar y las sabandijas que lo rodean? La corte en los últimos años ha sido la vergüenza de Europa. Ese Rasputín decidía en temas de Estado y la «alemana» procuraba beneficiar a los suyos. El príncipe L'vov está dispuesto a formar Gobierno. Ahora Rusia navega a la deriva.

Los diputados bramaron ante las palabras de Miliákov, pero Rusia estaba realmente sin Gobierno. Los bolcheviques estaban formando soviets por todos lados y en pocos días nadie podría parar la revolución.

Gúchkov se puso en pie y tomó la palabra:

—Hay que arrestar al zar. Nicolás es el culpable de la hambruna y de la guerra, debe pagar por sus errores.

La asamblea volvió a bramar. Algunos diputados comenzaron a pelearse entre sí. Miliákov y Gúchkov se fueron de la sala y se reunieron en uno de los salones cercanos.

—Hay que hacer algo —dijo Miliákov.

—Detengamos al zar, la masa se quedará conforme si arrancamos la cabeza al imperio —contestó Gúchkov.

—Tenemos que conseguir que abdique voluntariamente —dijo Miliákov.

—¿Quiénes nos apoyan? —preguntó Gúchkov.

—Prácticamente todo el mundo. Nadie quiere hundirse con el zar —repuso Miliákov.

—Entonces dejemos que caiga la fruta madura, no creo que pase de mañana la abdicación —contestó Gúchkov.

—Eso espero o todo se irá al traste —dijo Miliákov apesadumbrado.

Capítulo 96

San Petersburgo, Rusia, 23 de febrero de 1917

Cuando se hizo de noche aminoraron la marcha y buscaron un sitio para refugiarse. Apenas habían cruzado unas palabras en su incesante huida. Contemplaron unas luces a lo lejos y se acercaron. Parecía una granja. Tenía dos grandes edificios, una casa de dos plantas y un gigantesco granero.

En cuanto escucharon los caballos, el granjero y uno de sus hijos salieron armados a recibirlos.

—Disculpe que nos presentemos así —dijo Hércules, pero el granjero no sabía inglés y frunció el ceño al ver que eran extranjeros.

Ana se dirigió al hombre en ruso y les explicó su situación. El granjero les ofreció dormir en el granero y cenar con ellos aquella noche.

Las mujeres pidieron lavarse un poco y los hombres entraron en el salón, se pusieron al lado de la chimenea y empezaron a entrar en calor. El granjero se acercó hasta ellos sonriente y les sirvió un vaso de vodka.

Los tres varones se sentaron y contemplaron hipnotizados el fuego de la chimenea. Cuando Ana y Alicia entraron en el salón, se pusieron en pie.

La esposa del granjero sirvió la mesa y tomaron un caldo caliente, después algo de queso y pan. La cena les sentó de maravilla y el granjero empezó a hablarles animadamente. Ana les tradujo lo mejor que pudo, el ruso del campo era mucho más hosco que el que ella hablaba en San Petersburgo.

—El granjero dice que últimamente hay muchos vagabundos y gente que les pide alimentos y dinero en nombre de un tal Lenin, pero que por ahora ha logrado disuadirles con su escopeta.

—Espero que resista un poco más, las cosas sin duda irán a peor —dijo Hércules.

—Nos dará algo de comida para el camino. En un día de viaje llegaremos al monasterio. Al parecer mucha gente ha escuchado cosas terribles de aquel lugar. Algunos lo llaman el monasterio del Diablo.

Alicia se estremeció y se pegó a Lincoln. El granjero frunció el ceño, pero continuó hablando.

—Últimamente varios monjes han muerto y han aparecido algunos restos de cultos satánicos. La gente tiene miedo —explicó Ana.

—No temo a los malos espíritus —dijo Hércules.

—Pues debería —dijo Lincoln—, existen y están entre nosotros.

—Usted siempre con sus supersticiones —contestó Hércules.

—En Rusia hay leyendas terribles sobre demonios. Algunos hombres son poseídos por ellos y hacen cosas terribles —dijo Ana.

Lincoln afirmó con la cabeza. Él mismo había visto muchos casos de posesión demoniaca en la iglesia de su padre.

—Lo siento, pero no creo en lo que no pueda ver y tocar —sentenció Hércules.

—Yo he visto numerosos casos. El Diablo existe aunque no lo creas —dijo Lincoln.

—Hay cosas que no son tangibles, pero que sí existen. Pongamos el caso del amor o la alegría —comentó Ana.

—Eso son sentimientos, pero no entes reales. No existen los ángeles y demonios. Las personas poseídas son lunáticos mal diagnosticados —dijo Hércules.

—Es incorregible —comentó Lincoln.

—Mañana hay que salir temprano. Será mejor que descansemos un poco —comentó Alicia, intentando calmar los ánimos.

Se levantaron de la mesa y agradecieron a los granjeros su hospitalidad. Al día siguiente saldrían en cuanto amaneciera. El país estaba demasiado inestable como para permanecer parados más tiempo del necesario. Lo que Hércules y sus amigos ignoraban era que en el monasterio de Optina estaba a punto de cometerse otro asesinato.

Capítulo 97

Monasterio de Optina, Rusia, 24 de febrero de 1917

El hermano Nicolás se acercó a la biblioteca del monasterio como todas las mañanas antes de la oración. Como bibliotecario, era su costumbre echar un vistazo y repasar la lista de libros solicitados por los monjes antes de que comenzara el día. El hermano abrió la puerta con la pesada llave de hierro y escuchó el rechinar de las viejas bisagras. El era, junto al stárets, el único que tenía acceso a los libros. Se acercó a su escritorio de madera, una hermosa pieza del siglo XVII, se puso los anteojos y observó la lista. Mientras leía absorbió las tareas del día, no se percató de que alguien entraba en la biblioteca.

Un hombre se acercó por detrás y, sin mediar palabra, lo golpeó duramente en la cabeza. El hermano Nicolás se desplomó sobre la mesa; sus ojos grises se apagaron en unos segundos y no pudieron repasar su larga vida. El asesino se adentró entre las estanterías y buscó entre los volúmenes, pero había demasiados como para mirar uno a uno. Se acercó al fichero de madera y empezó a revolver las fichas. No había nada con el nombre que buscaba. Seguramente algunos libros prohibidos estaban en algún archivo secreto que únicamente conocían el stárets y el bibliotecario, pensó el asesino. Tendría que obligar al stárets a entregarle el manuscrito. El tiempo se agotaba y debía cumplir su misión antes de que fuera demasiado tarde.

El hombre se colocó la capucha, salió de la biblioteca y se unió al resto de hermanos, que ya circulaba por el claustro camino al comedor. Estaba famélico, necesitaba tomar un trozo de pan y algo de vino para recuperar fuerzas.

Tras el liviano desayuno, cada monje regresó a sus tareas, pero no había pasado ni media hora cuando las campanas del monasterio sonaron convocando a todos los monjes a la sala capitular. Cuando estuvieron todos reunidos, el stárets comenzó a hablar.

—Se ha producido un nuevo asesinato, con este son cinco los hermanos que mueren en unos meses. Creíamos que las tres primeras muertes habían sido desgraciados accidentes, pero ahora estamos seguros de que uno de nosotros es el asesino. El culpable pagará ante Dios sus culpas, no quedará impune su crimen. Espero que en unos días lleguen unas personas para investigar este desgraciado asunto, el hermano Juan fue a buscarlos a un país lejano, pero en cuanto lleguen, les aseguro que descubrirán al asesino.

Los hermanos se miraron inquietos, en una comunidad de treinta hermanos, cinco muertes eran demasiadas para dejar indiferente a nadie. El stárets disolvió la reunión y regresó a su despacho. Cuando cerró la puerta sintió una mezcla de rabia e impotencia. Todos sus hombres de confianza habían muerto, ahora él era el único que conocía el secreto, pero ¿cuánto tiempo estaría vivo para guardarlo?

Capítulo 98

Tver, Rusia, 24 de febrero de 1917

Ana y Alicia iban a dormir juntas, al final el granjero les había dejado la habitación de su hijo, pero Hércules y Lincoln durmieron en el granero, vestidos y algo inquietos. Los bolcheviques podían estar persiguiéndolos, al fin y al cabo, habían asesinado a varios comunistas antes de huir del tren. Hércules se colocó el abrigo en forma de almohada e intentó descansar un poco, pero Lincoln comenzó a hablar:

—Este asunto apesta. El hermano Juan está muerto y, aunque tenemos el libro, no sabemos lo que vamos a encontrarnos en ese monasterio. Tal vez sería mejor regresar a Suiza o a España, poner a buen recaudo el libro y olvidarnos de este asunto.

—Me sorprende que diga eso, viejo amigo. Alguien está matando a monjes muy cerca de aquí, nos han pedido nuestra ayuda y no podemos simplemente olvidarnos del asunto y ponernos a salvo —contestó Hércules.

—No quiero que me malinterprete, pero hemos arriesgado la vida demasiadas veces y ahora preferiría que Alicia estuviera a salvo y pudiéramos formar una familia. Ese maldito sádico que nos atrapó en Suiza estuvo a punto de violar a mi prometida; creo que eso es razón más que suficiente para regresar a casa —comentó Lincoln ofuscado.

—Nadie quiere más a Alicia que yo, pero debemos cumplir nuestra palabra. Si lo desea, disolveremos nuestra asociación en cuanto resolvamos este caso. Después puede regresar a Estados Unidos, España o donde le plazca. Alicia y usted tienen mi bendición —dijo Hércules.

Lincoln se dio la vuelta y masculló una queja que su amigo no llegó a entender. A veces, Hércules podía llegar a ser muy injusto. Él era un hombre de palabra, nunca había negado auxilio ni ayuda a nadie. Ni durante su etapa de policía ni en los últimos años junto a Hércules; pero no deseaba exponer más a Alicia. Sabía que ella era valiente y dura, pero también que se les estaba pasando el tiempo y que si no se casaban pronto, su vida comenzaría a dejar de tener sentido. Después cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa, pero la imagen de aquel hombre intentando violar a su prometida lo asaltaba una y otra vez.

Capítulo 99

Tver, Rusia, 24 de febrero de 1917

Ana tenía un porte elegante, una figura esbelta y un hermoso pelo largo y rizado. La noble rusa se había soltado la melena e intentaba desenredarse el cabello con los dedos. Alicia la miraba agotada, las últimas semanas habían sido demasiado intensas incluso para ella.

La mujer rusa se metió en la cama y Alicia se apartó un poco para dejarle más sitio.

—Nunca he dormido en una cama tan estrecha —admitió la mujer.

—Nosotros en los últimos años hemos dormido en el desierto, en alta mar, en un dirigible, en mitad de la selva, en cárceles y lugares infectos. Esta cama me parece un lujo.

La mujer sonrió a Alicia, pero enseguida cambió su semblante.

—¿Se encuentra bien?

—Lo siento, me acuerdo mucho de mi esposo Sergeï, estábamos muy unidos. Nos conocimos en la universidad, fuimos muy felices todos estos años y ahora sus hijos se criarán sin padre —dijo Ana con ojos llorosos.

—Lo lamento, me imagino que debe de ser terrible perder al hombre que amas. Yo estoy profundamente enamorada de George y no sé qué haría si él muriera —dijo Alicia.

—La vida es ingrata, te quita mucho más de lo que te da. No sé qué será ahora de nosotros; si los bolcheviques se hacen con el poder, perderemos lo poco que nos queda. ¿Cómo alimentaré a mis hijos? —preguntó Ana.

—A veces la propia vida se abre camino. Nosotros nos cruzamos en su camino y la salvamos de algo peor. Si ese hombre la hubiera matado, sus hijos tampoco tendrían madre.

—Tiene usted razón, gracias a Dios que estaban cerca. Aunque lamento haber trastornado su viaje al monasterio —dijo Ana.

—Nuestra vida es así, un constante cambio de planes. Dejamos que nos lleve el destino, al fin y al cabo, cada uno de nosotros tiene que cumplir una misión, ¿no cree? —preguntó Alicia.

—Antes sí lo creía, pero ahora todo me parece demasiado caótico y sin sentido para encontrarle una lógica. Tal vez la muerte sea la única solución definitiva —dijo la mujer, apesadumbrada.

Alicia le tomó la mano. Su tacto era frío y húmedo, como si la rusa no tuviera apenas vitalidad.

—Las cosas cambiarán, si lo desea puede venir con nosotros. En cuanto resolvamos el misterio del monasterio regresaremos a España. Podría traer también a sus hijos —dijo Alicia.

—¿Harían eso por mí?

—Naturalmente —dijo Alicia.

—Muchas gracias, espero no serles un estorbo. Les prometo que si me llevan con ustedes no se arrepentirán. Tengo mis joyas escondidas en el vestido, ahora las llevo siempre conmigo. Con ese dinero creo que podré vivir holgadamente en España —dijo la mujer recuperando el ánimo.

—Será mejor que ahora descansemos, mañana será un día agotador —dijo Alicia.

Nada más apagar la luz, Alicia pensó en cómo sería una vida tranquila en una casa a las afueras de Madrid, rodeada de hijos y dedicada a ver pasar la vida sin temor ni angustia. Tal vez, en unos meses podría casarse con George y disfrutar junto a él el resto de su vida, pero si algo había aprendido aquellos años, era que hacer planes a largo plazo era algo absurdo. Cerró los ojos y se quedó dormida enseguida. No muy lejos de allí Pavel y sus hombres viajaban hacia el monasterio de Optina para hacerse con el libro y terminar con ellos.

Capítulo 100

San Petersburgo, Rusia, 25 de febrero de 1917

Lev Davídovich Bronstein intentó peinarse su pelo alborotado antes de entrar en el despacho de Lenin. Era la primera vez que se veían en varios años y no podía negar la inquietud que sentía. Su temor era haber perdido el favor de Lenin y salir de su núcleo de confianza. Iósif Stalin, el director del periódico *Pravda*, era el hombre fuerte del partido. Había logrado mantenerse en Rusia a pesar de las últimas persecuciones zaristas y había consolidado su poder en el aparato del partido.

Cuando Lev entró en el despacho le sorprendió ver el rostro envejecido de su camarada Lenin.

—Camarada Trotsky, es un placer verlo después de todos estos años.

Lev hizo un saludo militar y se sentó junto a su líder.

—Me han informado de que las cosas se están acelerando en Moscú y toda Rusia. Puede que en unos meses nos hagamos con el poder.

—Eso es lo que esperamos todos, camarada —contestó Trotsky.

—Yo, por ahora, prefiero permanecer en el anonimato. Puede que sea más efectiva mi aparición cuando echemos abajo el Gobierno provisional que está a punto de surgir. Los burgueses no podrán tomar las riendas de un país al borde del colapso; además nosotros no se lo pondremos fácil.

—Debemos presionar a las bases para que revienten los intentos moderados. Nadie desea una democracia burguesa —dijo Trotsky.

—Hay que crear soviets que se conviertan en un poder paralelo en cada ciudad. Cuando la fruta esté madura, lo único que tendremos que hacer es tomarla del árbol —comentó Lenin.

—¿Qué haremos con la familia del zar?

—Espero que se marchen al exilio. No queremos que su figura empañe la revolución, todavía muchos campesinos siguen venerándolos. Si se quedan, tendrán que sufrir la suerte de la monarquía francesa tras la revolución: la guillotina —dijo Lenin.

—Organizaremos los soviets lo antes posible. También estamos preparando un ejército del partido, no podemos fiarnos de los generales zaristas. Ahora todos se harán pasar por revolucionarios y tenemos que estar preparados para frenar a esos burócratas —dijo Trotsky.

—Por desgracia, Rusia tiende a la plutocracia. Hay que hacerse con el banco nacional y con las reservas de oro y divisas, disolver la banca y hacernos con las grandes fortunas. También debemos parar la guerra cuanto antes y cumplir nuestros compromisos con Alemania. Rusia no sobrevivirá en medio de una guerra.

—Dictaremos las órdenes y en unos días nos haremos con el poder —dijo Trotsky.

—Muy bien, camarada, hemos regresado, pero esta vez nadie nos volverá a expulsar de nuestra amada Rusia. ¡Viva la revolución! —gritó Lenin.

—¡Arriba los bolcheviques! —le contestó Trotsky.

Cuando salió de la habitación, ya había recuperado la confianza perdida. Lenin seguía usándolo como su mano derecha, juntos llevarían a Rusia al colapso. A veces había que matar al paciente para poder luego resucitarlo.

Capítulo 101

Moscú, Rusia, 25 de febrero de 1917

Salieron de la granja al amanecer; dos días más de camino y estarían en el monasterio. Tendrían que tomar un tren en Moscú y dirigirse inmediatamente a Kozelsk. Todos estaban impacientes por llegar y temían que en Moscú el poder estuviera en manos de los comunistas, pero la capital parecía tranquila cuando llegaron a media tarde.

Las calles estaban desiertas, apenas había movimiento de personas y vehículos, como si el fantasma de la revolución hubiera devorado todo el tejido social de Rusia. Ana los llevó hasta la estación de trenes. Ella se separaría del grupo unos días, los suficientes para hacer el equipaje, reunir todo el dinero posible y recoger a sus hijos. Hércules y sus amigos esperaban estar de vuelta antes de tres días. Si no salían a tiempo de Rusia, la revolución les podría dejar atrapados entre dos frentes: la guerra con Alemania y la guerra civil interna.

—Muchas gracias por su ayuda. Espero verlos en unos días, oraré por ustedes. Ese monasterio tiene fama de ser una casa del Diablo, pero confío en que sabrán solucionar el misterio y regresar ilesos —dijo la mujer.

—Muchas gracias, Ana —contestó Alicia.

—Regresaremos a por usted y sus hijos. Dentro de quince días estaremos todos a salvo —comentó Hércules.

—Tengan cuidado, por favor —dijo Ana.

Caminaron por el andén en silencio hasta llegar al tren. No parecía muy lleno, como si la gente tuviera temor de estar lejos de casa en momentos tan difíciles para el país. Subieron al vagón y se despidieron de su amiga.

Cuando estuvieron instalados en su compartimento, fue Hércules el que comenzó la conversación.

—Mañana por la mañana estaremos en el monasterio. ¿Tiene alguna hipótesis para resolver este retorcido misterio?

—Lo cierto es que han pasado tantas cosas en estos días que apenas he tenido tiempo para meditar sobre ello —contestó Lincoln.

—Recapitulemos. Alguien en el monasterio de Optina está asesinando a los monjes, alguien que cree que allí se encuentra el original de *Los protocolos de los sabios de Sion*. El stárets mandó al hermano Juan para que contactara con nosotros para resolver el misterio, pero además tenía la misión secreta de recuperar el libro. Todo parece muy confuso.

Alicia frunció el ceño. No podía quitarse una idea de la cabeza.

—Lo cierto es que tenemos el libro y que unos rusos nos persiguen, seguramente partidarios del zar —dijo la mujer.

—Pero ¿qué interés tiene el zar en todo esto? —preguntó Lincoln.

—El zar está en una situación delicada, sin duda cree que el libro puede ayudarlo en parte —dijo Hércules.

—¿Cómo puede ayudarlo? —preguntó Alicia.

—Eso es justo lo que tenemos que averiguar. Los crímenes, el libro y nuestros perseguidores tienen un punto en común, pero no acierto a descubrirlo —dijo Hércules.

—El libro es muy importante. Jung y su grupo lo querían a toda costa, los judíos querían deshacerse de él, el zar lo está buscando y el stárets, ese tal Nilus, lo mandó buscar. Sin duda la clave está en el libro y el manuscrito original que se guarda en el monasterio —continuó.

Lincoln observó el paisaje nevado por la ventana. La alfombra blanca lo cubría todo, adornando los árboles desnudos y los tejados medio hundidos del pobre y famélico imperio.

—¿Por qué hizo Ana referencia a la fama del monasterio como casa del Diablo? —preguntó Lincoln.

—Leyendas de viejas, seguramente —comentó Hércules.

—¿Crees que alguna fuerza del mal está detrás de todo esto? —preguntó Alicia a Lincoln.

—La fuerza del mal actúa en la tierra y puede que, de algún modo, esas fuerzas del mal estén preparando algún tipo de destrucción, algo que puede desatar ese libro y que debemos impedir a toda costa —sugirió Lincoln.

—El mal no existe. Los hombres hacemos, según nuestra voluntad, cosas egoístas y altruistas. Las consecuencias de nuestras acciones producen otras, si son positivas lo llamamos bien y si son negativas lo llamamos mal —sugirió Hércules.

—Todo no se puede explicar con la razón —refunfuñó Lincoln.

—Me temo que sí, todo tiene una explicación lógica y este caso no es diferente, querido Lincoln.

Capítulo 102

Moscú, Rusia, 26 de febrero de 1917

Pavel cambió de vehículo, la carretera que unía las dos ciudades no se encontraba en buen estado. La guerra había deteriorado aún más las infraestructuras, el imperio estaba al borde de la bancarrota y toda la culpa era de esos malditos comunistas. Antes de dirigirse al monasterio pasó por el despacho de las Centurias Negras. Las cosas no habían cambiado mucho, seguía tan solitario como unos días antes.

El general estaba en su despacho. Pavel entró y miró directamente a los ojos del general.

—¿Qué sucede? ¿Qué está haciendo en Moscú?

—Persiguiendo a esos malditos extranjeros —dijo Pavel.

—El Gobierno del zar está acabado, hoy me llegan noticias de que tendrá que abdicar y dejará paso a un Gobierno provisional —dijo el general.

—Dios ha hecho grande a Rusia todos estos siglos, gracias al amor y protección del zar, ¿qué será de nosotros ahora?

—Tendremos que adaptarnos a los nuevos tiempos —dijo el general.

—Yo nunca traicionaré a Rusia —aseguró Pavel.

—No estamos traicionando a Rusia. Si no actuamos pronto, dejaremos el Gobierno en manos de esos malditos bolcheviques.

Esos comunistas son capaces de destruirlo todo, pero con un Gobierno fuerte, la amenaza desaparecerá —dijo el general.

—Acabo de regresar de San Petersburgo, ningún plan político detendrá esta avalancha comunista. La única manera es haciendo un baño de sangre, y el Gobierno provisional no será capaz de parar a los bolcheviques. Hay que sacar el complot de los comunistas a la luz —dijo Pavel.

—Lo siento, pero la partida ha terminado.

Pavel se puso de pie e hincó su mirada en el general.

—De esa manera traiciona al zar. Es usted un traidor —dijo Pavel.

—No le consiento que me hable en ese tono —dijo el general.

—¿Qué no me consiente? —dijo Pavel. Después sacó la pistola y le apuntó en el pecho.

El general se quedó paralizado por el miedo. Levantó las manos y se separó de la mesa.

—¿Qué va a hacer? —pregunto el general asustado.

—Ganar esta guerra, sacudirnos de nuevo a los comunistas de encima y prender la llama que haga que toda Europa se calcine. Si dejamos que la revolución triunfe en Rusia, condenaremos al mundo a su destrucción —dijo Pavel.

—Estoy de acuerdo con usted, estamos en el mismo bando —dijo el general.

—No lo estamos, señor —dijo Pavel disparando sobre su superior.

Capítulo 103

San Petersburgo, Rusia, 27 de febrero de 1917

No era lo que esperaban. Hércules y sus amigos se habían imaginado un edificio medieval sobre una montaña apartada, pero el monasterio era un elegante edificio, que se erguía al final de un sendero recto, coronado por las típicas cúpulas bulbosas de los palacios y los templos rusos. La fachada estaba pintada de color verde y, a pesar de la nieve, algunos peregrinos se acercaban a la iglesia del monasterio para pedir consejo al stárets.

Hércules y sus amigos entraron en la iglesia y pudieron observar la cúpula central, aún renegrida por el humo del incendio. Afortunadamente el fuego no había afectado a las capillas laterales, pero las pinturas de la cúpula estaban completamente perdidas.

Uno de los hermanos se acercó a ellos y les preguntó si venían para pedir consejo al stárets.

—No, somos Hércules Guzmán Fox, Alicia Mantorella y George Lincoln, hemos venido a petición de su stárets —dijo Lincoln.

El monje los miró sorprendido. Nunca hubiera imaginado que el stárets pidiera ayuda a unos extranjeros para tratar un problema tan delicado.

—Por favor, acompañenme por aquí —dijo el monje mientras se dirigía a una puerta.

Caminaron por el claustro hasta llegar a una puerta, el monje llamó y después pasó. Unos segundos más tarde estaba de nuevo en el umbral invitándolos a entrar.

—Gracias por venir de tan lejos —dijo el stárets.

—El hermano Juan nos pidió ayuda y no pudimos negarle nuestro apoyo —dijo Alicia.

—De todas formas, unos investigadores tan conocidos como ustedes deben de estar sumamente ocupados —dijo el stárets.

—Lo cierto es que no aceptamos casos, simplemente acudimos en ayuda de la gente que lo necesita —dijo Lincoln.

—Será mejor que nos ponga en antecedentes. De un momento a otro podemos recibir una visita desagradable —dijo Hércules apremiando al monje.

El stárets los invitó a sentarse y después comenzó a relatarles lo sucedido.

—Este monasterio es uno de los más importantes de Rusia, fue construido en el siglo XVI, pero tras un incendio fue reconstruido el siglo pasado —dijo el monje.

—Veo que los incendios son comunes aquí —dijo Lincoln.

—Hay muchas cosas de madera y las velas son muy peligrosas —apuntó el monje.

—A principios del siglo pasado muchos peregrinos comenzaron a llegar aquí para pedir consejo. Personas muy importantes han venido hasta este monasterio, entre

ellos varios zares —explicó el hombre.

Alicia contempló la cara bondadosa del stárets, con su larga barba blanca y su pelo largo. Parecía un hombre santo, era normal que la gente fuera hasta allí para pedirle consejo.

—¿Qué está sucediendo en el monasterio? —preguntó impaciente Hércules.

—El Diablo está atacando a la congregación. Primero murieron los hermanos Santiago y Pedro; todos creímos que había sido debido a un accidente, los dos estaban arreglando la campana. Un rayo la había partido en dos y había peligro de que se derrumbase. Desdichadamente, alguien había aflojado la cuerda y se les cayó encima. Después, el hermano Daniil, nuestro restaurador y pintor, murió abrasado por un incendio que creíamos fortuito. Ahora otros dos hermanos más han muerto, el último el anciano bibliotecario. Sin duda es cosa del Demonio —dijo el stárets.

—Si se trata del Demonio, nosotros no podemos hacer nada, pero si es cosa de uno de los hermanos de la congregación, lo descubriremos —dijo Hércules.

—¿Consiguieron el libro? —preguntó el stárets.

—Es curioso que nos pregunte por el libro y no por lo sucedido al hermano Juan —dijo Alicia.

—El hermano Juan sufría visiones, la última que tuvo antes de partir fue que moriría en su empeño de traer el libro —explicó el monje.

—¿Qué relación tiene el libro con las muertes? —preguntó Lincoln.

—No lo sé, puede que esos malditos judíos nos hayan lanzado una maldición —comentó el monje.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué le han hecho los judíos? —preguntó Alicia.

—¿Le parece poco? Están destruyendo el mundo con sus ideas, además roban a los buenos cristianos a través de la usura —dijo el monje.

Hércules observó que la cara del venerable anciano se transformaba cuando oía hablar de los judíos.

—Creemos que las dos cosas están relacionadas. El asesino busca el texto original en el que se basa el libro. ¿Usted escribió el libro? —preguntó Hércules.

—Yo no lo escribí, fue Dios mismo el que lo hizo. Quería acabar con las mentiras de ese pueblo que negó a Cristo, no merece la pena que viva ni uno solo de ellos —dijo el monje.

—Son el Pueblo Elegido —dijo Lincoln.

—Lo eran, al negar a Cristo perdieron todos sus privilegios —contestó el monje.

Lo miraron sorprendidos, aquel hombre estaba lleno de odio y resentimiento.

—¿Puede reunir a todos los monjes en la sala capitular? Quiero hablar con cada uno de ellos, pasarán de uno en uno —dijo Hércules.

—Están haciendo sus tareas, pero los iré avisando —comentó el stárets.

—Gracias —dijo Hércules.

Llegaron a la sala capitular, era amplia y tenía un banco de piedra pegado a la pared. Se sentaron allí y esperaron a que llegara el primer hermano.

—Esto nos tomará demasiado tiempo —reflexionó Lincoln.

—No veo otra forma —contestó Hércules.

—Ese monje es un antijudío, no veo para qué vamos a ayudarlo —dijo Alicia.

—Alguien está matando a estos monjes, ese alguien nos desvelará qué hay tan importante en el manuscrito para que mate por ello —dijo Hércules.

—¿No sería más fácil que nos lo diera el stárets? —preguntó Lincoln.

—No lo hará, la única manera de conseguir el manuscrito es ganarnos su confianza y coger al asesino —dijo Hércules.

—Pero las Centurias Negras están detrás de nuestra pista, no tardarán en aparecer por aquí —dijo Alicia.

—Tengo una pista sobre el posible asesino, será más rápido de lo que creen, pero para resolver este caso, necesito que Alicia esté fuera, controlando que pasen todos por orden.

Aquellas palabras de Hércules le sonaban a excusa, muchas veces la marginaba de la investigación principal, como si las mujeres no fueran capaces de hacer las mismas cosas que los hombres.

Cuando los dos se quedaron solos, Lincoln le preguntó cómo lo iba a hacer. Su amigo se limitó a sonreírle y decir:

—Hay pequeños detalles que lo son todo...

Capítulo 104

Camino del monasterio de Optina, Rusia,

27 de febrero de 1917

Pavel respiró el gélido aire del camino. Se sentía angustiado. En las últimas semanas los rostros de las personas que había asesinado se asomaban a sus sueños y no lo dejaban descansar. El aire fresco le hizo recuperar la calma y, cuando introdujo la cara de nuevo en el vehículo, un extraño pensamiento lo hizo estremecer. Era el recuerdo de su infancia en Kiev, una niñez feliz y placentera, pero con un momento oscuro que no lograba recordar: la muerte de su madre.

Pavel intentó borrar sus pensamientos, pero estos le sacudieron el cerebro como un látigo de cuero.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó uno de sus hombres.

Su cara estaba pálida como el yeso y no supo qué contestar. Sus hombres debían soportar una férrea disciplina y castigos físicos ante el más mínimo signo de debilidad.

—Estoy bien, simplemente me encuentro mareado —respondió Pavel.

Cerró los ojos y rememoró el último verano en la dacha de sus abuelos. Hacía mucho calor, el campo estaba seco y ya quedaba poco para el final del verano. Todos dormían la siesta, cuando él escuchó unos gemidos y se levantó de la cama y se acercó con sigilo a la puerta de sus padres. La abrió con cuidado y contempló sus cuerpos desnudos, aquello le inquietó, pero de repente, su padre puso una almohada sobre el rostro de su madre y comenzó a asfixiarla. Pavel observó la escena aterrorizado y paralizado por el miedo. El entierro fue al día siguiente, todos decían que había muerto de un ataque al corazón, pero él sabía la verdad. Su padre la había asesinado. Juró vengarse algún día, su madre era lo que más quería en el mundo.

Cuando cumplió los doce años tuvo la oportunidad de vengar la muerte de su madre. Su padre se acostó bebido después de una fiesta, él se acercó hasta el lecho y tomó una almohada. Quería que sintiera lo mismo que había sentido ella, pero apenas reaccionó, estaba tan borracho que no se despertó del todo. Lo que horrorizó a Pavel fue comprender que, con aquel acto, se había convertido en un asesino como su padre. Durante años olvidó aquello, como si nunca hubiera sucedido. Su conciencia estaba completamente anulada, pero en los últimos meses todo había cambiado de nuevo. Volvía a tener sentimientos y eso lo asustaba, tendría que esforzarse y cumplir con su deber, nada podía distraerlo. Si tenía que volver a matar, lo haría sin dilación.

Capítulo 105

Monasterio de Optina, Rusia, 27 de febrero de 1917

Cuando el primer monje entró en la sala, Hércules pidió al stárets que tradujera sus palabras.

—Estimado hermano, tengo que pedirle que haga un sacrificio para que podamos encontrar al culpable. Necesito que se quite el hábito y me enseñe sus genitales.

El monje miró a su superior confundido y este asintió y lo autorizó con la cabeza. Lentamente se quitó el hábito.

—¿Por qué les pide que hagan eso? —preguntó Lincoln.

—Sin duda el asesino es judío, quiere hacerse con el manuscrito y está dispuesto a hacerlo a cualquier precio, pero lo único que no puede ocultar es su circuncisión, ¿sabe que los judíos circuncidan a los niños al octavo día como señal de pertenencia al pueblo de Israel?

Lincoln se quedó sorprendido por la habilidad de su amigo.

—Pero también hay gentiles que se circuncidan, algunos por razones médicas —dijo el norteamericano.

—Es posible, pero remoto. En el caso de que hubiera dos sospechosos, habríamos reducido a los sospechosos en un noventa por ciento. ¿No cree?

Uno a uno fueron pasando todos los hermanos del monasterio, pero Hércules pidió al stárets que ninguno saliera para prevenir al resto. Ninguno de ellos estaba circuncidado.

—¿Ya no hay más monjes? —preguntó extrañado Hércules.

—El único que queda es el hermano Felipe. Es un joven que recogimos hace un par de años, su verdadero nombre es Héctor —dijo el stárets.

—¿Dónde está? —preguntó Hércules.

—El hermano es el encargado de cuidar a las ovejas, suele salir temprano y no regresa hasta la noche —dijo el monje.

—¿Podríamos ir a buscarlo? —preguntó Lincoln.

—Sí, suele llevar a las ovejas a un prado a media hora de camino.

Cuando salieron del edificio, Alicia los miró enfadada.

—¿Ya habéis terminado? ¿Se puede saber qué era eso tan misterioso que yo no podía ver?

—Creo que esta vez tenía razón Hércules —dijo Lincoln.

—No puedo creer que te pongas de su lado —dijo Alicia.

—Pero, Alicia...

—No hay peros que valgan, creo que puedo hacer lo mismo que vosotros, el ser mujer no me incapacita para nada.

—Querida Alicia, teníamos que comprobar que los prepucios de todos los monjes no habían sido cortados —dijo Hércules.

Alicia se puso roja como un tomate, mientras que los dos hombres comenzaron a reír a carcajadas.

Capítulo 106

Monasterio de Optina, Rusia, 27 de febrero de 1917

Cuando Pavel llegó al monasterio, el stárets se había ido con los extranjeros. Las Centurias Negras interrogaron uno a uno a todos los monjes, revisaron todas las celdas y acto seguido mataron uno a uno a cada hermano, con lo que esperaban que, asustados, el resto hablara, pero nadie sabía nada. Era un sacrificio necesario, el imperio estaba antes que la vida de unos vulgares monjes.

Uno de los religiosos le había dicho que el grupo había ido a un campo cercano para interrogar a uno de los hermanos. Pavel y sus hombres abandonaron el monasterio y fueron en su busca.

Después de media hora de marcha, llegaron hasta un gran prado. Allí pastaba tranquilo un rebaño de ovejas, que apenas se alteró al ver a la media docena de soldados.

Pavel buscó por todo el prado, pero no había ni rastro de los extranjeros.

—Maldita sea, ¿dónde se han metido?

—¿Quiere que regresemos al monasterio?

—Que cuatro de los hombres regresen, usted y yo seguiremos buscando por aquí —dijo Pavel.

Caminaron en círculo intentando encontrar el rastro de los fugitivos, pero parecía como si los hubiera tragado la tierra.

Capítulo 107

Monasterio de Optina, Rusia, 27 de febrero de 1917

Hércules estaba en lo cierto: en cuanto el monje los vio aparecer, comenzó a correr en dirección opuesta. Los cuatro se pusieron en marcha, pero Alicia, debido al pesado vestido, y el stárets se quedaron atrás.

El monje desapareció entre los árboles que bordeaban el riachuelo. Lo siguieron un buen rato río arriba sin poder dar con él, pero cuando estaban a punto de rendirse, Lincoln vio que ascendía por unas rocas.

—Allí, Hércules —señaló el norteamericano.

El español extrajo su arma y disparó a un costado del monje. Este se quedó parado; entonces Hércules le advirtió que si se movía, esta vez dispararía a su cuerpo. Le ordenó que bajara lentamente y se acercara a ellos.

—¿Hermano Felipe? Necesito que haga algo, quiero que se quite el hábito —dijo Hércules.

El monje era joven, de piel clara y muy rubio. Se levantó el hábito. Hércules estaba en lo cierto, estaba circuncidado.

—Usted mató a esos seis monjes —dijo Lincoln.

Costaba creer que un hombre de rasgos dulces y mirada clara fuera el autor de tantos asesinatos.

—Ellos componen una sociedad secreta llamada «Hijos del Diablo». Desean la aniquilación del pueblo judío. ¿No lo entienden? He matado a los hijos del mismo Diablo, no me pueden culpar por eso.

—¿Se ha vuelto loco? Eran simples monjes —dijo Hércules.

—No lo son, quieren que *El testamento del Diablo* vea la luz y todas sus mentiras se extiendan por la tierra. ¿Quién podrá pararlos entonces?

Lincoln se preguntó qué parte de verdad había en las palabras de aquel hombre. Ya los habían advertido de los rumores que circulaban sobre el monasterio. ¿Podría ser un grupo de exaltados satanistas? Nilus no parecía un hombre maligno.

—¿Cómo podemos confiar en sus palabras? —preguntó Lincoln.

—Encuentren el manuscrito. En él se habla de los verdaderos protocolos de Sion. Los judíos no tenemos un plan para gobernar el mundo, son ellos los que lo tienen, ¿no lo entienden?

Cuando el stárets y Alicia llegaron hasta el resto del grupo, el hermano Felipe se quedó mudo.

—¡Maldito bastardo! Eras tú el que mataba a sus hermanos. Nosotros te acogimos hace dos años, cuando apareciste en el monasterio, nadie te preguntó ni te pidió nada, te tratamos como a uno de los nuestros y nos lo pagas así.

—¡Sois de vuestro padre el Diablo! ¡Queréis destruir a mi pueblo! —gritó el joven.

Un disparo resonó entre las montañas. Cuando miraron atrás, vieron a Pavel junto a uno de sus hombres. Entonces escucharon un gemido, y el hermano Felipe cayó al suelo muerto.

—Hay que ponerse a cubierto —dijo Hércules respondiendo al fuego.

Pavel disparaba con un rifle y las armas de Hércules y sus amigos no podían darle alcance. Se escondieron detrás de unas rocas, si quería atraparlos debería acercarse lo suficiente como para ponerse a tiro. El stárets arrastró el cuerpo del muerto y, resguardado por las rocas, le dio la extremaunción.

Los disparos no cesaron en un buen rato. Cuando Hércules volvió a asomar la cabeza, ya no había nadie enfrente de ellos.

—Está pensando en rodear el risco y aparecer por allí arriba; si consigue subir, no tendremos escapatoria. Tienen que entretener al otro soldado mientras yo escalo —dijo Hércules.

—Es muy peligroso —repuso Alicia.

—No hay otro remedio.

Alicia y Lincoln comenzaron a disparar mientras Hércules se agarraba a una roca y comenzaba a subir. La pared era casi vertical, tardaría algunos minutos en llegar a la cima. Mientras comenzaba el ascenso, escuchó en varias ocasiones que los proyectiles se incrustaban en la roca. Era un blanco fácil, pero los disparos de sus amigos ralentizaban los del soldado.

Unos minutos más tarde, sus dedos tocaron la roca más alta. Estaba a punto de encaramarse cuando notó un zapato que le pisaba la mano. Cuando alzó la mirada, allí estaba Pavel, con su cabeza rapada, sus ojos pequeños, azules y malévolos, mirándolo fijamente.

—Bonito intento, pero ahora me toca jugar a mí. Tengo a tiro a la damisela, aunque esa pieza prefiero cazarla de otra manera. También tengo al negro, verdadera bazofia. El monje todavía me es de utilidad. Creo que empezaré por el negro.

Pavel disparó su fusil, pero en ese momento Hércules se aferró a la otra pierna con la mano que le quedaba y el disparo alcanzó a Lincoln en el hombro.

—Maldita sea —dijo Pavel.

Hércules dio un salto y derrumbó a su enemigo. Los dos forcejearon con el arma y al final, el español logró desarmarlo. Pavel extrajo un cuchillo de la bota, que pasó rozando el cuello de Hércules. El español le cogió la mano y comenzó a acercársela al cuello al ruso. Este se revolvió y se colocó encima de Hércules, acercando el cuchillo a su cara. La furia le hacía babear como un perro rabioso.

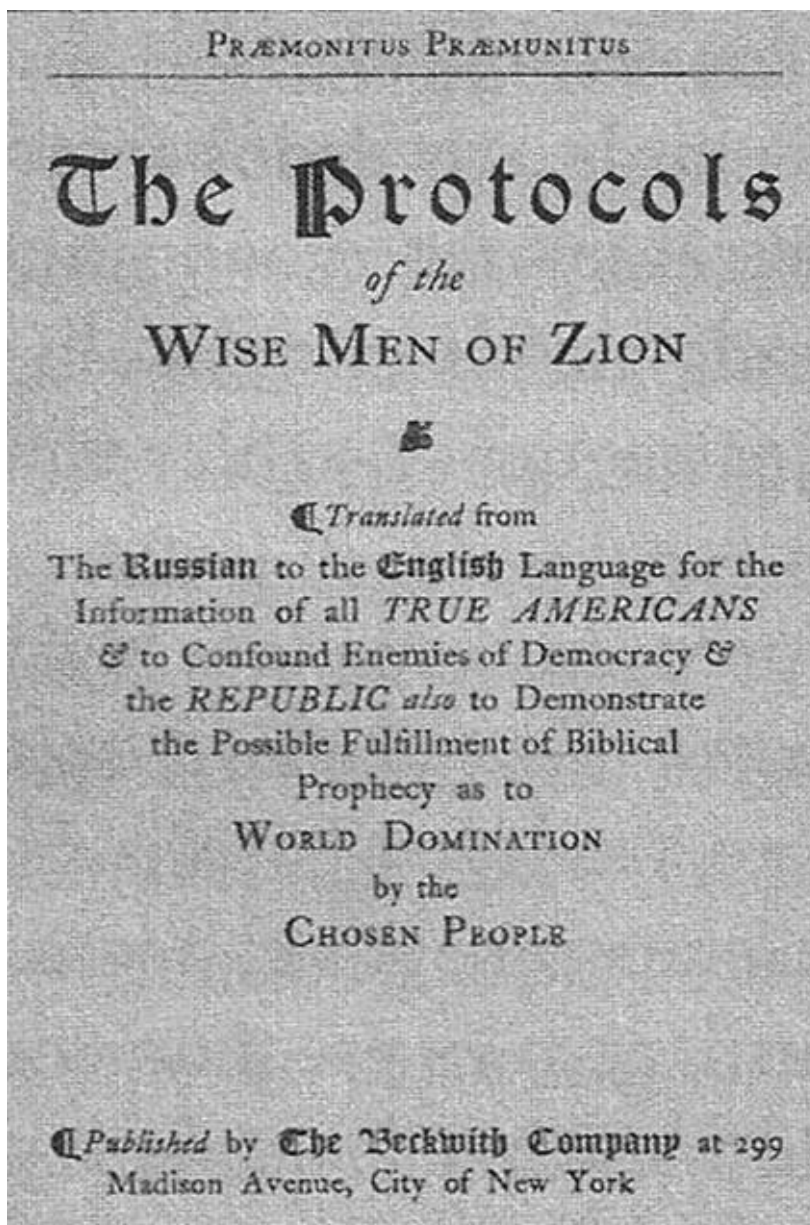
Los disparos continuaban abajo, mientras los dos hombres luchaban por su vida. Hércules intentó aguantar la presión, pero aún tenía el brazo débil por sus anteriores heridas y comenzó a flojear.

—Creo que se ha terminado tu suerte —dijo Pavel, sonriendo.

—No conseguirás lo que quieres —replicó Hércules, casi sin aliento.

—Cuando mueras, los demás no resistirán mucho.

El cuchillo empezó a hincarse lentamente en el cuello de Hércules y el dolor comenzó a debilitar aún más su brazo. El español cerró los ojos e hizo un último esfuerzo para resistir. A continuación se escuchó un suspiro profundo y todo se volvió borroso.



Edición norteamericana de los protocolos de los sabios de Sion

Capítulo 108

Monasterio de Optina, Rusia, 27 de febrero de 1917

Alicia sacó el cuchillo de la espalda de Pavel y este se desplomó sobre Hércules. Cuando la mujer intentó levantar a su amigo, este apenas podía reaccionar.

—Tenemos que irnos cuanto antes —dijo Alicia, mientras ponía en pie a Hércules.

El español comenzó a caminar y después miró el precipicio.

—¿Tenemos que bajar por ahí? —preguntó medio mareado.

—Creo que no hay otro camino —contestó Alicia.

—Por la cascada, por lo menos caeremos en blando —dijo en broma Hércules.

La altura era de unos diez metros y, aunque el fondo parecía profundo, no sabían si había rocas superficiales ocultas entre la espuma. Primero se lanzó Hércules, casi sin pensar; después lo hizo Alicia. Durante unos segundos permanecieron bajo el agua, sintiendo la presión de la corriente y el frescor reparador del río. Se acercaron a la orilla y vieron a Lincoln agarrándose el brazo y al stárets a su lado.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Hércules.

—El otro sigue ahí —informó Lincoln.

—Creo que ha huido al ver caer a su jefe —contestó Hércules.

Salieron de entre las rocas y se dirigieron al monasterio. Debían recuperar su vehículo y regresar a Moscú, para de allí huir a algún país de Europa Occidental. Cuando llegaron al monasterio, el espectáculo fue estremecedor. Todos los hermanos estaban muertos. El stárets comenzó a darles la extremaunción uno a uno, sin poder evitar llorar de rabia e impotencia.

Tras enterrar a los monjes en una fosa común, el stárets les pidió que lo esperaran mientras él iba a recoger sus cosas. Se dirigiría con ellos a Moscú, aquello ya no era un sitio seguro.

Cogieron uno de los carros del monasterio y comenzaron su lenta marcha hasta el pueblo más cercano, donde tomarían un tren para Moscú. La misión estaba cumplida, ya únicamente les quedaba regresar a casa.

CUARTA PARTE

El zar rojo



Capítulo 109

Monasterio de Optina, Rusia, 28 de febrero de 1917

Pavel logró ponerse en pie y acercarse al río para refrescarse la cara. El dolor en la espalda era muy intenso, pero extrajo de sus bolsillos una de las hierbas que usaban para anestesiar el dolor cuando sufrían alguna herida. Intentó erguirse, pero le fue imposible. Caminó a gatas por todo el prado, hasta alcanzar el monasterio. Buscó entre los animales, pero lo único que encontró fue un burro. Le puso una manta y se montó sobre él.

El animal caminó despacio hasta salir del monasterio. El silencio reinaba por todas partes, como si el mundo se hubiera parado de repente.

Después de casi un día de camino, Pavel llegó hasta un pueblo cercano y fue directamente a la comisaría de policía. Tras avisar de su rango y posición, le curaron las heridas y lo llevaron hasta el hospital de una ciudad cercana.

Mientras permanecía convaleciente, en lo único que pensaba era en cómo vengarse de esos malditos extranjeros.

Capítulo 110

Moscú, Rusia, 2 de marzo de 1917

El salón del palacete era muy acogedor. Junto a la chimenea había dos amplios sillones y varias sillas. La alfombra persa adornaba el suelo, cubriendo las láminas de madera negra y dando más calidez al ambiente. La situación en Rusia empeoraba por momentos.

—Las cosas están demasiado descontroladas en San Petersburgo como para intentar salir del país por allí —dijo Ana.

En los últimos días todos se habían quedado en su casa a la espera de que las comunicaciones mejoraran, pero el soviet de la ciudad tenía el poder real, aunque el Gobierno provisional intentara controlar la situación.

—¿Dónde está el zar? —preguntó Lincoln.

—En el frente, salió dos días después de las primeras revueltas, creyendo que todo estaba controlado —dijo Ana.

—¿El ejército no va a hacer nada? —preguntó Hércules.

—Yo no entiendo mucho de política, pero para que un pueblo se alce de esta manera, debe de haber estado sometido ferozmente —dijo Alicia.

—No les negaré que mi amada patria tiene grandes bolsas de pobreza y desigualdad, pero las cosas no se van a solucionar con esos salvajes. Están ávidos de sangre y dinero —dijo Ana.

—El rey ha abdicado en su hermano, pero los revolucionarios no se han conformado. El Gobierno provisional ha prometido reformas, pero nadie les obedece. Todo está al borde del caos —dijo el stárets.

—La única solución para Rusia es que aplaste a esos bolcheviques —comentó Ana.

—Mañana partiremos aunque tengamos que recorrer el país en coche. Los caminos pueden ser peligrosos, pero la revolución terminará por llegar aquí —dijo Hércules.

—Yo los acompañaré, este viejo tiene algo que hacer antes de morir —dijo el stárets.

Cuando el anciano se fue a dormir, Lincoln no pudo dejar de hacer un comentario sobre su extraño comportamiento:

—¿Se han fijado en que nunca se separa de esa maleta? La lleva a todas partes.

—Sí, creíamos que todo se había quemado en el incendio del monasterio, pero él recogió algo antes de que nos marcháramos —dijo Alicia.

—Esconde el manuscrito —dijo Hércules—, lo que no sé es qué pretende hacer con él. Debemos intentar quitárselo y ponerlo a buen recaudo junto al libro —dijo Lincoln.

—¿No escucharon las palabras del hermano Felipe? El dijo que los monjes

pertenecían a un grupo satanista y que conspiraban para gobernar el mundo —dijo Alicia.

—Ese hombre estaba loco —comentó Hércules.

—Loco o no, parecía aterrorizado cuando vio llegar al stárets —dijo Lincoln.

—Se sintió atrapado, habíamos descubierto sus crímenes —dijo Hércules.

—No quedó claro el porqué. Sabemos que el monje mató al resto de sus hermanos, pero ¿cuál fue la causa? —dijo Alicia.

—Hay gente que simplemente está loca, que se imagina cosas. Ese pobre hombre era uno de ellos. El culto al Diablo es algo tan falaz como cualquier otra práctica religiosa —dijo Hércules.

Ana se puso en pie y comenzó a contarles la historia del monasterio.

—¿Sabían que el monasterio se quemó en el siglo XVI?

—Sí, nos lo dijo el stárets. Los incendios son una cosa común en lugares con velas y madera —explicó Hércules.

—Eso es cierto, pero la leyenda habla de que en aquel sitio antiguamente había monjes y monjas, la palabra *optina* significa «juntos». Muchos dicen que compartían mucho más que la oración. Los campesinos les habían visto hacer sacrificios de animales y otros hablaban de orgías en las que hombres y mujeres se entregaban con lascivia.

—Eso no es nada nuevo —dijo Hércules.

—Una de las noches de luna nueva, uno de los hermanos que no había caído en pecado siguió al resto hasta el campo en donde hacían sus rituales. Los monjes se dieron cuenta y lo siguieron hasta la capilla, allí se encerró el desdichado. Ellos prendieron fuego a la iglesia, para que él no pudiera denunciarlos, pero el fuego se extendió y murieron todos —explicó Ana.

—¿Por qué volvieron a construirlo? —preguntó Alicia.

—La gente del lugar veneraba aquel sitio. Había sido un altar pagano antes de que llegara el cristianismo; muchos creen que un demonio es el dios que adoraba aquella gente —dijo Ana.

Todos se quedaron impresionados por el relato de la mujer.

—Parece una simple leyenda, pero sin duda todas las leyendas encierran una parte de verdad —dijo Lincoln.

—No importa mucho si la leyenda es cierta o no. Lo que debemos hacer es conseguir el manuscrito, prefiero que esté en mis manos que en las del stárets. La cuestión es: ¿cómo conseguirlo?

Capítulo 111

San Petersburgo, Rusia, 3 de marzo de 1917

La ciudad parecía impulsada por una euforia sin precedentes. La abdicación del zar había abierto las puertas a un mundo nuevo, pero la mayoría de los rusos no sabía hacia dónde derivaría la revolución. El Gobierno provisional se esforzaba por mantener el orden, pero sabían que no podían emplear la fuerza contra los manifestantes, ni evitar que estos se reunieran en comité para tomar todo tipo de decisiones. Los burgueses intentaban escapar de la ciudad a toda prisa, convencidos de que el ejército intentaría reorganizarse y aplastar a los insurrectos. El caos y la confusión se apoderaban de las instituciones.

Lenin sabía que el mejor momento para conquistar el poder era ahora. Si las instituciones lograban estabilizarse y paliar el hambre, muchos elegirían la tranquilidad frente a lo desconocido. Los mencheviques, que dominaban grandes partes de los soviets, querían una revolución lenta, de pasos cortos, pero firmes. Lenin tenía que actuar con presteza.

—Los pasos que deben darse son claros: lo primero es seguir creando soviets, desestabilizando los que no dominamos y provocar así el colapso del Gobierno. Después debemos actuar contra la figura del Estado —dijo Lenin.

—¿Qué quiere decir con eso, camarada? —preguntó Trotsky.

—Está claro. Tenemos que cortar algunas cabezas, algunas de ellas coronadas —dijo Stalin, que se había unido a la reunión en el último momento.

Trotsky miró de reojo al director del *Pravda*. Era el hombre más poderoso dentro del partido en Rusia. El exilio de Lenin, y de él mismo, había favorecido el ascenso de una de las alas más radicales. Un grupo dispuesto a todo por alcanzar el poder.

—¿Cuáles son los pasos que debemos seguir? —preguntó Trotsky.

—El príncipe Georgi Yevgénievich L'vov está desprestigiado antes incluso de comenzar a gobernar: su socio Alexandre Fiódorovich Kérenski, es un traidor a la causa. Utilicemos nuestros medios para desprestigiarlos —dijo Stalin.

—Perfecto. No podemos permitir que estos tipos controlen el poder, hemos esperado demasiado —dijo Lenin.

—Pero lo mejor sería que el pueblo decidiera quién los representa —dijo Trotsky.

—El pueblo ha vivido en la ignorancia; es un niño y no puede tomar decisiones sin nuestra tutela —dijo Stalin.

Trotsky hizo un gesto de desagrado y después esperó a que Lenin apoyara su postura, pero el líder comunista se limitó a sonreír y dijo:

—Stalin conoce la situación mejor que nosotros. Que comience la campaña contra el Gobierno provisional. Ya sabéis: agitadores, disturbios en las colas de racionamiento, prensa y trapos sucios —dijo Lenin.

—¿Qué hacemos con la familia real? —preguntó Stalin.

—Los dejen bajo vuestra custodia. Deben estar controlados en todo momento, pueden aglutinar todavía a muchos partidarios —dijo Lenin.

—¿No sería mejor exiliarlos? —preguntó Trotsky.

—Son ciudadanos como nosotros, tienen derecho a disfrutar de la nueva Rusia —ironizó Stalin.

—Que los saquen de la ciudad, será mejor que se instalen en Tsárskoye Seló. Allí estarán alejados de los golpes de mano del Gobierno, pero lo suficientemente cerca para que no escapen a nuestro control —dijo Lenin.

—Lo haremos de inmediato —dijo Stalin.

—Camaradas, el juego ha comenzado. Espero que estén a la altura. La historia nos contempla y espero que algún día el mundo mire asombrado lo que hemos hecho en nuestra amada Rusia. ¡Viva la libertad! ¡Viva el comunismo! ¡Abajo los tiranos!

El grupo respondió a coro. Después Lenin se quedó solo unos segundos. Sentía que al fin había llegado el momento, pero era consciente de que, si triunfaban, se encontraría con un imperio desmoronado por las obsesiones melómanas de un zar inmaduro. Debería levantar el Estado, crear una nueva sociedad y barrer las ideologías burguesas. Sería un trabajo duro, pero estaba dispuesto a dedicar toda su vida a ello.

Capítulo 112

Palacio de Tsárskoye Seló, Rusia, 4 de marzo de 1917

Cuando Nicolás y Alejandra comprobaron las habitaciones, todo parecía en orden. Al menos esos bolcheviques les habían dejado un lugar decente en el que cobijarse, pensó Alejandra. La situación era muy peligrosa y ella había insistido a su esposo en que mandaran a los niños a Finlandia y desde allí a Inglaterra, pero Nicolás no quería separar a la familia.

—Estaremos un tiempo aquí. En cuanto la situación mejore, nos pedirán que regresemos al poder —dijo Nicolás.

—¿Estás seguro, querido? —preguntó Alejandra.

—Rusia es el zar y el zar es Rusia. Nos necesitan. El hambre, la guerra y la manipulación han puesto a las masas en nuestra contra, pero en cuanto la situación mejore y los generales tomen el control...

—Rasputín profetizó que si alguien de la familia real lo mataba, su maldición caería sobre nosotros. Nada podrá cambiar eso —dijo Alejandra.

Nicolás frunció el ceño. No podía creer que su esposa siguiera creyendo en las patrañas de ese falso profeta.

—Alejandra, te prohíbo que vuelvas a mencionar a ese farsante. Él nos ha metido en todo este lío. Nos daba una falsa visión de la realidad, nos alejó de nuestra misión y nos separó del pueblo —dijo Nicolás, alterado.

—También sanó a nuestro hijo y nos ayudó a...

—Rasputín era un falso monje, un mujeriego y un farsante —cortó él.

Alejandra se echó a llorar. Seguía fascinada por aquel hombre y su capacidad para transmitirle calma y paz. No entendía por qué su marido hablaba así de él.

—Kérenski no permitirá que nos suceda nada malo, somos amigos hace años. Simplemente tenemos que ser discretos, y aguantar y esperar con paciencia —aseguró Nicolás.

—Rezaré por Rusia y por nosotros —dijo Alejandra.

Nicolás dejó a su esposa y se dirigió al despacho. Afortunadamente ya estaban allí todos sus archivos. Se acercó a su secretario y le dijo:

—Hay que mandar una carta urgente. El envío ha de ser de máximo secreto y vía extraoficial. La carta está dirigida al comandante Pavel. Indique en ella que necesito el manuscrito de inmediato, es cuestión de vida o muerte. Que se presente aquí en cuanto lo tenga.

—Entendido, majestad.

El zar se sentó en la silla y respiró hondo. Si no conseguían el manuscrito a tiempo, nadie podría parar esa maldita revolución y desenmascarar a sus instigadores. Eran unos traidores y él lo demostraría.

Capítulo 113

Moscú, Rusia, 4 de marzo de 1917

Después de varios días indecisos, habían determinado emprender el viaje en coche hasta San Petersburgo y luego allí intentarían tomar un barco para Finlandia. Estaban bien armados y dispuestos a enfrentarse a cualquier peligro. El stárets había decidido acompañarlos hasta la ciudad, después separarían sus caminos. Ana y sus dos hijos también viajarían con ellos hasta Finlandia, más tarde decidirían si seguirlos hasta España o viajar a otro país. Lo complicado era recorrer una Rusia dominada por los soviets sin ser molestados por nadie. Por ello, Hércules había escrito una carta a Lenin pidiéndole un salvoconducto. A pesar de que este no ejercía ningún cargo público, su dominio sobre los soviets le confería más autoridad que el títere del Gobierno provisional de Kérenski.

El primer día de viaje pasó sin incidentes reseñables. Llegaron a la ciudad de Klin. Allí el soviet los recibió muy bien a pesar de llevar con ellos un monje y un miembro de la nobleza. Los llevaron a un viejo monasterio desocupado y se preocuparon de su atención hasta la partida al día siguiente.

Hércules quería aprovechar el viaje para sacarle toda la verdad al stárets, pero aún no había trazado un plan para hacerlo.

La cena tuvo lugar en la antigua mesa del comedor. La comida fue frugal, cada vez escaseaba más el suministro de alimentos, pero al menos estaba caliente y era comestible. Hércules se había sentado al lado del monje y decidió ir directo al grano.

—Hermano, hay algo que me sigue rondando la cabeza. ¿Por qué no me ha pedido que le devuelva el libro? ¿No envió al hermano Juan a por él?

—El libro nos pertenece. Estoy seguro de que en su momento usted tendrá la generosidad de entregármelo, por eso no he insistido —dijo el stárets.

—Hemos ojeado el libro. Habla sobre un plan judío para gobernar el mundo. ¿Realmente cree que eso es cierto?

—Naturalmente que lo creo, yo escribí el libro. Fui testigo de las reuniones de los sabios en Praga —dijo el stárets.

—¿Por qué le dejaron participar? ¿Es acaso judío? —preguntó Lincoln.

—Gracias a Dios, no. Mi familia es de origen suizo. Mi vida ha sido larga y he de confesar que he vivido parte de ella en pecado —dijo el stárets.

El grupo prestó atención al monje. Aquel hombre místico, de profunda religiosidad, no parecía precisamente un hombre libertino.

—Estudié derecho en la Universidad de Moscú, después logré hacerme magistrado y reuní una fortuna considerable. Viví con mi amante, derrochando el dinero y el tiempo en los placeres de este mundo. Entonces comprendí mi error y me convertí a la iglesia ortodoxa. Escribí un libro que tuvo cierto éxito: *Lo grande en lo pequeño: La venida del Anticristo y el dominio de Satanás en la Tierra*.

—He leído ese libro —dijo Ana.

—¿De qué trata el libro? —preguntó Alicia.

—De la llegada del Anticristo y de su gobierno en la tierra. El mundo pertenece al Diablo y durante generaciones los hombres lo han servido, pero todavía Dios ayuda a sus hijos. Sin embargo, habrá un momento en que se levantará un judío, según revelan las Sagradas Escrituras, y en ese momento todos serán sometidos a su voluntad —dijo Ana.

—Parece una historia de miedo —dijo Hércules.

El monje lo miró de reojo. No soportaba que se burlaran de ese tipo de cosas.

—Los judíos han realizado un plan para la llegada del Anticristo. Para ello han creado el sistema capitalista, incrementando la usura y la avaricia. Pero como sabían que eso no podría someter a todos los hombres, ahora han creado el comunismo, que es mucho peor —dijo el monje.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Lincoln.

—Después de escribir el libro recibí una carta de un profesor llamado Jacob Micha —dijo el monje.

—¿Se llama Jacob Micha? —preguntó Hércules, mostrando más interés.

—Sí, Jacob Micha me facilitó la llegada a Praga. Me presenté con una identidad falsa, suplantando a un viejo rabino norteamericano, ya que sé varios idiomas. Ellos me aceptaron en su grupo y asistí a las reuniones.

—¿Cómo podemos estar seguros de que todo eso no es mentira? —preguntó Alicia.

—Tomé acta de todo. Ellos me pidieron que ejerciera de secretario, pero cuando terminaron las reuniones me escapé con el manuscrito y escribí los protocolos. Los intenté publicar en varias ocasiones, pero gracias a su poder me lo impidieron. Por eso puse el libro a buen recaudo, hasta que fuera el momento de sacarlo a la luz. Ahora es el momento —dijo el monje.

—¿Por qué ahora? —preguntó Ana.

—El mundo se une en el caos de la guerra, y los comunistas comienzan a extenderse por el mundo. Eso son señales de dolores de parto. Las profecías deben cumplirse, pero la gente debe saber, al menos, lo que se avecina para que pueda arrepentirse.

—Lo que dice no tiene sentido —dijo Hércules—. ¿Cómo van a crear los judíos el comunismo y el capitalismo, que son regímenes antagónicos?

—Los mayores banqueros y empresarios del mundo son judíos; también algunos de los políticos más importantes, sobre todo en Francia. Si averigua quiénes son los líderes comunistas más destacados, verá que casi todos son judíos. Todo forma parte de una conspiración. ¿No lo ve? —dijo el monje.

—¿Y qué puede hacer un libro para impedir eso? —preguntó Lincoln.

—Los ojos cerrados de la multitud se abrirán y comprobarán que están siendo manipulados —dijo el stárets.

—¿Por qué querrían los judíos hacer algo así? —preguntó Alicia.

—Para dominar el mundo y erigir en el poder al Anticristo. El sionismo persigue eso. Cuando la abominación se sienta en el trono de Jerusalén, será el fin —dijo el stárets.

—El sionismo es únicamente un movimiento que pide el regreso de los judíos a su tierra —dijo Hércules.

—Sí, para que se cumpla la profecía que dice que cuando todos los judíos regresen a la Tierra Prometida vendrá el fin —dijo el stárets.

—¿Podemos ver el manuscrito? —preguntó Alicia.

El monje los miró desconfiado.

—Está en ruso.

—Yo puedo traducirlo —dijo Ana.

—Mi letra es difícil de comprender. Además, si ya han leído el libro no necesitan leer el manuscrito —dijo el monje.

—Podríamos corroborar que lo que dice es cierto —comentó Hércules.

—No necesitan corroborar nada —dijo el stárets.

—¿Por qué no? —preguntó Alicia.

—Lo único que tiene que hacer es abrir los ojos. Rusia está a punto de caer en manos de los comunistas, después le seguirán Alemania, Italia y el resto de países. Cuando gobiernen, el Anticristo aparecerá y ya será demasiado tarde para detenerlo. Si alguien publica el libro en San Petersburgo, su plan será descubierto y el pueblo los abandonará —explicó el stárets.

—Insisto en que nos deje ver el original —dijo Hércules.

El monje se puso en pie. Estaba muy enfadado. Se retiró de la mesa y se marchó sin despedirse a su habitación. Todos se quedaron en silencio, sorprendidos de la reacción airada del religioso.

—Está claro que oculta algo —dijo Hércules.

—Puede que tenga razón, algunas de las profecías que ha mencionado están realmente en la Biblia —comentó Lincoln.

—Usted siempre tan crédulo —comentó Hércules.

—No se separa de su maletín. ¿Cómo nos haremos con el manuscrito? —preguntó Alicia.

—Se lo quitaremos mientras duerme —dijo Hércules—. Esta noche, Lincoln y yo nos haremos con él, usted nos lo traducirá y lo dejaremos en la habitación antes de que se despierte.

—¿Lo podremos leer en una noche? —preguntó Alicia.

—Aunque no lo leamos todo, podremos tener una idea general sobre su contenido. Si ese plan judío existe, lo sabremos antes de que llegue el amanecer.

Capítulo 114

Klin, Rusia, 4 de marzo de 1917

Los dos vehículos se pararon frente al edificio. Descendió una docena de hombres que rápidamente se desplegó por la explanada. Una parte del grupo se dirigió a la entrada principal, mientras que la otra se dirigió a la parte trasera. En unos segundos se deshicieron de los guardas, tomaron su posición y esperaron órdenes.

El jefe descendió del vehículo lentamente. Aún sentía la fatiga de la temporada que había tenido que pasar en el hospital, pero estaba completamente invadido por la rabia y el odio. Miró el antiguo monasterio y se permitió encender un cigarrillo antes de ordenar el asalto.

Sus hombres tenían orden de capturar prisioneros y evitar bajas, pero, si los extranjeros se resistían, la prioridad era el monje que poseía el manuscrito.

Pavel inspiró el humo del cigarrillo y después lanzó un profundo suspiro. Durante varios días no había podido probar el sabor amargo del tabaco, tampoco beber o acostarse con alguna tierna jovencita recién llegada a Moscú; pero nada le satisfacía más que cazar a su presa. En unas horas podría disfrutar de los encantos de la extranjera. Lo único que conseguía su resistencia era aumentar su deseo.

Extrajo la pistola y comenzó a caminar hasta la puerta principal. Todo estaba en silencio y en semipenumbra. A aquellas horas sus presas estarían confiadas y descansando, no sería muy difícil darles caza.

Levantó la mano y dio la orden. Sus hombres abrieron la puerta y corrieron en tropel por los pasillos del edificio. El caminó lentamente detrás de ellos, volviendo a registrar las habitaciones; esta vez no podía fallar. En dos ocasiones había estado a punto de hacerse con el manuscrito y terminar con los extranjeros, pero no lo había conseguido.

Escuchó voces en los pasillos.

—Ya está —dijo en voz alta, creyendo que sus enemigos ya estaban en sus garras, pero todavía tenía que llevarse otra sorpresa.

Capítulo 115

Klin, Rusia, 4 de marzo de 1917

No fue difícil extraer el manuscrito del maletín del monje. Dormía profundamente. Su brazo descansaba sobre el maletín, pero fue fácil quitarle la mano, abrir el maletín y extraer el documento. Con sigilo se fueron al comedor, encendieron unas velas y Ana comenzó a leer en alto:

—«Reunidos en Praga los hombres sabios de Sion, los puros, los que han guardado la ley y los profetas, se ponen a dictar las leyes sagradas del Pueblo de Dios. Bendito el Señor, el Señor nuestro Dios es uno, bendito el nombre del Señor.

Durante los últimos siglos, nuestro pueblo ha sufrido la cruel tiranía de los gentiles. Adoradores de imágenes y blasfemos, nos han perseguido hasta casi destruirnos. Todos los pueblos, naciones y poderes son culpables de sangre. Hasta ahora hemos sido misericordiosos. Esperando siempre en la Ley de Dios, pacientes y amorosos, pero ha llegado el momento de cumplir las profecías. Dios quiere si nosotros queremos. El mismo que nos dispersó por nuestros muchos pecados nos volverá a unir. El mismo que nos castigó nos fortalecerá frente a nuestros enemigos.

Tenemos una patria, una tierra de la que fluyen leche y miel. Volveremos a levantar el templo destruido de David, construiremos la Ciudad Santa y cantaremos ante sus muros alabanzas a nuestro Dios. ¿Quién podrá detenernos ahora? Somos fuertes, somos sabios y hemos aprendido sabiduría...»

Se escuchó un fuerte ruido en el pasillo. Hércules hizo un gesto y todos entraron en el estrecho camino que comunicaba la cocina y el comedor. Después cerraron la puerta por dentro y buscaron una salida. Afortunadamente vestían ropas de calle, pero el monje y los niños estaban en el otro lado del monasterio.

—No puedo abandonar a mis hijos en manos de esos forajidos —dijo Ana, desesperada.

Intentó abrir la puerta, pero Hércules la detuvo.

—Es una locura, sabe Dios qué le harán.

—No podría vivir sin ellos, ¿lo comprende? —contestó la mujer, suplicante.

—La acompañaré —afirmó Alicia.

—No, iré yo. No se atreverán a hacernos nada mientras ustedes tengan el manuscrito. Escapen por esa carbonera, creo que lleva al sótano. Después tendrán que apañárselas por ustedes mismos —dijo Hércules.

—Podemos reducirlos —dijo Lincoln.

—Son demasiados, amigo. Por favor, no tenemos más tiempo.

Lincoln y Alicia bajaron por la rampa hasta el carbón. Después buscaron una salida, vieron una ventana pequeña, se subieron a unas cajas y salieron a gatas. Afuera había varios soldados, pero en medio de la oscuridad lograron llegar a los árboles sin ser vistos. Después corrieron por el bosque durante toda la noche.

Capítulo 116

Klin, Rusia, 4 de marzo de 1917

Levantaron al monje de la cama. Su cara parecía aterrorizada. En ese momento entró en el cuarto Pavel, se acercó al monje y después de darle un golpe en el abdomen le preguntó:

—¿Dónde está el manuscrito?

El hombre lo miró confundido. Apenas era consciente del peligro que corría. Hizo un gesto con los hombros y la paciencia de Pavel se agotó de repente.

—¡Maldito monje! Maté a todos tus hermanos y haré lo mismo contigo si no me dices dónde está el manuscrito.

El monje señaló tembloroso el maletín. Pavel lo registró, tirando todos los papeles por el suelo, pero sin encontrar nada.

—¿Quieres burlarte de mí? —preguntó al monje mientras lo zarandeaba.

—Estaba en el maletín, yo mismo lo guardé. Deben de haberlo cogido ellos.

—¿Dónde están? Mis hombres solo han visto a dos niños.

—No lo sé. Anoche cenamos juntos, pero no sé dónde están ahora.

—Te mataré lentamente —dijo Pavel.

—La zarina me escribió una carta pidiéndome ayuda, si me llevas ante ella seguro que te premiará.

—Esa alemana es uno de los problemas de Rusia —contestó Pavel.

Una voz fuerte y arrogante sonó a sus espaldas.

—Deja a ese pobre viejo. ¿Es lo único que sabes hacer, pegar a viejos y violar a mujeres indefensas?

Cuando Pavel se dio la vuelta vio la cara de Hércules y, junto a él, había una mujer rubia que no conocía.

—El señor español está con nosotros. Será un placer acabar contigo y después ocuparme de tu amiguita. Pero antes quiero saber dónde está el manuscrito.

—Búscalos tú mismo si estás tan interesado en él.

—Maldito cerdo —dijo Pavel dejando al monje y dirigiéndose hacia él.

Hércules le esquivó y el ruso se desplomó en el suelo. Se puso en pie y miró el rostro del español.

—Será mejor que no te resistas.

Sus hombres apuntaron a la mujer y al anciano. Hércules levantó las manos y se dejó registrar. Dos hombres lo cogieron por los brazos y Pavel aprovechó para darle una buena paliza. A cada golpe Hércules pensaba en aquellos últimos años. Cuántos sufrimientos sin sentido, estaba demasiado cansado para seguir luchando, lo único que quería era descansar. Al final perdió el conocimiento y se derrumbó en el suelo.

Capítulo 117

San Petersburgo, Rusia, 6 de marzo de 1917

Llevaron a los prisioneros en coche durante dos días hasta las afueras de San Petersburgo. La ciudad estaba completamente tomada por los bolcheviques, por lo que prefirieron ocultarse en una aldea cercana a Tsárskoye Seló, donde estaban encerrados el zar y su familia. Pavel quería que el libro de *Los protocolos de los sabios de Sion* saliera a la luz con el visto bueno del zar. Alicia y Lincoln habían huido con el manuscrito dos días antes, pero Pavel tenía en su poder el libro.

Pavel había dejado a los dos niños en el convento, abandonados a su suerte, mientras que había preferido llevarse al monje, a Hércules y a la pobre Ana.

Lincoln y Alicia acababan de llegar a la ciudad y no sabían con quién ponerse en contacto. Ellos apenas conocían a Lenin, pero si le explicaban el plan de las Centurias Negras, podría ayudarlos a buscar a Hércules.

Les costó encontrar el centro de mando de los bolcheviques. La ciudad estaba sumida en el caos y eran frecuentes los saqueos, los incendios y las manifestaciones espontáneas. El edificio se encontraba cerca del río y estaba próximo a la Duma y al soviét, donde, en la entrada, miembros de los bolcheviques hacían guardia. Cuando Alicia y Lincoln se acercaron y pidieron ver a Lenin, los vigilantes se quedaron sorprendidos de ver a dos extranjeros, la mayoría había abandonado la ciudad por miedo a las revueltas. Afortunadamente, Lenin se acordaba de ellos y de Hércules. Los llevaron a una sala y después de dos horas les permitieron ver al líder comunista.

—Lamento no haberles podido recibir antes —se disculpó Lenin.

—Entendemos que esté muy ocupado —dijo Lincoln.

—Pues ustedes dirán. ¿Dónde está su amigo Hércules? —preguntó Lenin.

—Precisamente queríamos hablarle de ese tema. No sé hasta qué punto conoce las razones de nuestro viaje a Rusia —dijo Alicia.

—Lo único que sé es que vinieron para resolver los crímenes de unos monjes.

—Cierto. Ya hemos resuelto el misterio, pero nuestro amigo Hércules y una mujer llamada Ana, permanecen retenidos por las Centurias Negras —dijo Lincoln.

—¿Las Centurias Negras? Esos individuos son monárquicos fanáticos, dispuestos a cualquier cosa para que el zar vuelva al trono.

—Un tal Pavel los tiene detenidos. Todo sucedió en una ciudad próxima a Moscú, pero creemos que ahora están en San Petersburgo o en sus inmediaciones —dijo Alicia.

—Les daré un salvoconducto para que se muevan libremente por la ciudad. Ordenaré a mis hombres que busquen a su amigo. ¿Qué más necesitan? —preguntó Lenin.

—Nada más, muchas gracias por todo —dijo Alicia.

—Es un placer ayudar a unos buenos amigos. Creo que Hércules se llevó una

mala imagen de nuestra revolución; espero que esto lo enmiende en parte —dijo Lenin poniéndose en pie.

—Muchas gracias por atendernos —agradeció de nuevo Alicia.

—Los mantendré informados. No creo que esos tipos puedan esconderse por mucho tiempo —comentó Lenin—. Les deseo mucha suerte.

—Gracias —dijo Lincoln, en el umbral del despacho.

Salieron del edificio animados, pero con la incertidumbre de lo que podía pasar en las próximas horas. Se dirigieron a su hotel, ya que preferían estar en un lugar muy visible para que los hombres de Pavel pudieran encontrarlos fácilmente. Se habían citado con un traductor ruso llamado Alexandre Glinka. Tenían que descubrir la verdad antes de encontrarse con sus enemigos.

Cuando llegaron al vestíbulo del hotel, el traductor ya los esperaba. Era un hombre moreno, de piel cenicienta, lentes redondas y pelo largo. Parecía un judío ortodoxo.

Los tres se sentaron en uno de los salones más tranquilos; el hotel estaba casi vacío a causa de la revolución. Un hombre se sentó al otro lado del salón para vigilarlos.

Capítulo 118

Palacio de Tsárskoye Seló, Rusia, 6 de marzo de 1917

El zar esperaba impaciente en el invernadero del jardín. Era el único sitio en el que podía estar tranquilo, sin que esos malditos bolcheviques lo vigilaran. Su secretario le había concertado una entrevista con Pavel. Al final habían conseguido el libro, aunque él ya no estaba seguro de si les serviría para algo.

Nicolás II comenzó a podar unas flores cuando el secretario apareció con un hombre vestido de jardinero.

—Majestad —dijo el hombre, inclinándose.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Puede que ya sea demasiado tarde —comentó el emperador.

—Esos malditos extranjeros me lo han puesto muy difícil.

—¿Tenéis el libro? —preguntó impaciente el zar.

Pavel sacó el libro de su mochila y se lo entregó al zar. Este acarició la piel de las tapas antes de abrirlo.

—Esto puede salvar mi imperio y el mundo entero —exclamó, eufórico.

—Tenemos un problema, majestad —dijo Pavel.

—¿Qué problema?

—El manuscrito sigue en poder de los extranjeros. Alguien podría comparar ambos libros y no sabemos lo que encontraría.

—Tiene que destruir el libro y eliminar a todos los testigos —dijo el zar, furioso.

—Estamos buscando a esos extranjeros, pero la ciudad está tomada por los bolcheviques y nuestros hombres apenas pueden moverse con libertad.

—Le pediré a Kérenski que nos eche una mano —dijo el zar.

—Hemos vigilado los hoteles más importantes, creo que los encontraremos en cuestión de horas. Será mejor que no involucremos a más gente, majestad.

—Tenéis razón, Pavel. Daré el libro a un editor alemán y a otro ruso. Buen trabajo, aún estamos a tiempo de parar esta peste judía.

—Siempre complacido de servirle —dijo Pavel.

—Ya podéis retiraros —contestó el zar.

Cuando Nicolás se quedó a solas, tomó el libro y comenzó a leerlo con impaciencia. En esas páginas estaba su última oportunidad de salvar el trono y a Rusia.

Capítulo 119

San Petersburgo, Rusia, 6 de marzo de 1917

«Los judíos hemos sido acusados de los más viles crímenes y maldades, pero lo cierto es que la tierra ha sido bendecida por Dios por nuestra causa. Como fieles siervos de Yahvé debemos propiciar la llegada del Mesías.

Dios nos ha reunido de todas las partes de la tierra con el fin de darle gloria. Los aquí reunidos nos comprometemos a poner toda nuestra sabiduría, tiempo y dinero al servicio de nuestro pueblo. Procuraremos construir un hogar en el que los judíos podamos vivir libremente y demostrar al mundo cómo vive el pueblo de Dios...»

Después de varios capítulos, Alicia y Lincoln comprendieron que lo único que buscaba el sionismo era la fórmula para que los judíos regresaran a Israel.

—¿No pone nada de conspiraciones para gobernar el mundo? —preguntó Alicia al traductor.

—No, ya les he leído la mitad. Lo único de lo que habla es del regreso de los judíos a la Tierra Prometida —comentó el hombre.

—Sin duda Nilus, el stárets, falseó los datos para culpar a los judíos de las mayores atrocidades —dijo Lincoln.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué consigue Nilus con todo eso?

—¿Parar la revolución? —preguntó Lincoln.

—No, creo que él piensa que la revolución es un castigo justo. Pretende algo más —dijo Alicia.

Un hombre se acercó a ellos y les extendió un papel con una dirección y una hora anotada:

«Diríjense al palacio de Tsárskoye Seló a las 9 de la noche. Frente al complejo hay una casa semiderruida de tejas negras. Allí se efectuará el cambio. Traigan el manuscrito y liberaremos a sus amigos.»

Después de leer la nota, levantaron la vista, pero el hombre había desaparecido.

Capítulo 120

San Petersburgo, Rusia, 6 de marzo de 1917

Lenin levantó el teléfono y se puso en comunicación con Stalin. Tenía algo urgente que comunicarle. Esperó unos segundos a que la operadora le diese línea y después lo pasaron directamente con su camarada.

—Camarada Stalin, tengo una misión urgente para usted. Un libro está circulando por la ciudad. Es de vital importancia que se haga con él, elimine a los testigos y me lo traiga. ¿Entendido?

—Sí, camarada Lenin —contestó Stalin.

—Tendrán que seguir a unos extranjeros, se alojan en el hotel Oktiabrskaya —ordenó Lenin.

—Enviaremos a algunos de nuestros hombres para que los sigan —dijo Stalin.

—Antes de quitarles el libro deben averiguar dónde está su otro amigo, Hércules Guzmán Fox. Al parecer está secuestrado por las Centurias Negras. Una buena oportunidad para arrancarle la cabeza a la serpiente —dijo Lenin.

—Antes del anochecer tendrá el libro y a esos sujetos —dijo Stalin.

—Si está implicado el zar, quiero que me lo hagan saber, nos dará una razón más para eliminarlo de una vez por todas —dijo Lenin.

—A sus órdenes, camarada.

Después de colgar el teléfono, Lenin se puso en pie. Creía que ningún libro, por polémico que fuera, pararía la revolución, pero era mejor estar prevenidos. Los zaristas eran capaces de cualquier cosa con tal de mantenerse en el poder. Además, si la guerra terminaba demasiado pronto, algunos países podrían ponerse de parte del zar, sobre todo el Reino Unido y Francia. Rusia estaba agotada y sus recursos esquilados, no soportaría una nueva guerra. El pueblo se sentía agotado y él necesitaría al menos una década para exportar la revolución fuera de Rusia. Su sueño era que el comunismo se extendiera por todo el mundo, pero todavía tenía que ser prudente, cualquier paso en falso terminaría con el sueño de una Rusia comunista y la esperanza de millones de trabajadores.

Capítulo 121

Tsárskoye Seló, Rusia, 4 de marzo de 1917

Ya había anochecido cuando llegaron a la casa. En la fachada las enredaderas trepaban por las paredes intentando ocultar sus muros. La vegetación había crecido alrededor, pero algunas pisadas habían formado un estrecho sendero que llegaba hasta la entrada. No se veían vehículos ni personas por los alrededores, únicamente se oía el sonido de la lluvia, que azotaba los pocos cristales que aún se mantenían en las ventanas de madera.

Alicia y Lincoln eran conscientes de que aquello era poco menos que meterse en la boca del lobo, pero no les quedaba otra alternativa.

—¿Crees que hay una entrada lateral o algo así? —preguntó Alicia.

—Puede que por detrás, pero no podemos arriesgarnos a que los maten —dijo Lincoln.

—Pero si les damos el manuscrito, ¿qué les impedirá matarnos allí mismo? —preguntó Alicia.

—Tendremos que improvisar, no se me ocurre nada mejor —sugirió Lincoln.

Improvisar no era el fuerte de Lincoln. Tal vez Hércules podría hacer planes de última hora y salir airoso, pero ahora no estaba con ellos.

Empujaron la puerta, pero esta apenas se movió. Lincoln empujó con más fuerza y entraron en una oscura estancia, iluminada en parte por unas pocas velas en la pared.

Caminaron por el pasillo y, antes de salir del recibidor, escucharon una voz a sus espaldas.

—Afortunadamente son puntuales —dijo Pavel mientras aparecía entre las sombras.

—No queríamos hacerles esperar. Entréguennos a nuestro amigo y a la mujer —dijo Lincoln.

—Creo que no están en disposición de exigir nada. Por favor, síganme por aquí.

Pavel entró en uno de los pasillos y ellos lo siguieron. Después de andar cinco minutos, bajaron por una escalera hacia el sótano. Allí estaban tres de sus hombres custodiando a Hércules, Nilus y Ana. Los prisioneros estaban sentados en sillas, con el rostro cubierto.

—Aquí están sus amigos. ¿Dónde tienen el manuscrito? —preguntó Pavel.

—Lo recibirán cuando ellos estén libres —dijo Alicia.

—Yo soy el que pone las condiciones —dijo Pavel, furioso.

—No verá el maldito manuscrito. Una copia saldrá para Inglaterra y otra para Estados Unidos si no damos señales de vida en doce horas —dijo Lincoln.

—Buen truco, pero no me creo nada. No les ha dado tiempo a copiar el texto. Además, si no me entregan las copias, no liberaré a sus amigos.

—Nosotros destruiremos las copias en cuanto salgamos del país, se lo garantizo —dijo Lincoln.

—¿Por qué debería creer a un maldito negro? —preguntó Pavel.

—Porque no le queda más remedio —contestó Alicia.

Se hizo el silencio y Pavel ordenó que soltaran a los prisioneros.

—Dos hombres irán con ustedes en todo momento, y antes de subir al barco tendrán que entregar las dos copias. Ahora denme el original —exigió Pavel.

—Que la mujer se marche primero —dijo Alicia.

—De acuerdo, ya estoy aburrido de esa zorra —dijo Pavel.

Ana se levantó de la silla. Su aspecto era deplorable, pero al menos estaba viva. Subió las escaleras y desapareció entre las sombras.

—Ahora el monje —dijo Lincoln.

—El monje se queda —afirmó Pavel.

—El trato era... —comenzó a decir Alicia.

—Liberar a sus amigos, el monje se queda.

Parecía poseído por un odio indescriptible. Pavel ordenó que liberaran a Hércules. El rostro del hombre estaba completamente desfigurado, parecía como si hubiera envejecido diez años de repente.

—¡Hércules! —gritó Alicia.

Su amigo apenas reaccionó; tenía los oídos reventados, la nariz rota y los ojos hinchados.

—Su amigo intentó escapar y tuvimos que darle una buena lección, pero está vivo, como les prometí —dijo Pavel.

Lincoln clavó la mirada al ruso, pero se apartó el abrigo y sacó el manuscrito. Apenas había extendido el brazo cuando comenzaron a escucharse disparos en la planta de arriba.

—¿Qué demonios...? —gritó Pavel, mientras enviaba a dos de sus hombres a la planta de arriba.

Escucharon botas retumbando en el techo de la habitación y Pavel sacó su pistola y les apuntó a la cabeza.

Capítulo 122

Tsárskoye Seló, Rusia, 6 de marzo de 1917

Alicia y Lincoln aprovecharon la confusión para apagar las velas, desatar a Nilus, correr hasta el otro lado de la sala y entrar en un pasillo oscuro. Pavel intentó detenerlos, pero los hombres de Stalin entraron en el cuarto y comenzaron a disparar. Las Centurias Negras se defendieron, pero Pavel corrió hacia el pasillo.

Hércules y sus amigos escuchaban los disparos a lo lejos mientras llegaban hasta otra sala, que parecía un trastero. Lincoln encendió una cerilla y vio fugazmente una ventana alta.

—Tenemos que salir por ahí —dijo Lincoln.

—Imposible —comentó Nilus—, yo no puedo subir hasta arriba.

—Lo intentaremos —animó Alicia.

Primero subió la mujer, después ayudaron a Nilus, que apenas podía entrar por el hueco de la ventana y por último salieron Hércules y Lincoln.

Corrieron en mitad de la noche hasta las inmediaciones del palacio y después por un camino de grava que los llevaba hasta una aldea cercana. Una vez allí, cogieron su automóvil. Tenían que salir del país lo antes posible; lo mejor era dirigirse directamente al puerto y tomar el primer barco. Pavel no tardaría en dar con su pista y, sin duda, alguien más los perseguía.

Lincoln pisó el acelerador y el vehículo derrapó hasta tomar fuerza. En menos de media hora estarían en el puerto.

—¿Qué va a hacer usted? —le preguntó Alicia a Nilus.

—Yo no puedo irme ahora. No se dan cuenta de que no podrán escapar, lo que va a suceder nadie puede detenerlo.

—¿Dónde está el libro? —preguntó Hércules, que comenzaba a despejarse con el aire fresco.

—Pavel lo debe de haber entregado a algún impresor —dijo Nilus.

—¿Por qué odia tanto a los judíos? Hemos leído el manuscrito y ellos no dijeron nada en sus reuniones en Praga sobre gobernar el mundo —dijo Alicia.

—Ellos solo son la llama que hará que crezca el incendio. Se desatará una persecución contra los judíos como nunca ha habido, los judíos regresarán a Israel y se cumplirá la profecía; entonces vendrá mi Señor —dijo el monje.

—¿Cristo? ¿Cree que está próxima la segunda venida de Cristo? —preguntó Lincoln.

—No, ese débil judío, no. Mi Señor es el Diablo, él gobernará el mundo y yo seré su profeta —dijo Nilus.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Hércules.

—No dejaré que nadie detenga su advenimiento —dijo el anciano lanzándose contra Lincoln.

El coche derrapó y estuvo a punto de salirse de la carretera, pero el norteamericano logró enderezarlo en el último momento. Alicia y Hércules agarraron al monje.

—¡Nada detendrá al Anticristo! —gritó el monje.

Después logró zafarse de Alicia y Hércules, se lanzó del coche y desapareció en la cuneta.

—¡Para! —exclamó Alicia.

—No pares —ordenó Hércules.

—Pero...

—Tenemos que salir cuanto antes del país. Cuando salga publicado el libro, podremos enseñar al mundo que todo esto es una gran mentira —contestó Hércules.

El sol comenzó a despuntar cuando entraron en la ciudad. Atravesaron un par de controles y se dirigieron hacia el puerto. En unos minutos estarían muy lejos del peligro; mandarían el manuscrito a varios periódicos y el efecto del libro quedaría casi completamente amortiguado. De esa manera evitarían una matanza de gente inocente. Al llegar al puerto, dejaron el vehículo y comenzaron a buscar el barco que les devolvería a casa. Debido a las revueltas, apenas entraban y salían barcos, por lo que el puerto estaba repleto de una multitud que, como ellos, quería escapar de Rusia antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 123

Tsárskoye Seló, Rusia, 7 de marzo de 1917

El zar entró en su despacho a primera hora de la mañana. Se acercó al escritorio y abrió uno de los cajones con llave. No estaba el libro.

—¿Dónde está el libro? —gritó al secretario.

—Ya han terminado las copias que serán enviadas a los editores. Los comunistas están ocupando las imprentas, pero no podrán impedir que el libro salga en toda Rusia, Alemania e Inglaterra. En un par de semanas estará traducido al inglés, alemán y francés —informó el secretario.

—Perfecto, pero que el original esté siempre conmigo —dijo Nicolás.

—Lo devolveremos en cuanto los traductores y copistas hayan terminado con él.

—¿Tiene noticias del comandante Pavel?

—No, majestad —contestó el secretario.

—Espero que haya conseguido su misión, si no todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano —dijo Nicolás.

—Aunque nos desmientan, la sombra de duda siempre estará sobre los judíos. También estamos lanzando varios panfletos en los que se habla de la ascendencia judía de Trotsky y Kérensky —dijo el secretario.

—Esos comunistas masones quieren gobernarnos a todos, pero yo los desenmascararé —dijo el zar.

—Cuando el pueblo los conozca, ya nos los apoyará. Los rusos odiamos a los judíos. Los extranjeros y los judíos quieren hacerse con el control de Rusia, pero no nos rendiremos sin luchar, majestad. Muchos nos apoyan todavía —dijo el secretario.

El zar se sentía eufórico, lo había dado todo por perdido, pero un nuevo rayo de esperanza comenzaba a brillar en el horizonte. Él salvaría a Rusia y al mundo de la peste judía. Ya nadie se atrevería a cuestionar su autoridad, Dios lo había elegido para esa sagrada misión.

Capítulo 124

Tsárskoye Seló, Rusia, 7 de marzo de 1917

Pavel los observó entre la multitud. Había logrado escapar con dos de sus hombres, antes de que los bolcheviques rodearan la casa. Sabía que se dirigían al puerto para intentar escapar, pero no lograrían burlarse de él.

Hércules y sus amigos se pararon frente a un pequeño barco de pesca e intentaron negociar con el dueño. Pavel se acercó hasta ellos y, cuando estaba a su altura, les dijo:

—¿Van a alguna parte?

Los tres se volvieron sorprendidos. La cara sonriente del ruso les heló la sangre.

—Creo que se olvidan algo —dijo Pavel.

Uno de los hombres se adelantó con Ana sujeta por los brazos.

—Su amiga rusa está muy decepcionada con ustedes —dijo Pavel agarrando la cara de la mujer.

Ana apartó el rostro, pero el ruso lo mantuvo sujeto frente a Hércules y sus amigos.

—Sean buenos, denme el manuscrito y podrán irse con esta puta.

—Suéltela —dijo Alicia.

—¿No se pondrá a disparar aquí, en medio de toda esta gente? —preguntó Hércules.

—¿Qué importa? El mundo está patas arriba, ¿quién va a acusarme de una muerte más o menos? —preguntó Pavel.

—Dale el manuscrito —dijo Hércules a Lincoln.

—¿Estás seguro? Con él podemos salvar la vida de miles de personas —adujo Lincoln.

—No podemos permitir que la mate —dijo Alicia.

Lincoln sacó el manuscrito y se lo entregó a Hércules.

—Suelta a la mujer —exigió mientras extendía el ejemplar.

—Dejadla —ordenó Pavel.

Los tres subieron al barco, mientras Hércules permanecía de pie frente a Pavel.

Se escuchó un disparo y la multitud comenzó a dispersarse. En menos de un minuto los únicos que permanecían allí eran Pavel con sus hombres y Hércules.

—Ponga en marcha el barco, capitán —ordenó el español.

Un segundo disparo pasó muy cerca de este, pero apenas se inmutó. Los hombres de Pavel se giraron y comprobaron que una docena de bolcheviques se dirigían hacia ellos.

—¡Maldición! ¡A cubierto! —dijo Pavel, se lanzó al suelo y aferró las piernas de Hércules derrumbándolo.

El barco comenzó a separarse lentamente del puerto, Alicia extendió los brazos y

sujetó la mano de su amigo.

—¡Salta! —gritó Alicia.

Las balas comenzaron a salpicar el suelo y los dos hombres de Pavel cayeron abatidos, Pavel sacó su cuchillo y se lanzó sobre Hércules. Este logró parar la cuchillada con el manuscrito.

Los bolcheviques llegaron hasta ellos y les apuntaron, pero su jefe les pidió que no dispararan. Hércules empujó a Pavel, soltó el manuscrito en el suelo y logró reducirlo.

Alicia intentó alargar el brazo para recoger el manuscrito, pero una bala lo hirió en la mano.

—Déjalo, Alicia —dijo Lincoln.

El barco se alejó más de un metro. Pavel logró zafarse de Hércules y acercó el cuchillo a su rostro.

—¡Maldito seas! —gritó el ruso.

Hércules sonrió y, con todas sus fuerzas, lo empujó hacia atrás. El jefe de los bolcheviques dio la orden de fuego y varios disparos atravesaron la espalda de Pavel. El español se dio la vuelta y se lanzó al vacío, pero mientras estaba en el aire recibió una nueva ráfaga de disparos. Logró agarrarse a la borda, Lincoln sostuvo su mano.

—Querido amigo, ahora toca despedirnos —dijo Hércules con los ojos muy abiertos.

—Hércules, no te sueltes —le pidió Lincoln.

La sangre comenzó a teñir el agua de rojo y una fina lluvia empezó a caer sobre el puerto. Las balas comenzaron a repiquetear en el casco del barco. Los dedos de Hércules se escurrieron de la mano de Lincoln y su cuerpo quedó flotando boca abajo en medio de una gran mancha roja.

El barco salió del puerto en medio del fuego. Alicia, Lincoln y Ana estaban callados, como si aquel pequeño cascarón los llevara a las mismas puertas del infierno.

En el puerto, el jefe de los bolcheviques se agachó y tomó el manuscrito; la tinta comenzaba a escurrirse de las hojas amarillentas.

—Será mejor que proteja el libro, camarada Stalin —dijo uno de sus hombres.

El jefe sonrió y su bigote negro se unió a sus pómulos prominentes.

—Camarada, ¿a quién le importa lo que les suceda a esos malditos judíos? —contestó arrojando el manuscrito al agua.

El libro comenzó a hundirse lentamente, mientras las letras se borraban para siempre, como si las mortales páginas de un libro no fueran suficientes para contener tanto odio. Stalin se sentía como un nuevo zar rojo que devolvería a Rusia todo su poder.

Epílogo

Madrid, España, unos meses más tarde

La boda se celebró en la más absoluta intimidad. Apenas una docena de personas asistieron a la ceremonia en la capilla de la embajada de Estados Unidos. Alicia y Lincoln pasaron la luna de miel en Granada y después del viaje decidieron comprar una casa y quedarse a vivir allí.

La guerra continuó en Europa con un balance aterrador para la mayoría de los contendientes. Rusia salió de la guerra y Estados Unidos entró en ella tras las últimas dudas del presidente Wilson.

Una tranquila tarde de agosto, Alicia le llevó una limonada a Lincoln y se sentó junto a él en el patio.

—Hace mucho calor —dijo Lincoln.

—Dentro de una hora comenzará a refrescar —dijo la mujer sonriente.

—No te había visto sonreír desde...

Lincoln prefirió no terminar la frase. Los últimos meses habían sido muy difíciles, la muerte de su amigo les había dejado una profunda huella.

—La vida continúa, seguro que Hércules hubiera disfrutado mucho viéndonos felices —dijo Alicia.

—Sin duda, nunca conocí a un hombre tan noble y fiel —dijo Lincoln dando un suspiro.

—Tengo algo que contarte —dijo Alicia no pudiendo aguantar la emoción.

—¿Qué sucede?

—Estoy embarazada, creo que dentro de poco veremos a un pequeño George correteando por la casa.

Lincoln se puso en pie y abrazó a su esposa.

—Prefiero que lo llamemos Hércules —dijo al fin.

—¿Estás seguro? —preguntó Alicia.

—Él fue quien nos unió —dijo Lincoln.

—Pues espero que el pequeño Hércules no salga tan aventurero como su tío —dijo Alicia sonriendo, mientras el sol se ponía sobre Granada.

Fin

Algunos apuntes históricos

El testamento del Diablo es un libro de ficción pero plasma muchos datos y sucesos reales.

El monasterio de Optina existe y puede visitarse en la actualidad, aunque es incierto que existan esos iconos pintados en la cúpula principal de su capilla.

Lenin estuvo exiliado en Zúrich hasta poco antes de la revolución de febrero de 1917. Es cierto que recibió ayuda del Gobierno del káiser y que éste le facilitó un transporte para volver a Rusia. En el libro hemos adelantado la fecha de su llegada a San Petersburgo, para acelerar el desarrollo de la novela.

El doctor Jung vivía en Zúrich y todos los datos sobre él son fidedignos, entre ellos su antisemitismo, su obsesión por los asuntos esotéricos y la secta que creó para alimentar su ego. En la biografía El Cristo ario se puede leer mucho más sobre su misteriosa vida.

Winston Churchill estuvo en París en las fechas indicadas para incorporarse a un batallón de fusileros escoceses.

Masha y Oleg son personajes ficticios, aunque no era raro ver por Suiza y otros países a personas como ellos, miembros de partidos clandestinos o de servicios secretos.

Las Centurias Negras existieron realmente. Fueron los grupos armados más fanáticos al servicio del zar.

El calendario juliano, usado en Rusia, y el calendario gregoriano, no coinciden, pero hemos optado por el gregoriano para no confundir las fechas.

Rasputín existió realmente y sus profecías siguen siendo un misterio en la actualidad. La dinastía Romanov se extinguió, tal y como había vaticinado el monje ruso.

Sergei Aleksándrovich Nilus existió realmente y se cree que fue él, a instancias de los servicios secretos rusos, quien creó *Los protocolos de los sabios de Sion*.

Los protocolos de los sabios de Sion fueron publicados en 1905, en el mismo momento en que se desataron las graves revueltas revolucionarias en Rusia. Algunos historiadores hablan de que la conexión entre judíos y comunistas, que los protocolos denunciaban, favoreció el fracaso del golpe.

No hubo ninguna reunión en el cementerio de Praga; los judíos no son los creadores ni fundadores del comunismo o del capitalismo. Lo cierto es que en la mayoría de los casos han sido víctimas de ambos regímenes.

El sionismo fue una fuerza política, internacional y, en muchos casos, atea, que propició el regreso de los judíos a Israel.

Hércules Guzmán Fox, Alicia Mantorella y George Lincoln son los tres personajes que me han acompañado en estas aventuras que comenzaron en el año 2006. Después de seis libros, aventuras en tres continentes y la resolución de numerosos misterios, dejaré a mis personajes descansar en el paraíso de los

protagonistas de las novelas terminadas. Allí vivirán para siempre, en la mente y en la imaginación de los que, al abrir sus páginas, revivan su historia.